

LO QUE JESÚS DIJO ACERCA DE

Autor: Morris Venden (1984)

jesusyyo.com

LO QUE JESÚS DIJO ACERCA DE.....	1
Introducción.....	3
Capítulo 1: Lo que Jesús dijo sobre la justificación.....	6
Capítulo 2: Lo que Jesús dijo sobre la relación de fe	23
Capítulo 3: Lo que Jesús dijo sobre sí mismo	45
Capítulo 4: Lo que dijo Jesús sobre la santificación...	63
Capítulo 5: Lo que Jesús dijo acerca de la perfección	90
Capítulo 6: Lo que dijo Jesús sobre el juicio investigador	102
Capítulo 7: Lo que Jesús dijo sobre los profetas	129
Capítulo 8: Lo que Jesús dijo sobre la posesión del diablo.....	141
Capítulo 9: Lo que dijo Jesús sobre la mala administración de los fondos de la Iglesia.....	160
Capítulo 10: Lo que Jesús dijo acerca de la expiación	172

INTRODUCCIÓN

La Biblia no fue escrita simplemente con el propósito de desafiar al erudito o al teólogo a logros intelectuales mayores. De hecho, se nos dice que “la Biblia, con sus preciosas gemas de verdad, no fue escrita solo para el erudito. Por el contrario, fue diseñada para la gente común; y la interpretación dada por el pueblo común, cuando es guiado por el Espíritu Santo, es la que mejor concuerda con la verdad tal como es en Jesús. Las grandes verdades necesarias para la salvación se presentan tan claras como el mediodía, y nadie se equivocará ni perderá el camino, excepto aquellos que siguen su propio juicio en lugar de la voluntad de Dios claramente revelada.” — Testimonios, tomo 5, p. 33 (énfasis añadido).

Así que la Biblia está diseñada para que todos la estudien y comprendan. Y dentro de la Biblia, no hay una representación más clara de la verdad que la que se encuentra en las enseñanzas de Jesús. “Ninguna otra luz ha brillado jamás ni brillará tan claramente sobre el hombre caído como la que emana de las enseñanzas y el ejemplo de Jesús.” — El Deseado de Todas las Gentes, p. 220.

Entonces, si estás buscando luz y verdad sobre cualquier tema, uno de los mejores lugares para comenzar es la vida y las enseñanzas de Jesús, quien fue la Palabra de Dios en forma humana. “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.”

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.” — Juan 1:1-3, 14.

¿Alguna vez has leído un libro con el propósito específico de tratar de encontrar todo lo posible sobre un tema en particular? Es una técnica muy eficaz para mantener tu atención, y también puede ser una herramienta útil para reunir toda la información disponible sobre un tema específico de lo que estás leyendo.

Cuando surgieron debates y discusiones dentro de la iglesia en años recientes, algunos de nosotros nos sentimos frustrados al tratar de escuchar, estudiar y decidir por nosotros mismos qué era verdad y qué era error con respecto a los diversos temas que se debatían.

Después de un tiempo de frustración, recurrimos a la vida y enseñanzas de Cristo, y al seguir un estudio

sistemático de los cuatro Evangelios, junto con el comentario inspirado sobre los mismos, desarrollamos una guía de estudio llamada Countdown Desire (Cuenta regresiva del Deseado). Esta guía de estudio sobre la vida y enseñanzas de Cristo intenta deliberadamente dar espacio a los intereses individuales de cada persona a medida que estudia.

Este libro es una secuela de ese estudio, ofreciendo un resumen (cosa que Countdown Desire no hace) y conduciendo a conclusiones sobre lo que Jesús dijo acerca de diez de los principales temas que han estado en discusión dentro de la iglesia en tiempos recientes.

Observaremos lo que Jesús dijo respecto a sí mismo, la santificación, la perfección, el juicio investigador, los profetas, la expulsión de demonios, el dar a pesar de la mala administración de los fondos de la iglesia y la expiación.

Que puedas acercarte más a Él y llegar a conocerlo mejor al examinar lo que Él dijo sobre los temas que enfrentamos hoy.

CAPÍTULO 1: LO QUE JESÚS DIJO SOBRE LA JUSTIFICACIÓN

La acusación original de Satanás fue que la ley de Dios no podía ser obedecida. Cuando el ser humano quebrantó la ley de Dios, Satanás se regocijó y añadió otra acusación: que el ser humano no podía ser perdonado. No tenía idea de que Dios mismo pagaría la penalidad. Pero la vida y la muerte de Jesús demostraron que los pecadores pueden ser perdonados y que la ley de Dios puede ser obedecida, no solo por Jesús, sino también por aquellos que viven la vida de fe como Él lo hizo. Este mensaje doble de perdón y obediencia es el corazón de la misión del remanente durante el tiempo de los tres ángeles y la obra final de Cristo en el cielo. Jesús, como nuestro Sumo Sacerdote, provee perdón para los pecadores y poder para obedecer. Estas dos verdades son igualmente necesarias. Es extremadamente importante que el pueblo remanente entienda esta obra doble de Cristo en el cielo; de lo contrario, les será imposible cumplir su misión. La justificación por la fe (la obra de Dios por nosotros) y la justicia de Cristo (que incluye la obra de Dios en nosotros)

son los temas que deben presentarse a un mundo que perece.

Justificación es la verdad fundamental en el estudio de la salvación por la fe solamente. Jesús vino a ofrecernos perdón, gracia y aceptación ante el Padre, gracias a Sus méritos. Mateo 1:21 presenta a Jesús como Aquel que “salvará a su pueblo de sus pecados”. Jesús es exaltado como “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). Los fariseos y escribas dijeron la verdad cuando dijeron: “Este recibe a los pecadores” (Lucas 15:2).

Jesús no vino a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento (ver Mateo 9:13). Vino a buscar y salvar lo que se había perdido (ver Lucas 19:10). Repetidamente, en Su trato con las personas de Su época, les aseguraba que los perdonaba, que los aceptaba, y que no los condenaba (ver Juan 3:17; Lucas 5:20-24; Juan 8:11; Lucas 7:48).

Veamos con más detalle la historia que Jesús contó de un pecador que fue justificado, que se encuentra en Lucas 18:9-14:

“A unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo

mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. (Algunas otras versiones dicen: 'sé propicio a mí, el pecador.')

Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido." (énfasis añadido)

Lo primero que notamos es que esta parábola fue dirigida a "algunos que confiaban en sí mismos". El grupo principal al que iba dirigida eran los fariseos—los diezmadores, los que ayunaban regularmente. Observa que tanto el fariseo como el publicano fueron al templo a adorar, pero solo uno realmente adoró, porque no se puede adorar a Dios y a uno mismo al mismo tiempo. Ambos fueron a orar. Solo uno realmente oró. El texto dice que el fariseo oraba "consigo mismo". No le estaba orando a Dios.

Y este fariseo nos recuerda lo que Jesús dijo en Mateo 9:13: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al

arrepentimiento". También dijo en Mateo 5:20: "Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos". El problema del fariseo era que pensaba que podía salvarse a sí mismo. Y hay una advertencia contra esto: cualquiera que piense que puede salvarse a sí mismo se convierte en su propio dios. Y convertirse en su propio dios, o en su propio salvador, es lo mismo que tratar de ocupar el lugar de Dios. Las advertencias más duras de toda la Escritura, particularmente en Apocalipsis, son contra esta actitud. Alguien que intenta ocupar el lugar de Dios es llamado blasfemo (ver Juan 10:33). Y los blasfemos no reciben buenas calificaciones en la Biblia; de hecho, esto raya en el pecado imperdonable.

Además, cuando estudiamos incidentes en la vida de Jesús, notamos que el siguiente paso para quien intenta salvarse a sí mismo es abandonar a Jesús. Leemos, por ejemplo, en Mateo 26:51-56, que Pedro sacó su espada para intentar salvarse. Y lo siguiente que ocurrió fue que "todos [incluido Pedro] le dejaron y huyeron". Se alejaron de Jesús. Esto es lo que inevitablemente le sucede a cualquiera que intenta salvarse por sí mismo: al final, se aleja de Jesús.

La historia del fariseo y el publicano nos recuerda que la salvación es un regalo. No es algo que podamos obtener por ayunar, por diezmar o por cualquier otra cosa que consideremos que nos hace justos. La salvación es un don. Jesús dijo, en relación con el templo donde ambos fueron a adorar, que todo lo que hacía de Su casa un mercado debía ser expulsado. Esto va más allá de hablar de palomas, corderos o mercancías. La casa de Dios no es un mercado: es una verdadera tienda de regalos. La salvación no se compra ni se vende. Y Jesús dijo en Lucas 14:14 que aquellos que no pueden pagar son los que serán recompensados en la resurrección. En otras palabras, son los invitados al banquete del evangelio. De hecho, Mateo 22:10 dice que incluso los malos son invitados—¿recuerdas que los siervos del rey invitaron a buenos y malos? Y la Biblia es clara acerca de cuántos buenos hay: ninguno. Así que, los únicos que quedan para invitar al banquete del evangelio son los malos.

La historia del fariseo y el publicano demuestra que necesitamos un sustituto, alguien que tome nuestro lugar. Incluso los enemigos de Cristo confirmaron este hecho. Caifás dijo, como se registra en Juan 11:50: “Nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca”. Y el apóstol Juan comenta en los

versículos 51 y 52: “Esto no lo dijo por sí mismo; sino que como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos”. Jesús lo dijo de sí mismo, en 1 Corintios 11:24: “Esto es mi cuerpo, que por vosotros es partido”. (énfasis añadido). Juan 10:9-11 dice que el Buen Pastor da su vida por las ovejas.

Si hubiera sido posible que el fariseo aportara algo con sus manos para merecer o ganar el favor o la gracia de Dios, eso habría disminuido inmediatamente el valor del sacrificio de Cristo. La muerte de Jesús como nuestro Sustituto será abordada con más detalle en el capítulo 10, “Lo que Jesús dijo sobre la Expiación”. Pero la salvación es totalmente un regalo de Jesucristo; no se basa de ninguna manera en nuestros propios méritos.

Ahora consideremos al publicano. El publicano sabía que no había nada que pudiera hacer. No había manera de añadir algo a la salvación provista. Una de las razones por las que lo reconocía era que se sabía un gran pecador. Podríamos titular su historia como “Salvación para el peor hombre de la tierra”. Y si la salvación no incluye al peor hombre de la tierra, entonces no sirve de nada, ¿verdad?

Observa al publicano. Se queda lejos—una indicación de que se siente bajo convicción. Ni siquiera se atreve a levantar sus ojos al cielo. Evidentemente se sentía condenado. Pero no era una condenación abrumadora, porque si lo fuera, ni siquiera habría ido al templo, ¿no es cierto? Es un hombre bajo convicción, que se siente condenado porque no puede levantar la cabeza. Y se queda allí, sintiendo su pecado, pero con algo de esperanza—por eso fue.

Y luego dice: “Dios, sé propicio a mí, el pecador”. No simplemente “un pecador”, como traduce la Reina-Valera. Una cosa es decir “soy un pecador”. Pero decir “soy el pecador”, el número uno, el peor de todos, eso es algo diferente. ¿Hay que ser tan malo para hacer esa confesión? ¿Hay que tener un historial espantoso? ¿Hay que haber sido sacado de la calle? Pablo no fue así. Él fue fariseo de fariseos. Tenía una vida intachable, pero un día estuvo dispuesto a decir: “Cristo vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero” (1 Timoteo 1:15). ¿No es esa la posición a la que Dios nos invita a todos? “Soy el pecador”.

Pero las palabras son fáciles, ¿sabes? Las palabras salen baratas. Existe un síndrome en círculos cristianos

donde las personas no se sienten bien si no se sienten pecadoras. Hay un sistema muy sutil de penitencia y obras, donde el legalismo aparece y decimos las palabras que creemos que debemos decir. Pero hay mucha diferencia entre encontrar seguridad en tu penitencia y ser verdaderamente penitente porque el Espíritu Santo te llevó allí.

Nota que el publicano no dice: "Dios, sé propicio a mí por mi penitencia". Él dice: "Sé propicio a mí, el pecador". Fue penitente, no hay duda de eso. Pero no hizo que su salvación dependiera de su penitencia.

A veces a la gente le gusta debatir qué viene primero: ¿el arrepentimiento o el perdón? Hay un sentido en el que el perdón debe ser precedido por el arrepentimiento. Pero hay otro sentido en el que es el perdón de Dios lo que nos lleva al arrepentimiento.

Cuando Pedro negó a su Señor, se nos dice que Jesús se volvió y lo miró allí en el patio, y esa mirada de Cristo le aseguró el perdón. (Ver Palabras de vida del gran Maestro, p. 154). Fue esa mirada de compasión y perdón la que traspasó el corazón de Pedro como una flecha, despertó su conciencia, y lo llevó a salir corriendo del lugar con el corazón quebrantado. Fue esa mirada de perdón la que

quebró su corazón y lo condujo al arrepentimiento. Lo mismo nos pasará a nosotros cuando contemplemos al Cordero de Dios y la cruz del Calvario, y el misterio de la redención empiece a desplegarse en nuestras mentes. La bondad de Dios nos guiará al arrepentimiento. (Ver El camino a Cristo, p. 26).

Entonces, ¿qué viene primero? Bueno, depende del punto de vista. El perdón es un regalo. Pero es más que un regalo: es una experiencia. Y la experiencia del perdón es imposible sin el arrepentimiento. Podríamos decir que la posibilidad del perdón, la seguridad del perdón, es lo que conduce al arrepentimiento. Pero es el Espíritu Santo quien trae ambos. Ninguno es algo que podamos producir por nosotros mismos. Ambos son dones de Jesús, y ninguno puede ser experimentado aparte de Él.

Entonces, si quiero ponerme en los zapatos del publicano y no solo repetir las palabras de arrepentimiento, ¿qué debo hacer? ¿Debo esperar a que llegue el predicador correcto, con el tipo adecuado de llamado poderoso? ¡Hay algo mucho más grande que eso! Podemos elegir deliberadamente estudiar todo lo disponible sobre lo que Jesús ya ha hecho por nosotros, y eso nos quebrantará el corazón.

Lo siguiente que notamos en esta historia es que el publicano que vino de esta manera fue aceptado. Y aquí aparece una palabra clave en todo este hermoso tema de la justificación: aceptación. Al estudiar lo que Jesús dijo y cómo trataba a las personas, no podemos evitar concluir que siempre somos aceptados tal como somos. Esa es la única manera en la que podemos venir a Jesús. No podemos cambiarnos a nosotros mismos antes de venir a Él.

Esto no solo es cierto al comienzo de la vida cristiana, sino también cada día de la vida cristiana. A Jesús le encanta aceptarnos tal como somos. Jesús dijo en Juan 6:37: "Al que a mí viene, no le echo fuera". Dijo en Juan 7:37: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba". Y esta aceptación amorosa no lleva consigo condenación. Jesús lo dijo en Juan 3:17: "Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él". Se lo dijo a la mujer que los escribas y fariseos arrastraron ante Él en Juan 8:11: "Yo no te condeno". Lo dijo en Juan 5:24: "De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, sino que ha pasado de muerte a vida" (énfasis añadido). Dice que

quienes oyen su palabra ni siquiera vendrán a juicio, sino que han pasado de muerte a vida.

¿No es una buena noticia saber que no tenemos que temer al juicio? Esta aceptación es total y gratuita; está basada en lo que Jesús ha hecho. Es válida para cada día, y hace que un pobre publicano que ni siquiera puede entrar al fondo del templo o levantar los ojos al cielo, pueda volver a su casa con la cabeza en alto, porque ahora sabe que vale todo ante los ojos del universo. No solo es aceptado, sino también perdonado. Eso sí que son buenas noticias.

Jesús dijo del publicano en esta historia: “Este descendió a su casa justificado”. Ahora bien, ¿qué tipo de perdón es este, cuánto dura y cuánto lo necesitamos? Leamos tres textos seguidos que son muy relevantes para toda esta cuestión del perdón. El primero se encuentra en Mateo 18:21:

“Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete.”

¿Qué significa esto? Jesús no está diciendo que perdones 490 veces y luego te olvides. Está diciendo que

perdones a tu hermano mientras siga viniendo a pedirte perdón, ¿no es así?

Ahora vamos al segundo texto: Lucas 17:3-5, y veamos cómo esto va incluso más allá:

“Mirad por vosotros mismos. Si tu hermano peca contra ti, repréndele; y si se arrepiente, perdónale. Y si peca contra ti siete veces en un día, y siete veces en un día vuelve a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónale.”

¡Un momento! ¿Quieres decir que si yo te ofendo, y te pido perdón, y tú me perdonas, y lo vuelvo a hacer siete veces en el mismo día, aún así debes perdonarme? ¿Aceptarías eso? ¿O me llevarías a los tribunales al final del día?

“Y los apóstoles dijeron al Señor: Auméntanos la fe.”

Creo que todos nosotros expresaríamos la misma necesidad, ¿verdad?

Pero estos textos nos recuerdan qué clase de perdón tiene Dios para con nosotros, porque Dios no nos pediría ser más perdonadores entre nosotros de lo que Él es con nosotros. Por favor, esto es el perdón de Dios. Así es como Dios perdona.

Claro que aquí es donde algunos se ponen nerviosos, temiendo que esto lleve al libertinaje. Por eso algunos se incomodan con el tema de la justificación. Pero necesitamos añadir un tercer texto—la prueba contra el libertinaje—Lucas 7:40-43:

Esto ocurrió en el banquete en casa de Simón. Simón había estado condenando interiormente a María y se preguntaba por qué Jesús no la condenaba. Entonces:

“Respondiendo Jesús, le dijo: Simón, una cosa tengo que decirte. Y él le dijo: Di, Maestro. Un acreedor tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de ellos le amará más? Respondiendo Simón, dijo: Pienso que aquel a quien perdonó más. Y él le dijo: Rectamente has juzgado.”

Muy bien, así que Jesús dijo que perdonáramos sin límite. Y está diciendo que para cualquiera que venga, y siga viniendo, el perdón de Su Padre no tiene fin. ¿Llevará esto al libertinaje? No, porque cuanto más eres perdonado, más amas. Y Juan 14:15 dice: “Si me amáis, guardad mis mandamientos”. Así que, si realmente entendemos el perdón de Dios, no nos lleva a jugar con Su gracia, sino

que nos lleva al amor, y el amor nos lleva a la obediencia. Es así de simple.

¿Qué incluye el perdón de Dios? Leámoslo en El camino a Cristo, página 62:

“Él murió por nosotros, y ahora nos ofrece quitar nuestros pecados y darnos Su justicia. Si te entregas a Él y lo aceptas como tu Salvador, entonces, por pecaminosa que haya sido tu vida, por causa de Él eres contado como justo. El carácter de Cristo toma el lugar de tu carácter, y eres aceptado delante de Dios como si nunca hubieras pecado.”

¡El perdón de Dios es mucho más que simplemente perdón! Cuando tú me perdonas, aún puedes recordar las palabras que usé para ofenderte. Pero cuando Dios me perdona, yo estoy delante de Él como si jamás hubiera pecado.

¿Durante cuánto tiempo necesitaré ese perdón? Escucha, amigo, no caigas en la trampa de pensar que la justificación es solo para el comienzo de nuestra vida cristiana. Necesitamos la gracia justificadora de Dios cada día. Esa es una de las razones por las que necesitamos una relación diaria con Jesús. Necesitamos acudir a Él cada día por medio del estudio de la Biblia y la oración, y aceptar Su

gracia justificadora. Necesitamos Su justificación por nuestro historial pasado, hayamos vuelto a pecar o no. Necesitamos Su gracia justificadora porque tenemos naturalezas pecaminosas, y seguiremos teniéndolas hasta que Jesús vuelva.

Así que el publicano volvió a su casa justificado. Y esa es una buena noticia para nosotros hoy, porque Jesús dijo: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados" (Mateo 5:6). Les dijo a Sus discípulos en el aposento alto, antes de que Pedro lo negara: "Ya vosotros estáis limpios" (Juan 15:3). ¿Significaba eso que los discípulos nunca volverían a caer o fallar? No, pero estaban limpios por lo que Jesús había hecho y estaba haciendo por ellos.

¿Esto trae paz? Sí. Trae paz. Jesús dijo: "Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz" (Juan 16:33). "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí... y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mateo 11:29). "Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres" (Juan 8:36). ¿Paz con Dios? Sin duda. Jesús todavía nos ofrece Su paz hoy.

Y el resultado de aceptar Su paz es que tenemos certeza y seguridad con respecto a nuestro destino eterno.

El propósito de comprender lo que Él ha hecho por nosotros es darnos este tipo de certeza. Lee tu Biblia algún día—especialmente el evangelio de Juan—y subraya todos los versículos que dicen que tenemos vida eterna. ¡Ya la tenemos! No es algo que recibiremos más adelante: ya la tenemos.

Juan 6:47 y Juan 6:54 son un par de ejemplos de esta promesa. Jesús les dijo a Sus discípulos: “Regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos” (Lucas 10:20, versión RSV). (énfasis añadido). No que “serán escritos”, sino que “ya están escritos” allí. Le dijo a Zaqueo: “Hoy ha venido la salvación a esta casa” (Lucas 19:9). (énfasis añadido). Y Juan 20:31 dice:

“Estas cosas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre.” (énfasis añadido)

Para muchos de nosotros, esto parece una verdad demasiado buena para ser aceptada. Pero sigue siendo la verdad. En 1 Juan 5:11-12 leemos:

“Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida.”

Esto sigue siendo verdad, lo creamos o no. ¿Hay alguien que sea demasiado pecador, que no pueda calificar? ¿Hay alguien hoy que diga: "Eso quizá fue bueno para el publicano en aquel entonces, y puede ser bueno para otros, pero no para mí"?

Entonces, por favor, lee estas palabras alentadoras de El camino a Cristo, páginas 52-53:

"Rechaza la sospecha de que las promesas de Dios no son para ti. Lo son para todo transgresor arrepentido. Fuerza y gracia han sido provistas mediante Cristo, para ser traídas por los ángeles ministradores a toda alma creyente. Nadie es tan pecador que no pueda hallar fuerza, pureza y justicia en Jesús, quien murió por ellos. Él espera para despojarlos de sus vestiduras manchadas y contaminadas por el pecado, y vestirlos con el manto blanco de Su justicia. Él les dice: 'Vivid, y no muráis.'"

¿Creés eso? ¿Lo aceptás? Es para vos, hoy mismo. Hoy podés volver a tu casa justificado, así como lo hizo el publicano.

CAPÍTULO 2: LO QUE JESÚS DIJO SOBRE LA RELACIÓN DE FE

Cuando mi hijo era un niño, le hice una bicicleta personalizada. Trabajé durante horas en ella, en secreto, en el garaje, antes del día de Navidad. Era un regalo. Era lo mejor que podía hacer. Era un regalo para él, pero no le habría servido de nada si no lo hubiera aceptado el día que se lo di. De hecho, si no lo hubiera aceptado, no solo el regalo no le habría servido de nada, sino que también habría sido una bofetada para mí después de haberlo hecho para él.

No importa cuán bueno o malo sea un regalo, un regalo no sirve de nada a menos que sea aceptado. Si el regalo es perfecto, rechazarlo no solo es inútil, sino que también es una ofensa al dador.

Tan hermosa como es la doctrina y la verdad de la justificación, tan hermoso como es lo que Dios ha hecho por nosotros, tan sublime como es el sacrificio en la cruz en toda la historia, no sirve de nada para nadie hasta que se lo acepta.

La justificación es que la humanidad sea reconciliada con Dios por medio de lo que Jesús ha hecho. Es una provisión en el cielo para la redención de toda la raza humana. Y tiene como fundamento la justicia impecable de Jesús. Sin embargo, la justificación no sirve de nada para ningún pecador hasta que ese pecador la acepta. La Biblia no enseña que la justificación es solo por gracia; siempre es por gracia mediante la fe. La fe es esencial por parte del pecador. La mejor definición de fe es confianza. La confianza generalmente involucra a dos partes: una confía en la otra. Cuando el pecador confía en Jesús para su salvación, se establece una relación salvadora. Cuando el pecador acepta la salvación por la fe, hay más que una declaración legal en el cielo: comienza una relación con Dios, seguida de resultados y expectativas éticas.

Al explorar lo que Jesús dijo sobre esta relación de fe, quisiera sugerir que tratemos de entender claramente la diferencia entre “solo cree” y una relación viva y vital. Tal vez sabés que el mundo cristiano nominal ha sostenido durante años la idea de “solo cree” como su definición de fe. Tenemos algunos consejos muy específicos contra esta enseñanza escritos para nuestra iglesia, y estos consejos están basados en el hecho de que “solo cree” muchas veces incluye únicamente un asentimiento intelectual a la

verdad, en lugar de una relación personal y vital con Dios. La persona que cree que “solo creer” es fe, también es la persona que no cree que podamos obedecer los mandamientos de Dios. La persona que cree en una relación vital con Cristo como necesaria para producir fe genuina cree que sí podemos obedecer los mandamientos de Dios, que hay poder disponible para hacernos vencedores.

Comencemos con Juan 17:3, donde Jesús va directamente al punto sobre lo que significa la vida eterna, en cuanto a cómo la recibimos. Juan 17:3 dice: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”. La vida eterna, obviamente, se basa en Jesús y lo que Él ha hecho, pero aquí el énfasis está en nuestra recepción, nuestra aceptación del regalo, el papel que nosotros jugamos. Entramos en esta relación de conocerlo a Él. Cuando primero aceptamos Su poderosa gracia —la justificación— comienza la relación. A medida que continuamos aceptando Su gracia diariamente, la relación continúa. Y eso es tan importante como el comienzo de un matrimonio y la continuación del mismo. Es ridículo tratar de decidir qué es más importante, casarse o mantenerse casado. Ambos son importantes; ambos son necesarios. Venir a

Jesús es importante. Permanecer con Jesús es importante. Ambos lo son. Uno es una ilustración de la justificación; el otro es una ilustración de la justificación continua y de la santificación: aceptar Su gracia diariamente. Una cosa es que mi hijo monte su bicicleta en Navidad y nunca más la toque. Otra muy distinta es darme cuenta de que le gusta la bicicleta cuando la monta todos los días. Y así, Jesús dijo que la vida eterna, en lo que a nosotros respecta, consiste en entrar en esa relación salvadora con Él.

Jesús contrasta esto claramente en otros dos textos, mostrando por qué algunas personas se perderán. Mateo 25:1-13, la historia de las diez jóvenes del cortejo nupcial, conduce a esta conclusión: cinco pidieron ser admitidas al banquete, y la respuesta fue: "No os conozco". Su problema era que no tenían una relación personal con Dios. El otro texto está en el mismo libro, Mateo 7:23, donde una vez más se declara claramente: "Entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad". ¿Habían estado haciendo maldad? Fijate en lo que habían hecho. Dijeron: "Señor, Señor". (Versículo 22). Sabían cómo pronunciar el nombre de Jesús. Habían estado profetizando, habían expulsado demonios, y habían hecho muchas obras maravillosas. Sin embargo, Jesús dijo: todo eso es iniquidad. ¿Por qué? Porque no lo conocían.

Así que evidentemente, es posible, mediante algún otro poder, hacer todas estas cosas y aun así no conocer a Dios, no conocer a Jesucristo.

Ahí está, en pocas palabras. Y supongo que podríamos cerrar el capítulo aquí. Jesús dejó en claro que tu vida eterna y la mía se basan en conocerlo a Él y lo que Él ha hecho por nosotros. Y los que se perderán serán los que no lo conocen. Eso significa que solo hay dos clases de personas en el mundo: los que conocen a Dios y los que no lo conocen. Los que conocen a Dios han aceptado Su gracia justificadora y continúan aceptándola día tras día. Y los que no lo conocen, o no han aceptado Su gracia, o alguna vez la aceptaron pero no hicieron nada con ella desde entonces. Es cierto que algunas personas se hicieron cristianas hace veinte años y no han hecho nada con eso desde entonces, igual que algunas personas se casaron hace veinte años y no han hecho nada con su matrimonio desde entonces.

Ahora consideremos la cuestión de la fe, porque estamos viendo estos dos temas juntos —la fe y la relación— como una misma cosa, en cierto sentido. No hay fe, no hay fe salvadora, sin esta relación. Y no hay relación sin fe. ¿Qué es la fe? La próxima vez que recorras los cuatro

Evangelios —Mateo, Marcos, Lucas y Juan— sustituí la palabra confianza cada vez que aparezca la palabra creer o fe. Vas a ver que la definición más clara de fe es confianza. La razón por la que nos ayuda ver la fe como confianza es porque se necesita una relación para que alguien confíe en otro.

Si quiero desarrollar una fe genuina —o confianza—, entonces la forma de aprender a confiar en alguien es conociéndolo. Si nos familiarizamos con alguien digno de confianza, lo confiaremos espontáneamente. Y la forma de familiarizarnos es comunicándonos, lo cual está directamente relacionado con la vida eterna en cuanto a cómo la recibimos. ¿Cómo podemos conocer a Dios? De la misma forma en que podemos conocer a cualquier persona: nos familiarizamos con alguien al hablarle, al escucharlo, y al ir a lugares y hacer cosas con él. Así que si vamos a unir fe y relación y mirar el denominador común entre ambas, descubrimos que la confianza, desarrollada a través del compañerismo y la comunión, es la esencia de todo.

Si vas a buscar en la Biblia la base de una relación continua con Dios, la vas a encontrar en Juan 17:3: “que te conozcan a ti, el único Dios verdadero”. La gran verdad

bíblica es que la fe nunca es algo que uno “trabaja” por su cuenta. No es algo que generamos mentalmente con algún tipo de gimnasia intelectual. La fe siempre es espontánea y surge como resultado de conocer a Dios. La persona que no conoce a Dios no tiene fe. Y solo tenemos esta fe salvadora mientras conozcamos a Dios como nuestro Amigo personal en una relación uno a uno.

Eso nos lleva a la cuestión del pecado. ¿Cuál es el problema con el pecado, después de todo? ¿Cómo comenzó todo? Se originó a partir de una falta de confianza. La esencia del pecado fue una relación rota. El originador del pecado decidió que ya no necesitaba confiar más en Dios, su Creador. Y cuando introdujo el pecado en este mundo, ese seguía siendo el problema. No se trataba simplemente de hacer cosas malas; no era solo mal comportamiento o malas acciones: era, fundamentalmente, una relación quebrada.

Cuando una persona ha perdido su relación con Cristo, también ha perdido la justicia, en lo que a Dios respecta. La verdad bíblica es que no existe tal cosa como justicia separada de Jesús. Viene con Él. Cuando no lo tengo a Él, no tengo justicia. Cuando vuelvo a entrar en una relación con Él, entonces la justicia viene por medio de esa relación

con Él. Jesús lo dijo en Juan 16:8-9, cuando declaró que cuando viniera el Espíritu Santo, convencería al mundo de pecado, de justicia y de juicio. Y luego añadió: "De pecado, por cuanto no creen en mí". Sustituí la palabra "creen" por "confían": "De pecado, porque no confían en mí".

Muchas disputas teológicas giran en torno a la cuestión de si pecamos porque somos pecadores o si somos pecadores porque pecamos. Pero una cosa es segura: nadie puede ver el reino de Dios a menos que nazca de nuevo. Véase Juan 3:3. Pero si esto es cierto, entonces debe haber algo mal con nuestro primer nacimiento. El problema con nuestro primer nacimiento es que "nuestros corazones son malos y no podemos cambiarlos". (El Camino a Cristo, p. 18). Por tanto, enfrentamos la realidad del pecado original. (Déjenme definir aquí qué entiendo por pecado original. No estoy hablando de la versión agustiniana del pecado original, que conlleva culpa original. Estoy hablando de la versión de la Confesión de Augsburgo del pecado original, que básicamente dice que la humanidad nace separada de Dios). A causa del pecado de Adán, todos nosotros desde ese momento hemos nacido separados de Dios, en lo que respecta a cualquier relación espiritual. Todos nacemos separados de Dios, y habríamos permanecido así para

siempre, si no fuera por la cruz, que nos dio otra oportunidad. Pero esa opción aún debe ser aceptada por nosotros. El resultado práctico de haber nacido separados de Dios es que nacemos irremediabilmente centrados en nosotros mismos. Y ese egocentrismo causa todos los pecados o transgresiones que le siguen.

El problema del pecado incluso ha infiltrado el reino animal. Esta verdad me quedó clara una noche cuando escuché a un par de “pecadores” maullando furiosamente en el bosque detrás de mi casa. Tenían cuatro patas y pelaje. Se prepararon bastante para su pelea, con las colas alzadas. Podías escucharlos por todo el vecindario. Mientras yacía despierto escuchando, me estremecí al oírlos enredarse en “el combate final”. ¿Y por qué peleaban? Porque eran egocéntricos. Ya entendés la idea.

La conclusión lógica de la idea de que nacemos centrados en nosotros mismos es que una persona peca porque es pecadora. No es pecadora porque peca. ¿Qué dijo Jesús al respecto? Dijo muy simplemente en Juan 3, que no podemos ver el reino de los cielos a menos que nazcamos de nuevo. Esas palabras, por simples que sean, nos llevan a la conclusión de que hay algo mal en todos los que nacemos en este mundo. Si defino el pecado solo en

el sentido legalista —que nadie es pecador hasta que peca—, entonces eso me conducirá a todo tipo de conceptos erróneos acerca del gran tema de la salvación.

Todos somos pecadores porque todos nacimos pecadores. Entonces, ¿qué ocurre en el nuevo nacimiento? ¿Qué pasa cuando una persona se da cuenta de su gran necesidad y viene a Jesús, reconociendo que sin Jesús no tiene esperanza, ni para este mundo ni para el venidero? ¿Qué es el nuevo nacimiento?

Hace algunos años, un médico de Loma Linda dirigió una semana de oración. Todavía recuerdo su tema: “¿Qué hay de nuevo en el nuevo nacimiento?”. Me gusta cómo se amplía este punto en *El Deseado de Todas las Gentes*, en los capítulos sobre Nicodemo y la mujer junto al pozo. El nuevo nacimiento es una obra sobrenatural del Espíritu Santo que produce un cambio de actitud hacia Dios y crea una nueva capacidad para conocer a Dios, una capacidad que antes no teníamos. En el nuevo nacimiento se nos da una capacidad para una relación, y si no fuera por esta obra sobrenatural, ni siquiera tendríamos el “equipo” necesario para entrar en una relación con Jesús. Esta capacidad aumenta a medida que continuamos en

compañerismo y comunión con Dios. Así que el nuevo nacimiento es absolutamente esencial.

El nuevo nacimiento ocurre simultáneamente con la aceptación de la justificación, y nos da la capacidad para una relación vital con Dios, de la cual surge la fe genuina.

Nunca olvidaré cuando intenté convertir a mi hijo. Estaba en la secundaria, y yo estaba preocupado por él. En la escuela donde estudiaba había chicos involucrados con drogas y que las estaban distribuyendo en el campus. Cuando pasan esas cosas, uno se preocupa por su hijo o su hija. Y uno hace todo lo posible por tratar de convertirlos... hasta que se da cuenta de que no puede. Nadie puede convertir a otra persona. Solo el Espíritu Santo puede hacer eso. Creo que si habláramos menos y oráramos más, llegaríamos más lejos. Tengo que confesar que hablé demasiado, y cuando a la mañana siguiente mi hijo ni siquiera me miró en la mesa del desayuno, decidí que era hora de dejar de hablar y empezar a orar más.

Entonces, algunos chicos del colegio (algunos de los que no eran considerados "santurriones") invitaron a mi hijo a una reunión en casa del profesor de Biblia. Él fue con la intención de hacer preguntas difíciles. Le gustaba hacer ese tipo de preguntas. A mitad de la noche, algo le dijo:

“Venden, ¿por qué no te callás? Tal vez aprendas algo”. En ese momento, él no sabía que algunos de esos chicos estaban orando por él. ¡Estoy agradecido por esos chicos del colegio! Antes de que terminara la noche, mi hijo escuchó algo a lo que nunca antes había prestado mucha atención. ¡Pero claro que lo había oído muchas veces antes! ¿Querés saber qué escuchó? Que nunca cambiamos nuestras vidas para venir a Jesús. Siempre venimos a Jesús tal como estamos, y Él es quien cambia nuestras vidas. No puedo decirte cuántas veces lo había escuchado antes, pero de alguna manera nunca le había llegado al corazón.

Llegó a casa, casi hablando en lenguas de lo emocionado que estaba. Dijo: “¡Mirá, papá! ¡Escuchá esto! Nunca cambiamos nuestras vidas para venir a Cristo. Venimos tal como estamos, y a Él le encanta que vengamos tal como somos. ¡Y Él es quien cambia nuestras vidas!”.

No quise apagar su entusiasmo, así que le dije: “¿De verdad? ¡Contame más!”. Y la sangre me cantaba en las venas.

Me contó más, y antes de que terminara la semana, organizó una reunión evangelística en el living, con todos los compañeros del colegio que pudo reunir, tratando de convencer a sus amigos de esta verdad: que uno nunca

cambia su vida para venir a Cristo. Uno viene tal como está, y Él es quien cambia la vida. Su madre y yo estábamos en la habitación del fondo, acostados en el piso, escuchando por la ranura debajo de la puerta.

Escuchá, amigo: si alguna vez vamos a venir a Jesús, vamos a tener que venir tal como estamos. Sea lo que sea que oigas en el diálogo actual sobre la salvación por la fe, este es un punto que podés clavar con un mazo: a Jesús le encanta que vengamos a Él tal como estamos. Yo estoy agradecido por un Salvador así, ¿vos no?

La mañana antes de que mi hijo se convirtiera, no le interesaba en lo más mínimo la Biblia. La mañana después, no podía soltarla. Mientras pasaba frente a su habitación y miraba hacia adentro, pensé para mí: "Sucedió". Quería cantar la doxología: "Alabad a Dios, de quien fluyen todas las bendiciones". Hay una diferencia, ¿no es cierto? Cuando uno viene a Cristo, recibe una nueva capacidad, y puede sentir la diferencia. Es real.

Pero no termina allí. La vida espiritual debe continuar. No sirve de nada comenzar y dejarlo ahí. La conversión es solo el comienzo. Si tan solo pudiéramos lograr que nuestros jóvenes recordaran eso. Jesús lo dijo una y otra vez: "Permaneced en mí". Parecía ser una de sus frases

favoritas. ¿Qué significa permanecer? Significa quedarse. No se trata solo de venir a Él; se trata de quedarse con Él. De eso se trata esta relación de fe.

En Juan 6:53–56 encontramos algunas palabras difíciles. “Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él.”

Estarás de acuerdo conmigo en que no se puede predicar eso a caníbales sin correr peligro. Pero las personas que escucharon estas palabras de Jesús sabían de qué estaba hablando. Sabían más de lo que dejaban ver.

Fijate en cómo se amplía esto en El Deseado de Todas las Gentes, página 389:

“Comer la carne y beber la sangre de Cristo es recibirle como Salvador personal, creyendo que perdona nuestros pecados y que en Él somos completos.” Esa es una buena noticia. Esa es la primera parte, pero fijate que continúa:

“Es contemplando su amor, habitando en Él, bebiéndolo, que llegamos a ser participantes de su naturaleza. Lo que el alimento es para el cuerpo, Cristo lo debe ser para el alma. El alimento no puede beneficiarnos a menos que lo comamos, a menos que se convierta en parte de nuestro ser. Así también, Cristo no es de ningún valor para nosotros si no lo conocemos como Salvador personal. Un conocimiento teórico no nos hará ningún bien. Debemos alimentarnos de Él, recibirlo en el corazón, de modo que su vida llegue a ser nuestra vida.”

Estas palabras las dijo Jesús, y porque Él las dijo, sabemos lo que significa que Él habite en nosotros y nosotros en Él. Todos sabemos —aun sin mucha educación formal— que nadie puede comer por otra persona. ¡Sería una tontería intentarlo! Y, sin embargo, ¡cuántas veces dependemos de otros para nuestro alimento espiritual!

Así que la primera parte es recibir a Jesús, y la segunda parte es quedarse con Él y tener comunión con Él continuamente. La relación que comienza debe continuar, o Su gracia justificadora no nos beneficiará.

En una ocasión, Jesús fue a una aldea de Samaria. Allí se encontró con una mujer junto al pozo. Después de convencerse de que Jesús era el Mesías, ella dijo a la gente

del pueblo: "Vengan y vean". El relato inspirado dice que toda la ciudad salió. Algunos creyeron por el testimonio de la mujer, pero otros que vinieron dijeron: "Ahora creemos, no solo por lo que tú dijiste, sino porque nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que verdaderamente este es el Salvador del mundo".

Nunca es seguro depender de otros para la verdad espiritual. Si lo hacés, tarde o temprano te vas a desviar. La única seguridad está en saber lo que significa estudiar por vos mismo, conocer a Cristo por vos mismo, y determinar por vos mismo lo que es la verdad. Excepto por el Señor Jesucristo, nadie está completamente libre de error.

Dejemos de buscar a alguien que tenga toda la verdad. No vamos a encontrar a una persona así. Y si dependés de otros, vas a caer en el error tan seguro como morirías si dependieras de otra persona para alimentarte. Nadie puede estudiar, orar ni escudriñar por otra persona.

¿Cómo comemos la carne y bebemos la sangre del Hijo de Dios? Es a través de los canales de comunicación que esto sucede. Jesús explicó el significado de estas palabras: "Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida" (Juan 6:63). Mateo 4:4 dice: "No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca

de Dios". Pero hay algo más profundo que solo las palabras. En su entrevista nocturna con Nicodemo, Jesús lo llevó a darse cuenta de que había estado estudiando la Palabra de Dios con fines teóricos. Pero no es a través de la controversia y el debate que el alma es iluminada. Debemos mirar a Jesús y vivir. ¿No sería trágico si toda la iglesia se viniera abajo por causa de discusiones y controversias?

Después de su entrevista con Cristo, Nicodemo escudriñó las Escrituras de una manera nueva. Ya no buscaba discutir teorías, sino encontrar vida para su propia alma. Para comer la carne y beber la sangre de Cristo, debemos estudiar la Biblia con el propósito de tener una relación con Cristo y recibir de Él vida espiritual.

Jesús dijo en Mateo 26:41: "Velad y orad". También dijo que el que pierda su vida por causa de Él y del evangelio, la salvará (véase Marcos 8:35). Así que es por medio de los canales de comunicación —Su Palabra, la oración, y el servicio a los demás— que esta comunión continúa y participamos de Su carne y Su sangre.

¿Y cuál es el resultado? Según Juan 17:20–23, entramos en una relación tan estrecha con Jesús que la Biblia la describe como morar en Él y Él en nosotros. Y el resultado

de eso está muy bien expresado en El Deseado de Todas las Gentes, página 668:

“Cuando conozcamos a Dios como es nuestro privilegio conocerle, nuestra vida será una vida de obediencia continua.”

Ahora me gustaría concluir con esta verdad alentadora: aunque la relación con Cristo produce comportamiento, nuestra relación con Cristo no está basada en nuestro comportamiento. Está basada en nuestra respuesta al llamado de Dios. Cualquiera que piense que su relación con Cristo se basa en su comportamiento, tarde o temprano la abandonará. Cualquiera que se desanime respecto a su relación con Cristo, se desanima porque está tratando de basarla en su comportamiento. Y eso no es otra cosa que legalismo.

Ahora bien, hay una diferencia entre desanimarse por la relación y estar decepcionado con el comportamiento. A veces me decepciona mi comportamiento, pero nunca me desanimo respecto a mi relación con Cristo. ¿Por qué? Porque Jesús tenía una forma muy especial de ayudar a Sus discípulos, incluso cuando caían y pecaban una y otra vez. Léelo en Lucas 9:55, 56:

“Entonces volviéndose Él, los reprendió, diciendo: Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas. Y se fueron a otra aldea.”

No los abandonó; siguió caminando con ellos.

Vemos esta verdad en Juan 3:20–21:

“Porque todo aquel que hace lo malo aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Pero el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios.”

Debo confesar que no entendí el significado de ese pasaje durante mucho tiempo, hasta que un día pareció saltar ante mis ojos. Me gustaría compartirlo con vos. Todo el que hace lo malo odia la luz y no viene a la luz. ¿Alguno de ustedes siente que está haciendo lo malo? Quizás por eso estás leyendo este libro: estás buscando ayuda. ¿Sentís que hay pocas posibilidades de ser salvo, por cómo ha sido tu vida, y porque sabés que tu comportamiento no está a la altura de lo que debería ser? Hay un mensaje aquí para vos.

Si una persona realmente está haciendo lo malo —en un contexto de relación— no va a tener ningún deseo de

venir a la luz. No tendrá interés en leer sobre Jesús. No se va a preocupar por ir a la iglesia o asistir a reuniones donde se exalte a Jesús. No va a querer orar ni buscar conocer a Dios.

Pero la persona que espera con entusiasmo asistir a reuniones donde se estudia la Biblia puede encontrar esperanza en este texto. Puede que todavía esté luchando y cometiendo errores. Pero hay provisión para el cristiano que lucha y crece. Y hay un sentido en el cual esa persona no está realmente haciendo lo malo, porque todavía está viniendo a la luz.

Es más, para aquel que desea de todo corazón rendirse completamente y absolutamente a Cristo, y que viene a la luz en cada oportunidad, hay un Dios en el cielo que lo nota. Y es Él quien ha puesto ese deseo en tu corazón desde el principio. Y mientras sigas viniendo a la luz, Él es capaz de obrar en vos para cumplir todo lo que ha planeado para tu vida.

¿Estás viniendo a la luz hoy? Esa es la pregunta vital. Y si no fuera por esa realidad, muchos de nosotros ya habríamos abandonado hace mucho tiempo.

“Una sola cosa es esencial para que podamos recibir y comunicar el amor perdonador de Dios: conocer y creer el amor que Él nos tiene” (1 Juan 4:16).

Satanás está obrando con todo engaño posible para que no podamos discernir ese amor. Tratará de hacernos creer que nuestros errores y transgresiones han sido tan graves que el Señor no atenderá nuestras oraciones, ni nos bendecirá ni salvará. En nosotros mismos no podemos ver más que debilidad, nada que nos recomiende ante Dios, y Satanás nos dice que no tiene sentido, que no podemos corregir nuestros defectos de carácter. Cuando tratamos de acercarnos a Dios, el enemigo susurra: “No tiene sentido que ores; ¿acaso no hiciste eso tan malo? ¿No pecaste contra Dios y violaste tu propia conciencia?”

Pero podemos decirle al enemigo: “La sangre de Jesucristo, Su Hijo, nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7).

Cuando sintamos que hemos pecado y que no podemos orar, ese es justamente el momento para orar. Podemos estar avergonzados y profundamente humillados, pero debemos orar y creer.

“Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero” (1 Timoteo 1:15).

El perdón, la reconciliación con Dios, no nos llega como recompensa por nuestras obras. No se nos otorga por el mérito de hombres pecadores. Es un don, que tiene como base la justicia perfecta de Cristo.

(El discurso maestro de Jesucristo, págs. 115, 116).

¡Ánimo, amigo! Jesús sigue caminando con vos mientras sigas teniendo comunión con Él. Y, tarde o temprano, Su poder —que es mayor que tus fracasos— te hará más que vencedor, por Su gran amor.

CAPÍTULO 3: LO QUE JESÚS DIJO SOBRE SÍ MISMO

Seamos honestos. Entre quienes disfrutan hablar de teología, el tema de la naturaleza de Cristo es uno de los más divisivos y difíciles de todos. A veces, perdemos horas interminables en él, y iglesias enteras se han dividido por este asunto. Por eso puede ser fascinante descubrir lo que Jesús mismo dijo sobre este tema.

Para nuestra primera Escritura, veamos Juan 14:6-10:

«Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí. Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto. Felipe le dijo: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta. Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras.»

Este es un pasaje muy significativo. Declara simplemente que Jesús era Dios, que Jesús era hombre, que era uno con Su Padre y estaba controlado por Su Padre, incluso en las palabras que hablaba. Probablemente todos los cristianos evangélicos, fundamentales y que creen en la Biblia, creen que Jesús era Dios y es Dios. No necesitamos probar ese punto. Es bíblico. Pero notemos algunos puntos clave al respecto. Juan 1:1 dice: "El Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios." Mateo 3:17, donde Dios mismo habla en el bautismo de Jesús, dice: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia." Incluso el diablo lo sabía, porque según Mateo 4:3, trató de tentar a Jesús para que convirtiera las piedras en pan. Si no supiera que Jesús era Dios por nacimiento, esa tentación habría sido ridícula. Y no solo lo sabía el diablo, sino también sus demonios, porque en más de una ocasión dijeron: "¡Sabemos quién eres, el Santo de Dios!"

En Juan 10:17,18 Jesús dijo: "Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volverla a tomar." Ninguno de nosotros podría hacer tal afirmación. Jesús estaba hablando como Dios. En Lucas 5:20,21 mostró que tenía poder para perdonar pecados, y los escribas y fariseos lo acusaron de blasfemia. Una vez más, Jesús hablaba como Dios.

En Juan 13:3 se nos dice que Jesús sabía que había venido de Dios y que era Dios. Es muy interesante leer la historia en El Deseado de Todas las Gentes y notar que a los doce años, mientras estaba en el templo, Jesús se dio cuenta por primera vez de que Él era el Elegido. ¡Qué experiencia debió haber sido despertar a la realidad de que el Cordero lo representaba a Él!

Finalmente, en Marcos 14:61,62, cuando lo conminaron a decir la verdad, bajo juramento confesó: “Yo soy el Hijo de Dios.” Así que Jesús era Dios. Continuó siendo Dios cuando se hizo hombre. Y sigue siendo Dios, a la diestra del Padre, hoy. Con eso en mente, pasemos al segundo tema principal bajo este punto: Jesús también fue hombre. Fue humano. Según Juan 1:14, “El Verbo”—Jesús—“se hizo carne, y habitó entre nosotros.”

Como hombre, como ser humano, mostró ciertos rasgos que nos caracterizan a nosotros. Se cansaba (ver Juan 4:6). Se durmió en el fondo de la barca (ver Lucas 8:23). Tuvo hambre (ver Marcos 11:12). Tuvo sed y pidió agua a la mujer samaritana (ver Juan 4:7), y volvió a tener sed en la cruz (ver Juan 19:28). Como hombre, descubrió lo que es experimentar las necesidades que nosotros experimentamos.

Aquí es donde realmente comienza el diálogo y las discusiones. ¿Cuánto hombre era? ¿Qué tan humano era? ¿Era como nosotros o no? Ahí es donde podemos cobrar ánimo con la ayuda que se nos ha dado a través del don a la iglesia para ayudarnos a entender este problema.

Si estudias cuidadosamente El Deseado de Todas las Gentes, página 117, descubrirás que Jesús se hizo hombre después de que la raza humana se había estado degenerando por 4000 años. La raza había disminuido en fuerza física. Jesús se cansaba cuando Adán no lo habría hecho. Jesús se durmió en el fondo de la barca cuando quizás Adán no lo habría hecho. De hecho, ¡Adán ni siquiera habría estado en la barca, porque la habría hundido! Adán era más del doble de alto que las personas actuales. Así que Jesús era más bajo que Adán. Es un dato interesante.

La raza se había degenerado no solo en fuerza física, sino también en capacidad mental. Jesús no era inherentemente tan inteligente como Adán. Aparte de Dios, Adán habría sido más sabio que Jesús. Suena casi sacrílego decirlo, pero es la verdad: Jesús aceptó la debilidad de la humanidad en términos de poder mental.

Y una tercera área en la que Jesús fue más débil que Adán fue en fuerza moral. No tenía, aparte de Dios, la voluntad y la firmeza para controlar Sus acciones como Adán habría tenido. Pero eso no hizo ninguna diferencia respecto a lo que vemos en la vida de Jesús, porque no dependía del poder de la voluntad. En cambio, dependía del poder divino de Su Padre—poder desde lo alto. Y eso hizo toda la diferencia.

Como Sus contemporáneos, Jesús aceptó todas las debilidades de 4000 años de degradación—debilidades transmitidas a ellos por la gran ley de la herencia. (Ver *El Deseado de Todas las Gentes*, p. 49). No hay evidencia de que el pecado se transmita por los genes y cromosomas. En otras palabras, que un hombre sea alcohólico no significa que su hijo inevitablemente también lo será. Pero un alcohólico tiende a pasar a su progenie debilidades físicas, mentales y morales, y por eso su hijo probablemente será más susceptible al alcohol. ¿Ves la diferencia? Jesús fue debilitado, no en términos de pecados tejidos en Sus genes y cromosomas, sino en el sentido de que era físicamente, mentalmente y moralmente más débil que Adán antes de la caída. Lo mismo es cierto para todos los descendientes de Adán.

Todos estaremos de acuerdo, estoy seguro, en que Jesús nunca pecó. En Juan 8:29 Él dijo de Sí mismo: "El que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada." En Juan 8:46: "¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?" Y antes de Su nacimiento, el ángel le había dicho a María: "Lo santo que nacerá, será llamado Hijo de Dios." (Lucas 1:35). Jesús fue sin pecado. Fue llamado "aquello santo", y no hay ninguna otra persona nacida en este mundo que haya sido llamada así. Así que vemos aquí un punto en el que Jesús nació diferente a nosotros. Él nunca fue un pecador. Nunca pecó. Fue sin pecado.

Otro punto debatido con frecuencia respecto a la humanidad de Jesús es si fue como Adán antes de la caída o como Adán después de la caída. Eso podría mantenerte despierto hasta la medianoche. Tal vez ya lo ha hecho. Cuando preguntas: ¿Fue Jesús como Adán antes de la caída o como Adán después de la caída?, la respuesta es sí a ambas. En algunos aspectos Jesús fue como Adán antes de la caída, y en otros fue como Adán después de la caída. La respuesta se complica porque hacemos la pregunta de forma incorrecta. Jesús fue como Adán después de la caída, como ya hemos notado, en términos de fuerza física,

capacidad mental y valor moral. Pero fue como Adán antes de la caída en que fue sin pecado.

Jesús tenía todas las responsabilidades de Adán. (Ver *El Deseado de Todas las Gentes*, p. 117). Podía ser tentado. Podía haber cedido a la tentación. Tenía libre albedrío. Era posible que fallara, que fracasara, que pecara. Y sin embargo no había pecado en Él. “Ninguna mancha de pecado mancillaba la imagen de Dios en Él [Jesús]. Sin embargo, no estuvo exento de tentación.” (*El Deseado de Todas las Gentes*, p. 71).

¿Qué significa eso? Significa que Él tenía una naturaleza que no contenía tendencias al pecado. Esa es una palabra grande. Podríamos perder a los chicos y chicas con esa. Permíteme explicarla y definirla. La naturaleza de Jesús podía ser tentada, pero no tenía un deseo cultivado por el pecado. ¿Puedes decir eso de ti mismo? Por supuesto que no. ¿Podría decirse eso de cualquier otra persona nacida en este mundo de pecado? No.

Esto nos lleva a una pregunta muy práctica: ¿Tuvo Jesús una ventaja sobre nosotros? La respuesta es sí. En Lucas 1:35, se declara que Él es “aquel santo”. Esto no podría decirse de ningún otro ser humano. A diferencia de nosotros, Jesús nunca fue tentado a continuar en pecado,

porque nunca pecó en primer lugar. Desde el comienzo mismo, Jesús aborreció el pecado. Ningún otro ser humano puede hacer tal afirmación. Así que Jesús sí tuvo ventajas.

Pero en cierto sentido, Jesús no tuvo ventajas sobre nosotros. El Deseado de Todas las Gentes, p. 329, dice que Él conoce nuestras debilidades por experiencia. La página 480 nos dice que cada carga que llevamos, Él la llevó. La página 71 señala que fue sujeto a todos nuestros conflictos.

¿Cómo reconciliamos eso? Sugiero que la solución se encuentra en descubrir cómo vivió Jesús Su vida en este mundo. La página 24 de El Deseado de Todas las Gentes dice:

“Satanás representó la ley de amor de Dios como una ley de egoísmo. Declaró que era imposible obedecer sus preceptos.”

Recuerda esto siempre que oigas a alguien sugerir que no podemos obedecer la ley de Dios. Esa fue la acusación de Satanás. El párrafo continúa:

“Jesús vino para desenmascarar este engaño. Como uno de nosotros, vino para darnos un ejemplo de obediencia. Para ello tomó sobre Sí nuestra naturaleza y

pasó por nuestra experiencia... Soportó cada prueba a la que estamos sujetos. Y ejerció en Su favor ningún poder que no nos sea ofrecido libremente a nosotros. Como hombre, enfrentó la tentación y venció con la fuerza que recibió de Dios... Su vida testifica que también es posible para nosotros obedecer la ley de Dios."

Entonces, ¿cómo vivió Jesús Su vida? Vivió Su vida dependiendo de un poder superior a Él, en lugar de depender del poder dentro de Él. Este último no habría sido suficiente. Vivió dependiendo del poder divino de Su Padre, del mismo modo que tú y yo podemos vivir dependiendo del mismo poder divino.

En Juan 5:30 Jesús dice: "No puedo yo hacer nada por mí mismo." En Juan 14:10 declara: "¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta; sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras." Así que la vida de Jesús fue una vida vivida como resultado de una relación de fe y confianza con Su Padre. Y se convirtió en una poderosa demostración y ejemplo de que ese mismo poder está disponible para cada uno de nosotros. Ni siquiera Sus milagros fueron realizados por el poder dentro de Él. Sus milagros fueron realizados por fe y oración (ver El Deseado

de Todas las Gentes, p. 536); fueron realizados por el poder de Dios mediante el ministerio de los ángeles (ver Hechos 2:22; El Deseado de Todas las Gentes, p. 143). Y la bondad que vemos demostrada en Su vida, la vida perfecta de obediencia, vino de lo alto, no de dentro de Él.

Cuando llegamos al final de Su vida, lo vemos luchando en el Huerto de Getsemaní. El peso que había venido a soportar lo había visto, desplegado ante Él, cuando aún estaba en el país celestial. Pero cuando finalmente lo vemos sudando gotas de sangre allí en Getsemaní, parece que no va a lograrlo.

Algunos hemos tenido la idea de que Él debía pasar por todo eso completamente solo. Que, aunque toda Su vida había dependido de Su Padre, ahora, cuando llega a Getsemaní y a la cruz, debía hacerlo solo. Pero no fue así. Lucas 22:43 dice, en medio de la historia, que un ángel vino y lo fortaleció. ¿Te imaginas ser ese ángel? Si lees la historia en el comentario inspirado, encontrarás que fue el ángel que tomó el lugar de Lucifer quien vino y animó a Jesús y le trajo poder para seguir adelante hasta la cruz.

Cuando Jesús estaba en la cruz, clamó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" Y podríamos decir: "Eso es todo; ahora sí está completamente solo." Pero no

fue así. Dios mismo estaba en Cristo, reconciliando consigo al mundo (ver 2 Corintios 5:19). Dios y los ángeles estaban en la cruz (ver *El Deseado de Todas las Gentes*, p. 754). Estaban con Jesús hasta el mismo final. Pero Jesús no sentía que estuvieran. Sentía que había sido abandonado.

Y así, durante toda Su vida, incluyendo Su comportamiento perfecto y sin pecado, incluyendo Sus milagros, incluyendo Getsemaní y la cruz, Jesús vivió mediante un poder que venía de lo alto, y siempre fue a través de una relación de fe, oración y comunicación con Su Padre que experimentó ese poder. “Jesús no reveló cualidades, ni ejerció poderes, que los hombres no puedan tener mediante la fe en Él. Su perfecta humanidad es la que todos Sus seguidores pueden poseer, si están en sujeción a Dios como Él lo estuvo.” (*El Deseado de Todas las Gentes*, p. 664).

Así que, al final, Jesús se convierte en nuestro ejemplo. Juan 13:15 lo dice respecto al servicio de la Comunión, pero puedes encontrar toda una lista de referencias al hecho de que Jesús fue nuestro ejemplo. Ni siquiera por un pensamiento cedió Jesús a la tentación. Así puede ser con nosotros. (Ver *El Deseado de Todas las Gentes*, p. 123). La vida sin pecado que Él vivió nos fue dada como ejemplo

(ver p. 49). Por Su obediencia a la ley, Cristo demostró que por Su gracia, la ley puede ser perfectamente obedecida por todo hijo e hija de Adán. (El Discurso Maestro de Jesucristo, p. 49). La vida de Jesús en ti producirá los mismos resultados que produjo en Él. (Ver p. 78). Hemos de vencer como Cristo venció. (Ver Apocalipsis 3:21; El Deseado de Todas las Gentes, p. 389).

Por favor, amigo, no dejes que nadie te diga que no podemos obedecer la ley de Dios. Hay demasiada evidencia que dice lo contrario. Y mucha de esa evidencia proviene de Jesús, de la vida que vivió, las enseñanzas que dio y el ejemplo de Su propia vida y cómo la vivió.

Ahora esto nos lleva a un problema que quiero abordar directamente. Parecen existir tres opciones respecto a la naturaleza de Cristo. Una es creer que Jesús tenía una ventaja sobre nosotros, porque era como Adán antes de la caída. Él podía obedecer la ley de Dios. Pero nosotros no somos como Adán; por lo tanto, no podemos obedecer la ley de Dios. La segunda es creer que Jesús fue como Adán después de la caída, y por lo tanto, igual que nosotros. Como Él podía obedecer la ley de Dios, también nosotros podemos. La tercera alternativa es creer que Jesús fue como Adán antes de la caída en cuanto a ser sin

pecado, pero que mantuvo esa condición sin pecado al valerse del mismo poder divino que está disponible para nosotros.

¿Cuál es la debilidad de la primera opción? Para quien define el pecado en términos de naturaleza caída, Jesús era como Adán antes de la caída. Por lo tanto, no era pecador por naturaleza. Pero nosotros sí lo somos. Entonces, Jesús era diferente de lo que nosotros somos. Como era sin pecado, puede ser nuestro Salvador. Hasta aquí todo bien. Pero tenemos dificultad con el siguiente paso: como era sin pecado, no puede ser nuestro ejemplo.

La debilidad de la opción número dos es que, si Jesús era exactamente como Adán después de la caída, y por lo tanto, como nosotros, tal vez pueda ser nuestro ejemplo. Pero como era pecador, no podría ser nuestro Salvador, sino que Él mismo necesitaría un Salvador.

Pero aquí está la tercera opción: Jesús era como Adán antes de la caída en el sentido de que era sin pecado, pero era como nosotros en el sentido de que heredó las tentaciones y debilidades que nosotros heredamos. Entonces, en un sentido, tenía una ventaja sobre nosotros al comenzar sin pecado. Por otro lado, no tenía ninguna ventaja sobre nosotros en cuanto a que tenía que

depender del mismo poder divino para seguir venciendo la tentación, que está disponible para nosotros. Vista de este modo, Él es tanto nuestro Salvador como nuestro ejemplo.

Creo que la tercera opción es la correcta. También creo que el tema del pecado es mucho más profundo que simplemente hacer cosas malas. El problema del pecado es, básicamente, el problema de una relación rota: tratar de vivir una vida independiente de Dios. En este sentido, Jesús enfrentó tentaciones mucho más fuertes que las nuestras, porque, sabiendo que era Dios, tuvo una tentación mucho mayor de vivir independientemente del poder de Su Padre.

Jesús se convierte en un mayor ejemplo para nosotros si consideramos el pecado en términos de relación en lugar de simplemente de conducta. Así que las dos primeras opciones son inadecuadas, y si la tercera es correcta—que el problema real es la relación y la dependencia—entonces si Jesús tenía la naturaleza de Adán antes o después de la caída se vuelve en gran parte irrelevante.

Ahora que he terminado de decirte lo que quería decirte, voy a resumírtelo:

La Naturaleza de Cristo

Jesús era Dios. Como tal, poseía el poder de Dios dentro de Sí, incluyendo el poder de poner Su vida y volverla a tomar. El diablo sabía que tenía el poder de Dios dentro de Él, e incluso trató de persuadirlo para convertir piedras en pan. Jesús habló repetidamente como Dios, sin embargo, vivió como hombre, porque era hombre—"el hombre Cristo Jesús" (1 Timoteo 2:5). Se hizo hombre para siempre, aceptando la humanidad después de 4000 años de pecado y sus estragos en la raza humana, pero siempre ha sido y siempre será Dios.

Comparado con Adán, Jesús era débil. No tenía la fuerza física de Adán. No era inherentemente tan inteligente como Adán. No tenía la fuerza de voluntad que Adán poseía. Aunque Jesús tomó sobre sí estas debilidades hereditarias, vivió sin pecar, haciendo siempre las cosas que agradaban al Padre. No solo no pecó, sino que fue sin pecado. Amó la justicia y aborreció la iniquidad. Fue tentado más que cualquier otro ser humano, pero venció el pecado y al diablo del mismo modo en que nosotros podemos vencer.

¿Tuvo ventajas sobre nosotros? Por supuesto, porque nació siendo Dios, y nosotros no. Pero nunca usó esa ventaja, porque Jesús dejó de lado el poder de la divinidad

dentro de Él y vivió Su vida como hombre en esta tierra mediante el poder de Su Padre desde lo alto. Incluso Sus obras poderosas fueron hechas por medio de ese poder desde arriba—por Su conexión con el Padre—en lugar de usar el poder desde dentro de Sí mismo.

En resumen: Jesús fue divino, así como humano. Tomó sobre Sí Su naturaleza espiritual sin pecado y nuestra naturaleza humana caída en términos de fuerza física, poder mental y fortaleza moral, después de 4000 años de pecado. En ese estado debilitado, nos dio un ejemplo de victoria desde arriba, no desde dentro.

Obviamente, Jesús era diferente de nosotros en algunos aspectos, pero idéntico a nosotros en otros. ¿Qué ser humano podría afirmar que es Dios porque Dios es su Padre? Ninguno de nosotros puede hacer esa afirmación. Pero Jesús sí podía. En este sentido, era diferente. Pero como nunca usó Sus poderes divinos en Su favor, sino que dependió del poder del Padre como debemos hacerlo nosotros, en este sentido era igual a nosotros.

“La encarnación de Cristo siempre ha sido, y siempre será, un misterio. Lo que ha sido revelado es para nosotros y nuestros hijos, pero que todo ser humano se abstenga de presentar a Cristo como enteramente humano, igual

que nosotros; porque eso no puede ser.” —Elena G. de White, Comentarios de la Biblia Adventista del Séptimo Día, vol. 5, p. 1129.

Otro punto inexplicable en el que a menudo perdemos horas interminables es cómo pudo Jesús ser tentado en todo según nuestra semejanza... Es un misterio que queda sin explicación para los mortales: “que Cristo pudiera ser tentado en todo como nosotros.” —págs. 1128–1129.

Sin embargo, hay dos puntos principales que debemos recordar respecto a la naturaleza de Cristo. Primero, que no tuvo ventaja sobre nosotros al enfrentar el pecado y al diablo. Segundo, que venció el pecado y al diablo exactamente de la misma manera en que nosotros podemos vencer.

Tal vez no haya sido tentado con cada situación específica que tú y yo encontramos en la vida. Pero fue atacado con tentación en cada principio en el que nosotros somos tentados. Él venció eligiendo, desde el principio de Su vida terrenal, depender totalmente del poder de Su Padre celestial para vencer, y es nuestro privilegio depender de nuestro Padre celestial para obtener ese mismo poder para vencer. Porque Él sabía que, como Dios en carne humana, poseía poder infinito en Sí mismo, Sus

tentaciones debieron ser infinitamente más severas que las nuestras. Y ese es el verdadero asunto, al fin y al cabo.

Cada vez que estudio este tema, siento como si estuviera pisando tierra santa. Darse cuenta de que Jesús vino y vivió como yo debo vivir, es un pensamiento sobrecogedor. ¿Me hace sentir como si estuviera muy atrás? Sí. ¿Me desanima? No. ¿Por qué? Porque Jesús ya nos ha dado demasiada evidencia de que nos ama y continuará ayudándonos a entender cómo vivió Su vida, para que nosotros también podamos hacerlo. Podemos cobrar ánimo con eso hoy.

CAPÍTULO 4: LO QUE DIJO JESÚS SOBRE LA SANTIFICACIÓN

SANTIFICACIÓN

Después de una reunión una noche en el Noroeste, se me acercó un joven que dijo: “El evangelio es que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras”.

Y le respondí: “Sí, ¿no es eso una buena noticia?”

Pero él continuó: “Eso es todo lo que hay en el evangelio”.

“¿No es buena noticia que Jesús venga otra vez para llevarnos al cielo?”, le pregunté.

“Sí, pero eso no es el evangelio”.

“¿No es buena noticia que Cristo quiera venir a nuestras vidas y vivir Su vida en nosotros?”

“Sí, pero eso no es el evangelio”.

“¿Es buena noticia que haya poder disponible para vencer, para tener victoria, para obedecer, a través del poder de Cristo?”

“Sí” —dijo— “pero eso no es el evangelio”.

“¿Qué significa la palabra evangelio?”, le pregunté.

“Bueno, eh, uh, ¡significa buenas noticias!”

Jesús tuvo mucho que decir sobre el evangelio. Habló mucho sobre el evangelio de la justificación, del perdón, de Su obra por nosotros. Pero tuvo al menos el doble de cosas que decir sobre el evangelio de la santificación: la obra de Cristo en nosotros, al darnos poder para vivir para Él.

Todos hemos oído decir que Cristo fue nuestro ejemplo, aunque algunos hoy cuestionan eso, basándose en que nunca podremos ser exactamente como Cristo. Pero si hubiera un área en la que Cristo podría ser nuestro ejemplo, ¿cuál sería? ¿Lo has pensado alguna vez? No podría ser en el área de la justificación, porque Cristo nunca necesitó perdón, ni reconciliación con Dios. Pero sí fue nuestro ejemplo cuando se trata de vivir la vida cristiana. Fue nuestro ejemplo en obediencia, en victoria, en vencer. Apocalipsis 3:21 habla de ello. Así que el tema de la santificación, en términos de lo que Jesús dijo sobre ello, es tan amplio que solo podemos cubrir los puntos más destacados en este estudio. Pero si estás interesado en saber más sobre cómo vivir una vida cristiana victoriosa y con éxito, no hay mejor lugar para buscar que la vida y enseñanzas de Jesús.

¿Qué dijo Jesús sobre la santificación? Pues bien, como tal, tenemos un solo texto: Juan 17. Dijo que Él quiere que Sus seguidores sean santificados de la misma manera en que Él fue santificado.

¿Pero qué es la santificación? Para comenzar, debemos notar que incluye varios aspectos en su entendimiento moderno. Primero, incluye una obra terminada, algo ya hecho, y significa simplemente ser apartado para un uso santo. Segundo, usamos la palabra para referirnos a vivir la vida cristiana, al crecimiento cristiano, obediencia, victoria, poder. Nos referimos a ella en términos de la obra del Espíritu Santo en nosotros. Y supongo que podríamos incluso añadir un tercer aspecto: que es una obra completada que Dios desea en Su pueblo, quienes vivirán en Su reino en el cielo por toda la eternidad.

Me gustaría comenzar con una descripción de la santificación y cómo funciona, y luego procederemos con las evidencias bíblicas.

La santificación, en el uso bíblico, se refiere mayormente a la obra completada: ser apartado para un uso santo. El ladrón en la cruz fue tanto justificado como santificado. Obviamente, él necesitaba tanto un título para el cielo como una aptitud para el cielo. La santificación

también se usa en el vocabulario moderno para referirse al crecimiento cristiano. Pero, ya hablemos de ella como obra terminada o continua, el método de la santificación es siempre por la fe solamente, al igual que la justificación. Aunque debemos pensar en la justificación y la santificación como separadas respecto a la aceptación y la seguridad, debemos pensarlas juntas respecto al método de realización en nuestra experiencia.

Esto no niega que en la santificación existirán tanto la fe como las obras. Sin embargo, cuando usamos la frase «santificación por la fe solamente», estamos utilizando el entendimiento usual en inglés de la palabra «por». (Se refiere a método. Viajo a Nueva York por avión. Me gano la vida por medio del trabajo.) Todo creyente debe entender que no solo debe ser salvo por el sacrificio de Cristo, sino que debe hacer suya la vida de Cristo. La religión de Cristo significa más que el perdón de los pecados. Significa quitar nuestros pecados.

¿Cómo se logra esto? Solo por la fe. La verdad bíblica es que aquellos que han sido justificados por la fe también vivirán por fe. Vivir la vida cristiana se logra a través del mismo medio por el cual comenzó la vida cristiana. Solo por la fe podemos guardar los mandamientos de Dios. La

obediencia por la fe es el único tipo de obediencia verdadera que existe, y es espontánea para el hombre de fe.

La obediencia tiene que ser por la fe solamente debido a la naturaleza del ser humano. Somos pecadores por naturaleza, y los pecadores son incapaces de guardar la ley de Dios aparte de Cristo. Dios quiere guiarnos a renunciar a nosotros mismos y aceptar la justicia de Cristo por nosotros, y la justicia de Cristo obrando en nosotros. La justicia de Cristo por nosotros es lo que nos da vida eterna. La justicia de Cristo en nosotros es lo que produce obediencia genuina y da gloria a Dios.

Todos en el mundo están controlados o por Dios o por Satanás. Véase Romanos 6:16. El único control que tenemos es decidir cuál de estos dos poderes queremos que nos controle. Si no elegimos entrar en una relación continua con Dios, el diablo está en control de nuestra dirección y, finalmente, tendrá el control completo de nosotros. Esto se llama posesión demoníaca: la peor clase de esclavitud.

Si elegimos entrar en una relación continua con Dios, esto permite que Dios controle nuestra dirección, y Su

Espíritu Santo, finalmente, nos poseerá. Esta es la única libertad real que existe.

Siempre que apartamos la vista de nosotros mismos y, en nuestra impotencia, confiamos en total dependencia de Jesús, esto le permite morar en nosotros y hacer Su voluntad y obra en nosotros según Su beneplácito. El resultado es que la justicia de la ley se cumple en nosotros. Esta obediencia es obediencia perfecta, pero esto no significa que en adelante seamos sin pecado. Desafortunadamente, en nuestra naturaleza aún pecaminosa, no vivimos en dependencia ininterrumpida del poder de Jesús. Por la razón que sea, quitamos la vista de Jesús. Por eso caemos y fallamos. Dios no es culpable de esto, pero ha provisto para estas caídas. El cristiano genuino recordará que, aunque Dios ha provisto para estos fallos, nunca debe usar esa provisión como excusa para pecar. Hacer provisión para el pecado es algo que le corresponde a Dios, no a nosotros. Porque al cristiano se le ha perdonado mucho, ama mucho; y el que ama mucho, obedece mucho.

La obediencia es el fruto de la fe. Esto resuelve claramente la cuestión del esfuerzo y la cooperación en la vida cristiana. Nunca trabajamos deliberadamente en los

resultados. Nuestros esfuerzos deliberados deben dirigirse hacia la causa de nuestra obediencia, no hacia la obediencia misma. Sin embargo, habrá muchos esfuerzos naturales y espontáneos que surgirán de la relación de fe. Si sin Jesús no podemos producir ninguno de los frutos de justicia, pero con Él podemos hacer todas las cosas, la única cosa posible que podemos hacer en todo este asunto de la salvación es estar con Él y permanecer con Él.

La lucha deliberada y el esfuerzo de los que habla la Escritura siempre están dirigidos hacia la relación de fe, no hacia el pecado y la obediencia. Incluso resistir al diablo se logra al someternos a Dios y acercarnos a Él. Aquellos que creen en la santificación por fe más obras solo pueden creer en una obediencia imperfecta hasta que venga Jesús. Aquellos que creen en la santificación por fe solamente pueden creer que la obediencia perfecta siempre ha sido posible y es posible antes de que Jesús venga.

Ahora me gustaría darte la evidencia directa, o al menos una parte de ella, para las conclusiones que acabo de presentar.

Parece haber hoy en día un gran énfasis en que si simplemente dedicáramos el 90 por ciento de nuestro tiempo a la obra que Dios ha hecho por nosotros, ese sería

el enfoque correcto. Pero en nuestro estudio de la vida y enseñanzas de Jesús, encontramos en los escritos inspirados que la proporción es de aproximadamente uno a cuatro, con al menos cuatro veces más contenido hablando de la obra de Dios en nosotros que de la obra de Dios por nosotros.

Los cimientos y las paredes de una estructura son una analogía de lo que estamos tratando de decir. Como resultado de este estudio, he llegado a la conclusión de que, si bien es cierto que la justificación es el fundamento del evangelio, la santificación está representada por las cuatro paredes construidas sobre ese fundamento. Hay mucho más énfasis en la santificación que en la justificación en los evangelios, así como en la instrucción dada a esta iglesia mediante el don profético. Creo que la explicación de esto es la siguiente: la misión del pueblo remanente ha sido construir sobre el fundamento de la Reforma. Por eso tenemos tanta información sobre este movimiento y se nos invita a edificar sobre él. Y es solo en la medida en que lo hagamos que cumpliremos nuestra misión. ¿Qué está esperando aún el mundo? Está esperando escuchar algo que se suponía debía haberse construido sobre la teología de la justificación por la fe de la Reforma: está esperando escuchar la verdad de la santificación por la fe.

Un segmento creciente de cristianos quiere creer que la vida de Jesús sustituye a la mía. Esta es su filosofía: "No puedo obedecer, así que Él obedeció por mí cuando estuvo en la tierra. Su santificación es en mi lugar. Él me sustituye en la santificación." He oído usar el texto de Juan 17:19 como prueba de esta idea: "Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad."

He buscado más luz sobre este punto, tanto en el griego original como en comentarios, así como en los comentarios inspirados para esta iglesia. La mejor ayuda que encontré fue en *Mi vida hoy*, p. 252:

"Cristo declaró que Él se santificaba a sí mismo para que también nosotros fuésemos santificados. Él tomó sobre sí nuestra naturaleza y se convirtió en un modelo sin falta para los hombres... No cometió errores, para que también nosotros podamos ser vencedores y entrar en Su reino como vencedores. Él oró para que fuésemos santificados mediante la verdad. ¿Qué es la verdad? Él declaró: 'Tu palabra es verdad'. Sus discípulos habían de ser santificados mediante la obediencia a la verdad. Él dice: 'Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos.' Esa oración

fue por nosotros: hemos creído en el testimonio de los discípulos de Cristo. Él ora para que Sus discípulos sean uno, como Él y el Padre son uno; y esta unidad de los creyentes debe ser un testimonio para el mundo de que Él nos ha enviado y que llevamos la evidencia de Su gracia.

Hemos de ser llevados a una cercanía sagrada con el Redentor del mundo. Hemos de ser uno con Cristo como Él es uno con el Padre. ¡Qué cambio maravilloso experimentan los hijos de Dios al unirse con el Hijo de Dios! Hemos de tener nuestros gustos, inclinaciones, ambiciones y pasiones todos sometidos y llevados a armonía con la mente y el espíritu de Cristo. Esta es precisamente la obra que el Señor está dispuesto a hacer por quienes creen en Él...

El espíritu de Cristo debe tener una influencia controladora sobre la vida de Sus seguidores, de modo que hablen y actúen como Jesús...

La gracia de Cristo ha de obrar una transformación maravillosa en la vida y el carácter de quien la recibe." (Mi vida hoy, p. 252)

Así que, cuando Jesús dijo: "Yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados", Él es nuestro ejemplo, nuestro modelo en la santificación.

Podemos ser santificados de la misma manera que Él lo fue: por dependencia del poder divino de lo alto. No significa que Él fue santificado simplemente en nuestro lugar. ¿Lo ves? Él es nuestro ejemplo y modelo en la santificación.

Bien, entonces, continuemos con lo que Jesús dijo acerca de la santificación, subdividido en siete puntos.

Número uno: Método

¿Cuál es el método por el cual se alcanza la santificación? Es por la fe solamente.

En Juan 15:5, Jesús dijo: "Sin mí nada podéis hacer." Jesús está hablando sobre producir los frutos de obediencia y los frutos del Espíritu en la vida cristiana. Si sin Él no podemos hacer nada, entonces todo tendrá que hacerse por fe en Él. En Marcos 14:38, Él dijo: "Velad y orad, para que no entréis en tentación." Nos da una pista de cómo se hace esto. En Juan 6:28, el pueblo había dicho: "¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?" Jesús respondió: "Esta es la obra de Dios: que creáis en el que Él ha enviado." (verso 29)

Y en Juan 6:57, Jesús dice: “El que me come, también vivirá por mí.” ¿Qué significa eso? El verso 63 lo explica: “Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.”

Así que tenemos, a través de las palabras de Cristo, mediante la oración, mediante la vigilancia sobre nuestra relación con Él, los métodos para entrar en dependencia de Él. En Juan 1:29, dice, a través de los labios de Juan el Bautista: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.” Este versículo puede verse de dos maneras: primero, “He aquí el Cordero de Dios que quita los pecados pasados”; segundo, “He aquí el Cordero de Dios que quita también nuestro pecado presente”. Solo al contemplarlo somos transformados. Todos conocemos esta verdad. Ese principio funciona incluso en el mundo, aparte de Jesús: lo que capta nuestra atención nos conquista.

En Lucas 10:42, en la historia de Marta y María, Jesús dijo que solo una cosa es necesaria, y esa es sentarse a los pies de Jesús y recibir Su gracia por medio de Su Palabra y la oración. En Lucas 16:13, Jesús dijo, en esencia, que no puedes aceptar un regalo y también ganártelo. Esa es una de las grandes preguntas que enfrentamos hoy: ¿Podemos alguna vez ganar o merecer la gracia de Dios, ya sea en la justificación o en la santificación? La respuesta es no. Nunca

podemos ganarla, merecerla ni trabajar por el perdón o el poder de Dios.

Número dos: La obediencia genuina, el crecimiento y la victoria son naturales y espontáneos en la vida cristiana.

Todos estamos de acuerdo en que la justificación es la raíz y la santificación es el fruto. Ahora bien, si la santificación es el fruto, no olvidemos lo que Jesús dijo a Sus discípulos. No les ordenó que trabajaran para dar fruto. Los invitó a esforzarse en permanecer en Él. (Véase *El Deseado de todas las gentes*, p. 677).

Para la persona que cree que la santificación es el fruto del evangelio, pero que también cree que debe trabajar arduamente en su propia santificación, hay una gran incongruencia. Un árbol no se esfuerza por dar fruto. Da fruto porque es su naturaleza. El fruto es el resultado. Uno no se esfuerza en producir un resultado; se esfuerza en la causa, y el resultado viene por sí solo. ¿No es así? Por eso las muchas declaraciones de Jesús acerca del fruto son significativas para este tema. Leamos solo una de ellas:

Mateo 7:16–18: “¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el

buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos.”

Medita en esas palabras de Jesús: “No puede el buen árbol dar malos frutos.” Dar fruto genuino y bueno es natural y espontáneo para un buen árbol.

Jesús lo dijo de nuevo en Mateo 23:26: “Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio.” ¿Cuántos de nosotros hemos desperdiciado tiempo, años y esfuerzo tratando de limpiar lo exterior del vaso, en lugar de ir a la causa del problema? Si dirigimos nuestra atención a la causa y limpiamos lo interior, lo exterior también quedará limpio.

En Juan 14:15–17, Jesús dijo, en esencia: “Si me amáis, guardaréis mis mandamientos.” ¿Cuántos de nosotros hemos desperdiciado tiempo y esfuerzo tratando de obedecer, cuando Jesús dijo: “Si me amas, lo harás”? Estas son evidencias significativas de Jesús de que la obediencia genuina es natural y espontánea en la vida cristiana.

¿Entonces, dónde está la cooperación? Los hechos de los apóstoles, p. 563, nos dice que la obediencia es el fruto de la fe y del amor. Si eso es cierto, entonces nuestros esfuerzos deben dirigirse a convertirnos en buenos

árboles, cooperando con Dios para recibir el don del nuevo nacimiento, en lugar de tratar de producir buenos frutos.

(Si deseas leer más sobre esto, hay dos referencias importantes: *El Deseado de todas las gentes*, p. 668, y *Los hechos de los apóstoles*, p. 563–567).

Número tres: La esencia de las enseñanzas de Jesús fue la rendición del yo.

(Véase *El Deseado de todas las gentes*, p. 523).

Nadie entiende lo que significa producir fruto espontáneo hasta que se ha rendido a sí mismo. Quizás esa sea una de las razones por las cuales tenemos tantos problemas con la cuestión de si la obediencia es natural o deliberada. Parece evidente que cualquiera que insista en una obediencia deliberada, forzándose a obedecer, es alguien que aún no se ha rendido del todo. Quien aún tiene que esforzarse mucho en su rendimiento, es alguien que no ha renunciado todavía a su propio yo.

Pero aquel que ha renunciado a sí mismo y reconoce que no puede tener éxito en sus propias fuerzas, sino que depende de la fuerza que viene de lo alto, es el que comienza a experimentar obediencia natural y espontánea. Si la rendición del yo es la esencia de las enseñanzas de

Jesús, entonces la obediencia genuina es una prioridad suprema.

Tenemos ejemplos poderosos de rendición del yo en muchas de las parábolas de la vida real de Jesús. Los discípulos que se hundían en el mar no dijeron: "Dios, ayúdanos." Dijeron: "¡Señor, sálvanos!" (Mateo 8:25). Una persona que dice "Dios, necesito algo de ayuda", está en realidad diciendo: "Hagámoslo juntos. Yo hago mi parte, Tú haces la tuya."

Pero cuando una persona se está ahogando y dice: "¡Señor, sálvame!", eso significa: "Dios, tienes que hacerlo todo."

Cuando Pedro se estaba hundiendo, clamó: "¡Señor, sálvame!" (Mateo 14:30). La Biblia también parece referirse a este asunto de la rendición en Lucas 2:34, cuando habla de personas que caerían y se levantarían. Tendrían que caer y rendirse antes de poder levantarse de nuevo.

Es completamente posible que haya personas que hayan sido buenos miembros de iglesia toda su vida, pero que nunca serán salvas hasta que tengan una caída y se den cuenta de cuán desesperadamente necesitan rendirse a Dios y dejar que Él los levante.

En Mateo 21, Jesús se refirió a sí mismo como una piedra. Dijo que quien cayere sobre esta piedra y se quebrantare, será bendecido, más sobre quien ella cayere, lo desmenuzará. Nadie entiende lo que es la obediencia genuina o la salvación en toda su plenitud hasta que cae sobre la Roca y se quebranta.

En Marcos 9:43–48, Jesús dijo que si tu mano o tu ojo te hacen caer, córtalos, sácalos. Cuando lees el comentario inspirado que tenemos sobre este pasaje en El discurso maestro de Jesucristo, p. 60–61, descubres que está hablando de la rendición del yo.

Muchas personas, acostumbradas a tratar de trabajar en su santificación por sus propias fuerzas, cuando finalmente se dan cuenta de que deben rendirse a Dios y dejar que Él obre en ellos, lo describen como si fuese tan difícil como perder un brazo o un ojo. El yo y sus obras parecen demasiado valiosos como para renunciar a ellos. Pero renunciar a nosotros mismos es exactamente lo que Jesús enseñó como esencial.

En Mateo 13:45–46, Jesús habló de la perla de gran precio. Hay que vender todo lo que uno tiene para obtenerla. La perla incluye la salvación en todos sus aspectos. Nos recuerda que no hay nada más valioso. En

Lucas 14:33, Jesús dijo que uno no puede ser Su discípulo a menos que renuncie a todo. Va a costarnos todo.

Y luego, en todos los evangelios, las referencias de Jesús a la cruz son significativas. Él habla de muerte—muerte para nosotros, así como para Él. Debemos morir—lo cual significa renunciar a nosotros mismos—antes de poder entender la verdadera santificación, la obediencia, la victoria, el poder, el crecimiento, y todo lo demás que esté incluido.

(Si deseas estudiar más sobre esto, lee *El Deseado de todas las gentes*, p. 523, y *Palabras de vida del gran Maestro*, p. 159).

No podemos rendirnos a nosotros mismos por nuestras propias fuerzas; solo Dios puede llevarnos a ese punto. Aunque seamos nosotros quienes nos rindamos, solo Dios puede llevarnos a estar dispuestos a hacerlo. ¿Te imaginas a una persona crucificándose a sí misma? ¡No se puede! Se necesita a alguien más para hacerlo. Todo lo que podemos hacer es permitir que Cristo lo haga por nosotros, y Él lo hará tan pronto como se lo permitamos.

Número cuatro: La persona que ha renunciado a sí misma ahora tiene el privilegio de aceptar los dos aspectos

de la justicia de Cristo: la justicia de Cristo por él y la justicia de Cristo en él.

Hay quienes, lamentablemente, han renunciado y aceptado la justicia de Cristo por ellos—es decir, la justificación—pero no han renunciado ni aceptado la justicia de Cristo en ellos—la santificación. En realidad, es posible rendirse y aceptar la justicia de Cristo por nosotros sin rendirse ni aceptar Su justicia en nosotros. Tal rendición parcial y aceptación produce una de las formas más sutiles de salvación por obras. Tales personas piensan que, debido a que han sido justificadas, sus obras pecaminosas son aceptables para Dios.

Aunque yo crea que la cruz y la obra consumada de Cristo son suficientes para salvarme, si no he renunciado al segundo aspecto—es decir, si sigo intentando cambiar mi vida, tratando de ofrecer una obediencia aceptable, tratando de lograr la victoria por mí mismo—entonces sigo siendo víctima de la salvación por obras.

Aceptar la justicia de Cristo en ambos aspectos es un privilegio enorme. No debemos perdernos eso, o todo estará perdido.

Palabras de vida del gran Maestro, p. 67, nos dice que el propósito de la vida cristiana es reproducir el carácter de

Cristo en sus seguidores. ¿Pero por qué? ¿Es el propósito de la vida cristiana producir Su carácter para que podamos ser salvos? No. Es para dar gloria y honra a Dios.

Jesús lo dejó claro en Mateo 5:16: los frutos de la justicia son para glorificar a Dios. Juan 15:8 declara que esos frutos son para dar gloria a Dios. Juan 17:10 afirma que son para gloria de Dios. Lucas 13:6 dice que los frutos son para gloria de Dios. Nuestras obras, nuestra santificación, nuestra obediencia, nuestras victorias no son para salvarnos en el cielo, sino para glorificar a Dios.

Y si una persona solo está interesada en llegar al cielo pero no le interesa glorificar a Dios, podríamos preguntarnos seriamente si de verdad puede esperar ser salva. Hay un asunto más importante que la seguridad de nuestra propia salvación, y es este: dar honra y gloria a Dios.

La santificación es la implantación de la naturaleza de Cristo en la humanidad—Cristo en la vida. (Véase Palabras de vida del gran Maestro, p. 384.)

Número cinco: El propósito de Dios en todo Su plan de salvación es ayudarnos a entender el privilegio, la alegría y la libertad de venir bajo Su control.

Jesús se refirió a esto en Mateo 6:24, cuando dijo que nadie puede servir a dos señores. Es uno o el otro. Somos siervos de uno u otro; nunca estamos en control de nosotros mismos. El único control que tenemos es elegir qué amo queremos que nos controle.

En Juan 8:36, Jesús dice que al venir bajo Su control, experimentamos libertad:

“Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.”

Estudia también las muchas referencias en las que Jesús habla de nosotros como siervos. Un siervo tiene una relación con su amo que es única. El amo está a cargo. El amo tiene el control. Y aunque Jesús nos llama Sus amigos, y podemos experimentar esa amistad gracias a la libertad que viene bajo Su control, sigue existiendo el control del Espíritu Santo. (Véase *El Deseado de todas las gentes*, pp. 258, 324 y 466, si deseas ampliar esto.)

Cuando estamos bajo el control de Dios, Él obra en nosotros tanto el querer como el hacer por Su buena voluntad.

Número seis: Mientras estemos bajo el control de Dios, podemos experimentar el poder supremo de Dios ahora mismo.

No tenemos que esperar hasta el final de nuestra vida para tener un buen día de obediencia, de victoria o de servicio. Ese poder es nuestro ahora mismo, siempre y cuando...

Tomemos como ejemplo a los discípulos. Un día expulsaban demonios y regresaban felices. Pero en otra ocasión intentaron echar demonios, y no pudieron. Entonces le dijeron a Jesús: "¿Qué pasó? ¿Por qué no pudimos?" A veces sí, a veces no. ¿Cuál es la respuesta? Es una cuestión de "siempre y cuando". En un momento experimentaban dependencia de Dios, en otro, dependencia de sí mismos.

¿Significa eso que estaban perdidos? No. Todavía eran discípulos. Jesús todavía los amaba y caminaba con ellos. Pero aún estaban creciendo.

Vemos esto en la experiencia de Pedro en Mateo 16. Jesús preguntó a Sus discípulos quién decía la gente que Él era. Pedro respondió: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente." Pero poco después, Pedro cayó y falló miserablemente. Jesús tuvo que reprenderlo: "¡Apártate de

mí, Satanás!” Pero Pedro seguía siendo amigo de Jesús, y Jesús seguía siendo amigo de Pedro.

En Juan 11, Marta dio una hermosa demostración de confianza y dependencia en Jesús cuando Él llegó a su casa después de la muerte de Lázaro. Pero momentos después, cuando Jesús le pidió que removiera la piedra, ella mostró una completa falta de confianza.

En la vida cristiana creciente, hay momentos en que miramos a Jesús y conocemos la fuerza que Él ofrece. Pero también hay momentos en que miramos a nosotros mismos y caemos y fallamos. Pero mientras sigamos mirando fuera de nosotros hacia Él, Satanás no tiene poder sobre nosotros. (Véase *El Deseado de todas las gentes*, p. 123, y *El camino a Cristo*, p. 62).

Número siete: Tal vez este sea uno de los puntos más emocionantes de todos: la santificación proviene de la justificación.

En Lucas 7:43, Jesús dijo:

“Al que se le perdona mucho, ama mucho.”

¿Cómo puede ser eso? ¿Para qué estudiamos la Biblia, oramos, o pasamos tiempo cada día fortaleciendo nuestra

vida devocional con Dios? Para estudiar el gran amor de Dios, Su perdón, Su gracia.

“Sería bueno dedicar diariamente una hora reflexiva a la contemplación de la vida de Cristo.” (El Deseado de todas las gentes, p. 83)

Y al estudiar, contemplar y observar Su gran amor, Su aceptación, Su perdón, el amor se despierta en nuestro corazón, y ocurre la santificación. Cuanto más amas, más obedeces. (Véase Juan 14:15)

En Juan 8, los escribas y fariseos arrastraron a una mujer ante Jesús. Jesús le dijo:

“Yo no te condeno.”

Eso es la cruz. Eso es la justificación.

“Yo no te condeno.”

No hay nadie hoy que esté condenado por Jesús, así como los discípulos no lo estaban cuando discutían, peleaban y caían. Nadie es condenado. Jesús no vino a condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él. (Juan 3:17) Y solo cuando entendemos esto correctamente, podemos “ir y no pecar más.”

Una cosa es el resultado de la otra.

No podemos “ir y no pecar más” por el simple intento. Eso es un callejón sin salida. La única forma de llegar a no pecar más es descubriendo, y siendo recordados continuamente día tras día, que Dios no nos condena. Y yo estoy agradecido hoy por las buenas noticias de que no hay condenación para los que están en Cristo Jesús. ¿Tú también?

Sabés, no es seguro hablar de la santificación sin tener un buen y claro entendimiento de la justificación. Aquellos que enfatizan la verdad de la justificación están resaltando una verdad importante. Si yo no tengo claramente presente la justificación, pensaré que mi salvación depende de mi santificación, y me voy a desanimar. Podemos estar hoy en la presencia de Dios por lo que Jesús ha hecho. Él no nos condena. Y podemos estar agradecidos por eso.

Pero Jesús también ha provisto para que podamos ir y no pecar más. Y esa también es una buena noticia. Hay poder disponible para guardarnos del pecado, mientras dependamos de Él.

“Oh,” dice alguien, “yo no puedo obedecer. No puedo. Lo he intentado.”

Tampoco el paralítico podía caminar. Pero Jesús le dijo:

“Levántate, toma tu camilla y anda.”

¡Y lo hizo! (Juan 5:1–15)

“Oh,” dice alguien, “yo no puedo obedecer. Es imposible.”

Tampoco Moisés podía abrir el Mar Rojo. ¡Pero lo hizo!

“No puedo obedecer. Quizás otros sí, pero yo no.”

Tampoco Josué podía hacer que el sol se detuviera. ¡Pero lo hizo, por poder divino!

“No puedo obedecer. Es demasiado.”

Tampoco Gedeón podía derrotar a los madianitas con 300 hombres, antorchas y trompetas. ¡Pero lo hizo!

“No puedo obedecer. La Biblia dirá que es posible, pero yo no puedo.”

Tampoco Pedro podía caminar sobre el agua. ¡Pero lo hizo!

¿Cómo se hacen posibles todas estas cosas imposibles?

Nota lo que dijo Jesús:

“Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible.” (Mateo 19:26)

Él nos invita hoy al reino de lo imposible.

CAPÍTULO 5: LO QUE JESÚS DIJO ACERCA DE LA PERFECCIÓN

La perfección es un tema peligroso. Hablar demasiado del tema de la perfección puede ser desalentador y derrotista, pues invariablemente nuestra atención se enfoca en nosotros mismos cuando hablamos de perfección. Y allí no está el poder: el poder siempre está fuera de nosotros. Por lo tanto, al tratar el tema de la perfección, debe hacerse con ligereza, de manera breve, y dejarlo así.

Necesitamos hacer una distinción desde el comienzo entre perfección y perfeccionismo. Aquí es donde necesitamos un glosario, una explicación de los términos que estamos usando. Una persona involucrada en el perfeccionismo es aquella que se obsesiona con la perfección. El perfeccionista piensa en poco más que eso. Es quien enfoca su atención y la de los demás en ello. Es el que insiste en que la naturaleza pecaminosa debe ser erradicada antes de que Jesús venga, que no solo podemos vencer, sino que podemos llegar a ser sin pecado nosotros mismos. Quiero desvincularme totalmente del perfeccionismo.

Pero la doctrina de la perfección es una buena doctrina bíblica, una buena enseñanza bíblica, y Jesús dijo algo al respecto. Podríamos comenzar con sus palabras repetidas a diferentes personas: «Vete y no peques más» (ver Juan 5:14; 8:11). Eso suena bastante inequívoco, ¿no? Podríamos considerar lo que dijo en Mateo 28:20: «Enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado». Eso suena bastante completo.

Pero hay tres pasajes principales que me gustaría destacar brevemente: Mateo 5:48, Mateo 22:11 y Mateo 19:21-26.

Mateo 5:48 dice:

«Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.»

Algunos quieren decir que la palabra perfecto en la Biblia no significa más que maduro. Y es cierto que el griego original incluye la idea de madurez. Así que algunos dicen: no significa perfecto, significa maduro. Pero maduro es una palabra más fuerte que perfecto, pues lleva la idea de perfección final. Jesús permitió etapas de crecimiento en la vida cristiana. Esto está claro en Marcos 4:28: «Primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga.»

Una hoja es una hoja perfecta; una espiga es una espiga perfecta. Y el grano completo es no solo perfecto, sino también maduro. Se nos dice que en cada etapa de nuestro desarrollo podemos ser perfectos (ver Palabras de Vida del Gran Maestro, p. 65).

Esto explica cómo puede aplicarse la palabra perfecto a personas como Abraham, Noé, Job y otros. Eran perfectos mientras aún cometían errores y fallaban. En cada etapa podemos ser perfectos. Pero no somos perfectos en el sentido final o maduros hasta que llegamos a la perfección plena que Dios tiene en mente.

Déjenme explicarlo así: uno puede tener un bebé recién nacido, y puede ser un bebé perfecto aunque babea y balbucea. Uno puede tener un niño de dos años que se sienta en la vereda y diga «blabla», y puede ser un niño perfecto de dos años. Pero si alguien sigue haciendo eso a los veinte años, nos empezamos a preocupar. Si alguien sigue babeando y balbuceando a los veinte años, sabemos que algo anda mal.

Estoy agradecido por este concepto de crecimiento que dio Jesús, porque puede ser que algunos de nosotros aún estemos en las primeras etapas del crecimiento cristiano.

Cuando estudiamos un texto como Mateo 5:48, podemos estar agradecidos por la ayuda que se nos ha dado. Hay dos comentarios importantes sobre este texto que ofrecen perspectivas clave:

El primero se encuentra en El Deseado de Todas las Gentes, página 311. Se cita Mateo 5:48, seguido por esta declaración:

“Este mandamiento es una promesa. El plan de redención contempla nuestra completa recuperación del poder de Satanás. Cristo siempre separa al alma contrita del pecado. Vino a destruir las obras del diablo, y ha hecho provisión para que el Espíritu Santo sea impartido a toda alma arrepentida, para mantenerla libre de pecado.”

“La agencia del tentador no debe ser considerada una excusa para un solo acto incorrecto. Satanás se alegra cuando oye que los profesos seguidores de Cristo hacen excusas por sus defectos de carácter. Son esas excusas las que conducen al pecado. No hay excusa para pecar. Un temperamento santo, una vida semejante a la de Cristo, están al alcance de todo hijo de Dios que se arrepiente y cree.”

Así que, mientras crecemos en Cristo, no hagamos excusas para pecar.

Uno de los cuestionamientos comunes al hablar de perfección es: “¿Y tú ya la alcanzaste? ¿Alguien, aparte de Cristo, la ha alcanzado?” Estas son preguntas necias. Nunca deberíamos medir la verdad por nuestra experiencia personal de ella. Eso es una forma de existencialismo. Si yo ando diciendo que algo es imposible porque no conozco a nadie que lo haya logrado, estoy tomando un enfoque muy ingenuo sobre la verdad de Dios.

Muchos han alcanzado el ideal de Dios en las generaciones pasadas. Pero ellos serían los últimos en saberlo o reclamarlo, y quizás quienes los rodeaban no tuvieron la capacidad de reconocerlo plenamente tampoco. Pero no digamos que es imposible por eso.

El segundo comentario importante de Elena de White también cita Mateo 5:48, y luego dice:

“Las condiciones de la vida eterna bajo la gracia son las mismas que eran en Edén: perfecta justicia, armonía con Dios, perfecta conformidad con los principios de Su ley... Este estándar no es uno al que no podamos alcanzar. En cada mandato o exhortación que Dios da, hay una promesa, la más positiva, subyacente al mandamiento. Dios ha hecho provisión para que podamos llegar a ser

como Él, y Él lo cumplirá en todos los que no interpongan una voluntad perversa y frustren Su gracia.”

— El Discurso Maestro de Jesucristo, p. 76

En Cristo habita toda la plenitud de la divinidad (ver Colosenses 2:9). La vida de Jesús se manifiesta en nuestra carne mortal (ver 2 Corintios 4:11). Esa vida en ti producirá el mismo carácter y manifestará las mismas obras que produjo en Él. Así estarás en armonía con cada precepto de Su ley. Por amor, la justicia de la ley se cumplirá en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu (ver Romanos 8:4).

Uno de los peligros al tratar este tema es que nos da la impresión de que nuestra perfección es lo que nos salva. Y eso no es así.

Jesús y la cruz son lo que nos salva.

La obediencia y la perfección cristiana le dan honra y gloria a Él, pero nunca son algo separado de Dios. Él trae honra y gloria a Sí mismo a través de nosotros.

Si es Cristo quien habita en nosotros, entonces es Su obra.

¿Vamos a exonerar a Dios mediante nuestras vidas santas?

No, Dios va a exonerarse a Sí mismo mediante lo que Él pueda hacer en nuestras vidas.

Nunca hablemos de ello como si fuera obra nuestra.

Y una vez más, recordemos que ningún verdadero cristiano va por ahí afirmando que es perfecto o sin pecado. Eso es muy peligroso.

Cuanto más cerca estemos de Jesús, más defectuosos nos pareceremos a nosotros mismos.

Podés leer un comentario interesante sobre esto en Palabras de Vida del Gran Maestro, página 160:

“Cuanto más nos acerquemos a Jesús y cuanto más claramente discernamos la pureza de Su carácter, más claramente discerniremos lo pecaminoso del pecado, y menos nos sentiremos inclinados a exaltarnos a nosotros mismos.”

Si querés estudiar algo sobre cómo ser perfecto y sobre la necesidad de la perfección, estudiá detenidamente Mateo 22. Me atrevería a decir que allí vas a encontrar más respuestas sobre la perfección que en casi cualquier otro lugar, especialmente cuando se combina con el comentario inspirado en Palabras de Vida del Gran Maestro, páginas 312–319. Es un pasaje fantástico para

estudiar este tema. Veremos Mateo 22 en el próximo capítulo.

Ahora volvamos a Mateo 19, la historia del joven rico que vino a Jesús y quería saber qué podía hacer para tener vida eterna.

Jesús dijo:

“¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios.” (verso 17)

Luego Jesús le dijo que guardara los mandamientos.

Y el joven respondió: “Todo esto lo he guardado.”

Entonces, en el verso 21, Jesús le dijo:

“Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme.”

Tuve un poco de dificultad con ese texto durante algún tiempo, porque me preguntaba:

¿Cómo puede una persona ser perfecta y luego venir y seguir a Jesús?

Eso es imposible. Uno primero debe venir a Jesús antes de poder aspirar a ser perfecto.

Pero, al mirar el texto por segunda vez, descubrí que Jesús en realidad nos está diciendo cómo ser perfectos.

Hay lecciones espirituales profundas en este pasaje.

“Ve y vende lo que tienes.”

Esto habla de mucho más que dinero.

Desprendete de lo que tenés.

Podés ser rico en talento. Dejá de depender de tu talento.

Podés ser rico en belleza —¡te vencés cada vez que te mirás al espejo! Dejá de depender de tu apariencia.

Podés ser rico en inteligencia. Véndela, en el sentido de no depender de ella.

Vendé todo lo que tenés.

Desprendete de todas las cosas de las que dependés de alguna manera como sustituto de depender de Jesús.

Rendí, no solo tu dinero o talentos o habilidades, sino a vos mismo.

Esto es la esencia de las enseñanzas de Jesús: la entrega propia, rendirse completamente.

Y entonces, vení y seguí a Jesús.

¿Por qué fue eso añadido?

Jesús lo dijo en otro pasaje:

“Sígueme, y te haré pescador de hombres.” (Mateo 4:19)

¿De qué está hablando?

De seguirlo en el servicio.

Y nadie puede seguirlo en servicio hasta que no llegue al punto de rendirse completamente y dejar de depender de sí mismo.

Aquí hay una cita clásica de El Deseado de Todas las Gentes, página 641:

“Los que ministran a otros serán ministrados por el Pastor principal. Ellos mismos beberán del agua viva y serán saciados. No estarán deseando diversiones excitantes ni buscando cambios en sus vidas. El gran tema de interés será cómo salvar almas que están por perecer.”

Es cierto que debemos asegurarnos de entender bien el evangelio antes de tratar de contárselo a otros. Pero, una vez que lo comprendemos claramente, no nos sentemos a preocuparnos por la perfección o a buscar algún cambio en nuestras vidas. Involucrémonos en el servicio a los demás.

Nunca vamos a llegar a ser perfectos concentrándonos en la perfección.

Eso solo se logrará concentrándonos en Jesús.

Y el que se dedica a ayudar a otros a conocer a Jesús, es quien estará más enfocado en Jesús mismo.

Así que desprendámonos de todo lo que sea nuestra dependencia, ya sea en la justificación, la santificación o la glorificación.

Hagamos de Jesús nuestra única dependencia.

Y, por si acaso hay alguien que se sienta desanimado por estas ideas, déjenme preguntarles:

¿Abraham cometió errores por ignorancia? —Sí.

¿Elías? —Sí.

¿Noé? —Sí.

¿Los discípulos? —Sí.

Y sin embargo:

“Si en nuestra ignorancia cometemos errores, el Salvador no nos abandona... Nunca necesitamos sentirnos solos. Los ángeles son nuestros compañeros. El Consolador que Cristo prometió enviar en Su nombre mora con nosotros. En el camino que lleva a la Ciudad de Dios, **no hay dificultades que aquellos que confían en Él no puedan vencer. No hay peligros que no puedan evitar. No hay

dolor, aflicción ni debilidad humana para los cuales Él no haya provisto un remedio.”

— El Ministerio de Curación, p. 249

Estoy agradecido hoy de que, aunque necesito desesperadamente la gracia del Señor Jesús, y en mi ignorancia he cometido muchos errores, Él no me ha abandonado. Y no te ha abandonado a vos, amigo.

Por favor, no bajemos el estándar de Dios al nivel de nuestro desempeño.

Tampoco nos desanimemos, sino que mantengamos nuestros ojos en Jesús.

Y la obra que Él ha comenzado, la completará.

(Ver Filipenses 1:6)

CAPÍTULO 6: LO QUE DIJO JESÚS SOBRE EL JUICIO INVESTIGADOR

A Jesús le encantaban las historias. Le encantaban las parábolas. De hecho, la mayoría de las veces hablaba en parábolas, y los escritores bíblicos dicen que no hablaba al pueblo sin parábolas. Véase Mateo 13:34. Si Jesús estuviera aquí hoy, tal vez estaría hablando de electricidad, aviones, computadoras y todo lo demás.

Una de sus parábolas más interesantes se encuentra en Mateo 22, su parábola principal respecto al juicio investigador. Muchos no parecen darse cuenta, pero Él se refirió al juicio investigador en más de una ocasión. Su parábola de la red, así como la del trigo y la cizaña, implican un tiempo de determinación y toma de decisiones antes de que se otorguen las recompensas finales. Pero quizás su descripción más detallada del juicio previo al regreso de Cristo se encuentra en Mateo 22.

Mucha gente ha soñado con estar desnuda en público, pero ¿alguna vez has pensado en ir desnudo a una boda? Probablemente la mayoría de nosotros no hemos luchado mucho con esa tentación. El fenómeno del “streaking”

(correr desnudo en público) fue bastante efímero en comparación con otras modas pasajeras. Me parece que debe haber sido terrible para el sistema nervioso. Pero si la idea de ir desnudo a una boda suena un poco escandalosa, considera esta parábola que contó Jesús:

“Respondiendo Jesús, les volvió a hablar en parábolas, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un rey que hizo fiesta de bodas a su hijo.” (Versículos 1, 2)

Apocalipsis 19:9, que nos habla de la boda del Hijo del Rey, dice: “Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero.” En el contexto de Apocalipsis 19, tienes el tiempo profetizado cuando Jesús se reúne con Su novia, la iglesia, y la boda tiene lugar. Así que esta parábola se refiere a los últimos eventos, justo antes de que Jesús vuelva.

Volvamos a Mateo 22:

“Y envió a sus siervos a llamar a los convidados a las bodas; mas estos no quisieron venir. Volvió a enviar otros siervos, diciendo: Decid a los convidados: He aquí, he preparado mi comida; mis toros y animales engordados han sido muertos, y todo está dispuesto; venid a las bodas. Mas ellos, sin hacer caso, se fueron, uno a su labranza, y

otro a sus negocios; y otros, tomando a los siervos, los afrentaron y los mataron.” (Versículos 3–6)

Aquí tienes el recordatorio de Jesús de que, aunque el pueblo judío había construido las tumbas de los profetas, a los mismos profetas se los había tratado brutalmente. Jesús estaba dando una imagen de la historia de la nación a la que se estaba dirigiendo. Algunos de los profetas que llevaron la invitación fueron perseguidos, apedreados y aserrados. Hasta los días de Jesús, el pueblo rechazó persistentemente la invitación de Dios de venir y estar presente en la boda.

Versículo 7:

“Y al oírlo el rey, se enojó; y enviando sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas, y quemó su ciudad.”

Evidentemente, Jesús se estaba refiriendo a la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C.

Versículos 8–10:

“Entonces dijo a sus siervos: Las bodas a la verdad están preparadas; mas los que fueron convidados no eran dignos. Id, pues, a las salidas de los caminos, y llamad a las bodas a cuantos halléis. Y saliendo los siervos por los

caminos, juntaron a todos los que hallaron, juntamente malos y buenos; y las bodas fueron llenas de convidados.”

Aquí tienes una imagen de lo que ocurrió poco después de la ascensión de Jesús, cuando el evangelio fue llevado a los gentiles. Y esta recolección para el banquete continúa hasta nuestros días, ¿no es cierto? Nosotros formamos parte de ese pueblo que incluye a tanto malos como buenos.

Ahora bien, cuando Jesús contó esta parábola sobre la invitación a la boda extendida a todos, tanto malos como buenos, Él mismo sabía que no hay nadie bueno. El apóstol Pablo lo afirmó con firmeza en Romanos 3, cuando dijo:

“No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios.” (Versículos 10, 11)

Entonces, ¿cuántas personas justas hay? La Biblia deja claro que, en lo que a nosotros respecta, estamos en bancarrota espiritual. Entonces, ¿qué estaba diciendo Jesús aquí?

La invitación fue dirigida a los que eran malos y sabían que eran malos. Pero también fue dirigida a los que eran malos, pero creían que eran buenos. Véase Lucas 18:9. En más de una ocasión Jesús dijo:

“Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos; no he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento.” (Lucas 5:31, 32)

Cuando Jesús dijo esto, seguramente se refería a los que creen que son buenos —gente como los fariseos de Su tiempo. Jesús amaba a los fariseos igual que a cualquier otro, e hizo lo mejor por alcanzarlos. Él ama también a los fariseos de nuestro tiempo.

Observa qué es lo que hacía digna a una persona. No era cuán buena o mala era. La razón por la cual todos los que persiguieron a los profetas y rechazaron la invitación no eran dignos, fue simplemente porque rechazaron la invitación. Eso fue lo que los hizo indignos. No pensemos en dignidad en términos de conducta o desempeño, porque eso no es lo que nos hace dignos. La dignidad está basada en la aceptación de la invitación.

¿Y qué es la invitación? En esta parábola vemos la gracia justificadora de Dios, provista en la cruz, que hizo posible que Dios perdonara los pecados. Esa es la invitación. Observa que, sin importar su conducta externa, todos —malos y buenos— recibieron la invitación a la boda.

Así que ahora la boda estaba llena de invitados.

En los días de Cristo, era costumbre que una persona adinerada —un rey, en particular— al hacer una boda, no solo enviara la invitación, sino también proporcionara un traje de bodas a la persona invitada. Eso resolvía muchos problemas. ¿Puedes imaginar recibir hoy una invitación a la boda del príncipe de Gales? ¿Cuál sería la primera cosa que diría la esposa? ¡Ya sabes cuál es! “¿Qué me voy a poner?”

En aquel tiempo, ese problema ya estaba resuelto. No importaba si eras rico o pobre, si vivías en un palacio o en una villa. Todo el que recibía la invitación a la boda también recibía un vestido de bodas. Hasta el más pobre podía verse como un millonario.

Los reyes hacían un gran gasto para proporcionar esos vestidos. Así que, si alguien se presentaba en la boda sin el vestido de bodas, era un insulto al rey, al hijo del rey y, en cierto sentido, a todo el reino.

Así que había dos cosas que venían con una boda prominente en los días de Jesús: una invitación y un hermoso traje para vestir en la ocasión. Con eso en mente, avancemos al versículo 11:

“Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda.”

Evidentemente, el rey entró a ver a los invitados antes de que comenzaran las festividades, y al hacerlo, investiga, examina a los invitados, y ve allí a un hombre que no lleva el traje de bodas.

Bueno, podrías decir, seguramente llevaba su mejor traje, o al menos su ropa de deporte. No. Estaba desnudo. Volvamos a Apocalipsis 3. Las personas que carecen del manto de justicia de Cristo son miserables, pobres, ciegas y ¿qué? ¡Desnudas! Así que me atrevo a sugerir que este hombre intentó hacer un “streaking” a la boda. Y si crees que eso es ir demasiado lejos, lo máximo que podríamos permitirle —bíblicamente hablando— es que llevase unos cuantos trapos sucios, porque todas nuestras justicias son como trapos de inmundicia. Véase Isaías 64:6. Ahora te pregunto: ¿qué es mejor? ¿Estar desnudo o llevar trapos sucios? Ambas suenan bastante mal para mí.

¿Puedes verlo allí, cambiando de pie a pie frente al rey? Y el rey es tan amable. Lo trata con dignidad —que en realidad no merece.

Versículo 12:

“Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció.”

El rey llama al hombre “amigo.” ¿No es eso una buena noticia? Dios no está interesado en ver cuántos puede excluir del cielo; está intentando ver a cuántos puede incluir. Le pregunta: “Amigo, ¿cómo es que viniste sin el traje de boda? ¿Hubo algún malentendido? Debiste haber recibido la invitación, porque estás aquí. ¿Y el traje? ¿No recibiste el paquete? ¿Tienes alguna explicación que quieras dar?”

Le da una oportunidad, ¿verdad? Pero la Biblia dice que el hombre enmudeció. No tenía nada que decir.

Solo entonces el rey dijo a sus siervos:

“Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. Porque muchos son llamados, mas pocos escogidos.” (Versículos 13, 14)

¿Qué es el traje de bodas? Regresemos a Apocalipsis 19 y la descripción de la cena de las bodas del Cordero:

“Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido

que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos.” (Versículos 6–8)

Algunas traducciones modernas dicen que el lino fino son “las obras justas de los santos”.

Pero ¿qué son esas obras justas? ¿Qué es esa justicia de los santos? Jeremías 23:6 nos recuerda que el Señor es nuestra justicia. Así que cualquier tipo de justicia que se vea en los santos sigue siendo obra del Señor, ¿verdad? Por tanto, no es nuestra justicia; es Su justicia.

Esta historia nos recuerda los dos aspectos de la justicia de Cristo que somos invitados a comprender y aceptar. Primero, está la justicia de Cristo por nosotros, en la cruz, al proveer la invitación. Segundo, está la justicia de Cristo en nosotros, vivida en la vida mediante el poder del Espíritu Santo, y representada por el traje de bodas. Ambas son por fe, y ambas provienen de Él.

Al observar estos dos aspectos de la justicia en la parábola que Jesús contó, empezamos a ver cómo se aplican hoy. El rey vino a examinar a los invitados. Vio allí a un hombre que no vestía el traje de boda. Evidentemente, ese hombre quería la invitación, quería estar en la boda, pero descuidó o rechazó el traje de bodas.

“De los que aceptaron la invitación, hay algunos que solo pensaban en beneficiarse ellos mismos. Vinieron a participar del banquete, pero no tenían deseo de honrar al rey.” — Palabras de Vida del Gran Maestro, pág. 309. (Lee de la pág. 307 a la 319).

Parafraseemos esa cita. Está hablando de aquellos cuyo único interés es llegar al cielo, pero que al mismo tiempo no desean aceptar la justicia de Cristo vivida en ellos, con el propósito de honrarle a Él.

David lo expresó así:

“Me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre.” (Salmo 23:3, énfasis añadido)

Me gustaría recordarte que, si tu propósito principal al ser cristiano es salvarte tú, es posible que nunca llegues al cielo. Hay algo más grande que nuestra salvación personal, y ese algo mayor es dar honra y gloria al Rey y a Su Hijo.

“Por el traje de boda en la parábola se representa el carácter puro y sin mancha que poseerán los verdaderos seguidores de Cristo.” — Palabras de Vida del Gran Maestro, pág. 310.

“Este manto, tejido en el telar del cielo, no tiene ni un solo hilo de invención humana.” — Pág. 311

Por favor, toma nota de eso. La santificación —Cristo viviendo Su vida en mí por medio del Espíritu Santo; la obediencia, la victoria, el vencer— no contienen ni un solo hilo de invención humana. Todo lo que podemos hacer es aceptarlos como un regalo.

“Por Su perfecta obediencia, [Jesús] ha hecho posible que todo ser humano obedezca los mandamientos de Dios. Cuando nos sometemos a Cristo, el corazón se une con Su corazón, la voluntad se fusiona con Su voluntad, la mente se hace una con Su mente, los pensamientos se sujetan a Él; vivimos Su vida. Esto es lo que significa estar revestidos con el manto de Su justicia.” — Pág. 312

Así que cuando el rey viene a ver a los invitados —en este juicio previo al regreso de Cristo— ve a ese hombre sin el traje, y le pregunta: “Amigo, ¿por qué?” Hay al menos dos cosas que el Rey examina en este juicio investigador:

Si la invitación fue aceptada, y sigue siendo aceptada.

Si el traje de bodas ha sido puesto.

Jesús dijo en Mateo 24:13:

“Mas el que persevere hasta el fin, ese será salvo.”

No basta con aceptar la invitación una vez; debe aceptarse continuamente. Y además de eso, el manto debe ser puesto.

Apocalipsis 3:5 usa la misma imagen:

“El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles.”

Dios no solo quiere que tengamos la invitación al cielo; también quiere que vencamos, por Su gracia. Y eso es lo que significa ponerse el manto.

Así que cuando Dios viene a examinar o investigar a los invitados, viene a revelar ante el universo a aquellos que no solo han aceptado la invitación, y continúan aceptándola, sino también a aquellos que han puesto el traje de bodas y se han convertido en vencedores mediante Su poder.

Alguien podría decir: “Un momento, predicador. Estás entrando en temas que me asustan. Estás hablando de cosas por las que la gente está cambiando su teología hoy. Me estás quitando mi seguridad y certeza cuando hablas de vencer, porque no me está yendo muy bien en eso...”

Pero quiero recordarte que, si vencer fuera mi obra, entonces también tendría buenas razones para estar nervioso. De hecho, no habría más que desesperanza. Pero la verdad es que vencer es obra de Jesús, y esa verdad nos ha evadido. Muchos de nosotros hemos pasado por alto esta verdad.

Ha habido voces que han insistido en que nuestra justificación es solo por la fe, y ciertamente hemos tenido un verdadero vaivén en ese punto. Pero quizá necesitábamos echar un buen vistazo a eso. Uno de los problemas de la iglesia, desde hace mucho tiempo, es que muy pronto dimos por sentada la cruz y la justificación.

Démosle prioridad a la invitación, porque viene de la cruz. Es gratuita, aunque no es barata. Es gratis para todos, tanto malos como buenos. Pero no puedes —si vas a ser honesto con las Escrituras— negar que hay un manto, y que ese manto tiene que ver con vencer y con la justicia de Cristo vivida en la vida.

El hombre de la parábola, cuando se le preguntó por el manto, se quedó sin palabras. No tenía nada que decir. Y solo entonces fue expulsado del banquete.

Observa que la razón por la cual no tenía nada que decir fue porque sabía que podía haber tenido puesto el

manto. Nadie estará sin palabras en el juicio a menos que haya tenido una comprensión clara sobre el manto y lo haya rechazado. Creo que allí hay una verdad muy profunda. Dios nunca nos hace responsables por la verdad que no conocimos o entendimos. (Lee estos capítulos: Juan 9; 5; Romanos 1.)

Con esa comprensión, nos damos cuenta de que este hombre entendía cómo recibir el manto, pero lo descuidó o lo rechazó. No tenía excusa. Entonces, y solo entonces, fue conducido a la salida.

No fue ponerse el manto lo que lo llevó a la boda. Y no es nuestra obediencia lo que nos salva para el cielo. Pero sucede que cuando una persona acepta la invitación, Dios quiere que también acepte el manto que viene con la invitación. Nunca deberíamos tratar de separarlos.

Quizá una pequeña ilustración ayude. Cuando yo estaba en Pacific Union College, contrataban profesores para enseñar allí basándose en su experiencia, su formación, sus títulos, sus estudios. Los invitaban a formar parte del profesorado con base en eso.

Pero cada profesor que llegaba a PUC tenía que hacerse una prueba de tuberculosis, porque la junta y el personal no querían a un profesor por el campus tosiendo

y esparciendo gérmenes de tuberculosis a los demás. La prueba de TB no tenía nada que ver con la base por la cual se invitaba a enseñar en la universidad, pero pasar la prueba seguía siendo una condición para enseñar allí.

Del mismo modo, la invitación que Jesús da a todos para venir a las bodas del Cordero está basada totalmente en lo que Jesús ha hecho, y lo que Jesús ha hecho es suficiente. Esa es la base de la invitación. Pero sucede que Dios no quiere que la gente esté tosigando y esparciendo gérmenes de pecado por todo Su universo. Por eso ha hecho que ponerse el manto sea una condición para entrar en el cielo.

¿Eso ayuda? Tal vez no. Quizá digas: "No importa cómo lo expliques, al final sigue siendo lo mismo. Ahí se va mi seguridad. Aunque digas que una cosa es la base y la otra una condición, si es cierto que puedo ir a la boda porque la invitación es gratis, pero seré expulsado si no tengo puesto el manto, entonces mejor olvido la invitación también, porque no siento que tenga puesto el manto todavía."

Bueno, aquí va otra explicación.

Supón que vengo a ti y te digo: "Tengo un Cadillac Seville nuevo que quiero darte, y el pago inicial es gratis.

Te estoy regalando un Cadillac Seville sin pago inicial.”
¿Cuál sería una de tus primeras preguntas? “¿Cuánto son los pagos mensuales?”, ¿cierto?

OK, los pagos mensuales son de \$1000 al mes durante los próximos 30 años. ¿Estás interesado?

Probablemente dirías: “Olvida el Cadillac Seville. ¿De qué me sirve que no tenga pago inicial si los pagos mensuales me van a destruir? ¡Ese es un regalo bastante caro!”

Ahora supón que el Señor Jesucristo viene a ti y dice: “He hecho provisión en la cruz para darte una invitación gratuita a la cena de las bodas del Cordero.”

Y tú dices: “Gracias a Dios. ¡Maravillosa gracia! ¿Y qué más?”

—“Bueno, debes tener puesto un manto en la boda, un manto perfecto, y debes tejerlo tú mismo.”

¿Sabes qué diría yo en ese punto? Diría: “Entonces puedes olvidarte de la invitación, porque no hay forma de que yo logre eso. La única opción que tengo es rechazar la invitación.”

Pero hay algo que hemos pasado por alto... Los adventistas del séptimo día lo hemos pasado por alto. El

mundo cristiano lo ha pasado por alto. (De vez en cuando nos lamentamos de no haber terminado la obra de Dios. Bueno, déjame darte algo de consuelo barato: ¡nadie más la ha terminado tampoco!)

Todos estamos en el mismo barco en esto. Y quiero proponer que la verdad de lo que voy a decir a continuación es una verdad que forma parte del mensaje de los tres ángeles y de la lluvia tardía. Es esta:

¡El traje de bodas es tan gratuito como la invitación!

¿Lo captaste?

¡EL TRAJE DE BODAS ES TAN GRATUITO COMO LA INVITACIÓN!

Y lo hemos pasado por alto.

Si el traje de bodas fuera algo que yo tuviera que producir por mi cuenta, y tuviera que ser perfecto, entonces tendría que decir, cuando recibo la invitación: "Olvídalo. No voy a ir a la boda en absoluto." Pero el traje de bodas es gratuito. Es un regalo. Por eso el hombre se quedó sin palabras.

¿Qué estamos diciendo con eso? Estamos diciendo que la santificación es tan regalo como el perdón. Vencer

es tan regalo como el perdón. No es algo que logras, sino algo que recibes.

Esta verdad ha estado tratando de salir a la superficie por algún tiempo ya. Y si crees que ha habido discusión sobre la justificación, solo espera a la discusión que vendrá sobre esto. Es una gran verdad. Porque mucha gente que está dispuesta a aceptar la gracia de Dios en términos de la invitación, rechazará el traje de bodas. ¿Por qué? Porque quieren tejerse a sí mismos dentro de la obra. ¡Quieren tejer su propio traje!

Por eso, los fuertes en la iglesia son los que se sienten amenazados por el mensaje completo de la justicia de Cristo. Por eso tenemos personas fuertes, disciplinadas, que dicen:

“Sí, solo podemos entrar al cielo por la cruz, pero cuando se trata de vivir la vida cristiana, tienes que esforzarte. Tienes que hacer tu parte, y dejar que Dios haga lo que tú no puedes. Tienes que usar tu fuerza de voluntad, tu determinación, tu columna vertebral, para intentar obedecer, intentar vencer, intentar obtener la victoria.”

¡Me gustaría poder decirlo cincuenta veces de cincuenta maneras distintas!

¡El manto es tan gratuito como la invitación!

La razón por la que no hemos vencido, y la razón por la que justificamos nuestros pecados, y la razón por la que tenemos que deshacernos del juicio, de la perfección, del don de profecía, y de todo lo demás, es porque no hemos comprendido este punto:

¡El manto es tan gratuito como la invitación!

Ahora bien, cómo se traduce esto en la vida real necesita explicarse. Aquí hay una pequeña historia que puede ilustrar lo que estoy tratando de decir. Es la historia de Charlie.

Charlie se sentaba en la última fila de una clase que yo enseñaba en California. Al fondo del aula había una fila que iba de lado a lado, con un pasillo en el medio, y Charlie se sentaba justo en el centro, en la última fila.

Charlie era un poco mayor que los demás estudiantes, y decidí después del primer día que debía haberse metido en esa clase por error, porque no dejaba de mirarme fijamente. No me gustaba cómo me miraba. ¡Sentía que no le caía bien! Me arruinaba la clase. Cada vez que lo miraba, perdía el hilo de lo que estaba diciendo. Así que enseñaba a los estudiantes de un lado por un rato, luego hablaba por

encima de la cabeza de Charlie a los del otro lado, luego por debajo, y así seguía. Pero no quería mirarlo a los ojos.

La clase que Charlie tomaba se llamaba Dinámica de la vida cristiana. Hablábamos mucho sobre justicia por la fe. Un día, al terminar la clase, Charlie se quedó atrás y me dijo:

—“Profe, ¿puedo hablar con usted?”

Le dije: “Sí”, así que fuimos a mi oficina y nos sentamos. Le pregunté:

—“¿Qué necesitas?”

Y él dijo: “No lo entiendo.”

—“¿No entiendes qué?”

—“No entiendo este asunto de la justicia por la fe.”

Y pensé para mí mismo: “¡Si escucharas en lugar de estar mirándome todo el tiempo, tal vez lo entenderías!” Pero le dije:

—“Bueno, Charlie, cuéntame un poco sobre ti.”

Y entonces comenzó a contarme una historia fascinante... una historia increíble. Solo hacía tres o cuatro meses, Charlie estaba sentado en una celda, esperando juicio por asesinato. Un día su madre fue a verlo. Estaba

muriendo de cáncer. Trató de hablarle a través de los barrotes, pero solo podía llorar, y mientras ella lloraba, Charlie también comenzó a llorar. Ella le dijo adiós, y fue la última vez que la vio con vida.

Regresó a su celda y lloró durante tres días. Al final del tercer día, miró hacia el cielo y dijo: "Si hay un Dios allá arriba, de verdad que te necesito."

Su caso llegó a la corte. Para sorpresa de todos, todos los cargos contra Charlie fueron retirados, y él salió por las calles de la ciudad como un hombre libre.

Fue a casa de la novia con la que había estado viviendo los últimos años. Ella se alegró mucho de verlo, pero justo cuando llegó, ella estaba teniendo un estudio bíblico con una obrera bíblica cristiana en la sala. Ella lo invitó a quedarse para el estudio, pero él dijo: "¡Oh no, no!" Y se fue al fondo de la casa a esperar que terminara.

Después de que la obrera se fue, él salió y empezó a hablar con su novia sobre continuar su relación como antes. Pero ella ya no estaba dispuesta a hacerlo. En cambio, prometió encontrarle un lugar donde vivir. Así que le consiguió un lugar y lo convenció de que viniera al estudio bíblico la semana siguiente.

Bueno, Charlie siguió asistiendo a los estudios bíblicos, y luego hubo unas reuniones públicas en el área de la Bahía de San Francisco, y fue a esas reuniones. Fue conmovido por la historia de Jesús y de cómo Jesús había tomado su lugar y muerto por sus pecados. Charlie entregó su corazón al Señor durante esas reuniones. Luego fue bautizado, haciendo una confesión pública de que aceptaba a Jesucristo como su Salvador personal. Charlie se convirtió en adventista del séptimo día.

Pero todavía tenía un problema. En realidad, tenía cuatro. Todavía bebía, todavía maldecía, todavía fumaba y todavía usaba drogas. Y en algún momento comprendió que eso no estaba bien. Luchó con todas sus fuerzas para dejarlo, pero cuanto más lo intentaba, peor le iba.

¿Alguna vez has descubierto que es posible luchar tanto contra el diablo que casi terminas pareciéndote a él? ¿Es posible mirarte tanto en el espejo que terminas pareciéndote cada vez más a ti mismo?

La atención de Charlie estaba centrada en sí mismo, y aunque seguía intentando e intentando vencer esas cosas, simplemente no podía hacerlo. Después de varias semanas de esfuerzos desesperados, miró hacia el mismo Dios al que había mirado en prisión y dijo:

“Dios, si algo va a suceder con estos problemas, vas a tener que hacerlo Tú. Y vas a tener que hacerlo TODO.”

¡Oh! Para ese momento yo estaba al borde de mi asiento. Le pregunté:

—“¿Qué pasó?”

—“Bueno,” dijo, “cuando llegué al punto en que hice esa oración, Dios entró en mi vida y me quitó el deseo por las cuatro cosas. Desaparecieron.”

Le dije: “¿En serio?”

—“Sí.”

—“¿Y qué pasó después?”

Entonces la obrera bíblica y su novia le dijeron: “¿Por qué no vas a la universidad y haces algo con tu vida?”

Él les dijo que no podía ir a la universidad, porque ni siquiera había terminado la secundaria. Pero insistieron: “Puedes tomar el examen GED. Solo una persona de cada cien reprueba el GED. Puedes ir a la universidad.” Así que Charlie tomó el examen GED... y lo reprobó. ¡Él era ese uno en cien!

Entonces fue a Pacific Union College, donde yo enseñaba en ese tiempo, y solicitó ingreso. En ese

entonces, el colegio rechazaba a 300 estudiantes al año por falta de espacio. Y a pesar de que había reprobado el GED, lo aceptaron. ¡Otro milagro!

Le pregunté a Charlie: "¿Cómo te está yendo?"

—"Bueno," dijo, "Inglés es la materia más difícil para mí. Estoy sacando A's en Inglés. Pero todavía no entiendo esto de la justicia por la fe."

Y ahí quise reírme. Le dije: "Espera, Charlie. La justicia por la fe es más que una teoría. ¡Es una experiencia! Y me parece que el Señor ya te la dio."

Luego le pregunté: "¿Te molestaría contar un poco de esto a la clase mañana? Creo que les gustaría escuchar lo que Jesús ha hecho por ti."

—"¿Tú crees que debería?" —me dijo.

Le respondí: "Sí."

—"Bueno," dijo, "si tú crees que debo hacerlo, lo haré." Y yo lo hice, y él lo hizo. Pero lo interesante fue que, cuando contó su historia en clase al día siguiente, noté algo imposible de pasar por alto:

Charlie habló más acerca de Jesús que de Charlie.

Y eso es una prueba de que alguien realmente ha entregado su vida a Jesús, ¿no es cierto?

Pero, de cierta manera, la historia me enojó. Cuando pensé en todos los años que yo había intentado conseguir las victorias que Dios le había dado a Charlie, me molestó. Pero entonces comencé a darme cuenta de con quién estaba enojado. No estaba enojado con Dios. Dios no trata a la gente de forma diferente. No es que no estuviera dispuesto a hacer por mí lo que hizo por Charlie. Dios no hace acepción de personas. Entonces, ¿cuál era la diferencia?

El problema era que todo ese tiempo yo había estado tratando de obtener lo que a Charlie se le dio como un regalo. Ese fue mi problema.

El manto es un regalo. Es tan gratuito como la invitación.

Si eso no fuera verdad, no habría esperanza para ninguno de nosotros, porque no podemos producir ni un ápice de justicia por nosotros mismos; todo debe venir de Cristo.

Y yo creo, con todo mi corazón, que en cualquier momento, en cualquier lugar, cuando una persona llega al

punto de impotencia al que Charlie llegó, recibe el mismo regalo que Charlie recibió.

¿Has aceptado la invitación para estar presente en la cena de las bodas del Cordero? Si has aceptado a Jesús como tu Salvador personal, y has aceptado que Cristo murió por tus pecados conforme a las Escrituras, entonces has aceptado la invitación.

¿Has aceptado el manto, el traje de bodas? Eso ya suena un poco más serio, ¿verdad? Muchos de nosotros somos dolorosamente conscientes de que caemos, fracasamos, pecamos. Pero la obediencia es tan regalo como el perdón y la justificación. Vencer el pecado no es algo que logramos con esfuerzo propio; es un regalo de Dios. El traje de bodas es gratuito, tan gratuito como la invitación. Es tuyo mientras lo sigas aceptando. Y se acepta mediante una relación continua con Cristo, quien te llevará a aceptarlo cada vez más constantemente.

A medida que lo ves día tras día y procuras aprender en experiencia —además de en teoría— lo que significa recibir tanto la invitación como el manto de Su justicia, permíteme invitarte a que hagas tu respuesta. El Rey te invita a la cena de las bodas del Cordero. ¿Cuál será tu respuesta?

¿Dirás esto?:

“Al Rey de reyes y Señor de señores: He recibido la urgente invitación de Su Majestad para estar presente en la cena de las bodas de Su Hijo. Ruego, Señor, que me excuses.”

¿O dirás esto?:

“Al Rey de reyes y Señor de señores: Acabo de recibir la urgente invitación de Su Majestad para estar presente en la cena de las bodas de Su Unigénito Hijo. Me apresuro a responder: Por Su gracia, estaré allí.

P.D. Y gracias por el hermoso manto.”

CAPÍTULO 7: LO QUE JESÚS DIJO SOBRE LOS PROFETAS

Jesús se quedó en silencio. No habló—ni una palabra. A pesar de las muchas preguntas que se le hicieron, a pesar de los desesperados intentos por inducirlo a hablar, Él permaneció en silencio. Fue la respuesta más solemne que Jesús dio jamás, y hay una verdad significativa que aprender hoy de ese silencio.

Fue durante Su juicio ante Herodes. Jesús había sido arrestado en Getsemaní. Fue llevado a la corte de Anás, luego a la de Caifás, y después ante el Sanedrín. Había sido llevado ante Pilato, y Pilato, a su vez, lo envió a Herodes. “Y viendo Herodes a Jesús, se alegró mucho; porque hacía tiempo que deseaba verle, porque había oído muchas cosas acerca de él, y esperaba verle hacer alguna señal. Y le hizo muchas preguntas; pero él nada le respondió.” Lucas 23:8, 9.

Cuando leí por primera vez acerca del trato silencioso de Jesús hacia Herodes, me sentí feliz. Herodes fue quien mató a Juan el Bautista como resultado de una fiesta de borrachos con sus nobles y de su juramento imprudente a

Salomé. Así que cuando leí cómo Jesús lo trató, mi reacción fue: “¡Bien hecho, Señor! ¡Así se hace! Ignóralo. ¡Sé descortés!” Y si yo hubiera estado en los zapatos de Jesús, habría torcido los labios y puesto una mueca en mi rostro; habría mirado con desprecio a Herodes. Pero luego me di cuenta de que Jesús no sentía eso en absoluto. Jesús vino a este mundo a morir por Herodes tanto como vino a morir por mí.

No deberíamos ver el silencio de Jesús como una rudeza o venganza hacia Herodes. En cambio, deberíamos verlo allí de pie, en silencio, tal vez con lágrimas en los ojos, lamentándose de que otro de Sus hijos creados lo había rechazado. Jesús simplemente estaba aceptando la decisión que Herodes ya había tomado. Herodes había rechazado el mensaje de Juan el Bautista, el más grande de los profetas, y no había nada más que ni siquiera Jesús mismo pudiera hacer o decir para alcanzarlo.

Juan el Bautista fue un profeta y “más que profeta” (Mateo 11:9). Sin embargo, enseñó al pueblo que Cristo era mayor que él (ver Lucas 3:16). Él era una luz menor para guiarlos a la Luz Mayor. Era el mensajero del Señor (ver Mateo 11:10). ¿Alguna vez oíste hablar de alguien en tiempos modernos que fuera más que profeta, que fuera

una luz menor que guiara a la Luz Mayor, y que fuera llamado el mensajero del Señor?

Ha habido un contraparte moderna de Juan el Bautista, un “más que profeta.” Y hay un registro de otra ocasión en la que un profeta fue “más que profeta.” Encontramos ese registro en Números 12. María y Aarón habían decidido que Moisés no era nada especial. Dijeron: “¿Solamente por Moisés ha hablado Jehová? ¿No ha hablado también por nosotros?” (verso 2). Dios mismo salió en defensa de Moisés, apareciendo en la columna de nube a la puerta del tabernáculo. Le explicó a María y a Aarón que Moisés sí era más que profeta, y luego les preguntó: “¿Por qué, pues, no tuvisteis temor de hablar contra mi siervo Moisés?” (verso 8). María, quien había sido la principal en la crítica, fue herida con lepra.

Herodes, quien debería haber tenido temor incluso de hablar contra el mensajero del Señor, estaba tan insensible a la importancia de Juan a los ojos del cielo que ¡lo mandó matar! Y cuando la voz del profeta fue silenciada, Jesús mismo no tuvo nada más que decir. No tenía nada que decir porque habría sido inútil decir algo más. De la historia de Jesús y Herodes podemos aprender que si uno no es

receptivo hacia los profetas, no será receptivo hacia Jesús mismo. Las dos actitudes siempre van juntas.

Una de las características más destacadas del pueblo de Palestina en el tiempo del primer advenimiento de Cristo era que tenían problemas con los profetas. Siempre habían tenido problemas con los profetas. En los días de Cristo, venían y adornaban las tumbas de los profetas y decían: "Si hubiéramos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido partícipes con ellos en la sangre de los profetas." Blanqueaban las tumbas y colgaban coronas. Y luego regresaban a Jerusalén, después de vaciar sus cubetas, y planeaban matar a Jesús.

Jesús les habló con palabras fuertes: "Así que dais testimonio contra vosotros mismos, de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas. ¡Vosotros también llenad la medida de vuestros padres! ¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno?" (Mateo 23:31–33).

El apóstol Pablo también habló sobre esto: "Porque los habitantes de Jerusalén y sus gobernantes, no conociendo a Jesús ni las palabras de los profetas que se leen todos los sábados, las cumplieron al condenarle." (Hechos 13:27). Así que Pablo dejó claro que lo que el pueblo hacía con los

profetas, lo hacía con Jesús, y su relación con los profetas era simplemente un preludio de cómo se relacionarían con Jesús.

En Hechos 7 encontramos la conocida experiencia de Esteban, a veces llamado el primer mártir cristiano. En medio de su discurso final, interrumpió su repaso de la historia de Israel y acusó con fuerza a sus oyentes: “¡Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, de quien vosotros ahora habéis sido entregadores y asesinos; vosotros que recibisteis la ley por disposición de ángeles, y no la guardasteis.” (versos 51–53).

Esto fue demasiado para sus oyentes, y se lanzaron sobre Esteban, lo arrastraron fuera de la ciudad, y mientras un joven llamado Saulo cuidaba los mantos, lo apedrearon hasta matarlo. Pero en sus últimos momentos de vida, Esteban tuvo una visión. Miró al cielo y vio a Jesús a la diestra de Dios, de pie. Siempre me ha gustado esa parte de la historia. Jesús no iba a tolerar este ataque contra su siervo sentado. Estaba de pie por Esteban. Y Esteban murió

en paz, orando por sus enemigos. Había dicho la verdad. Y fue demasiado profunda: dolió demasiado. Él había dicho: "Ustedes escuchan a los profetas cada sábado y les rinden homenaje con los labios, pero los rechazan, y también al que ellos anunciaron." Lo mismo puede seguir siendo cierto hoy.

En la parábola del rico y Lázaro, Jesús contó cómo el rico pidió que a Lázaro se le permitiera volver de entre los muertos para advertir a sus cinco hermanos. Pero Jesús hizo que Abraham le dijera al rico: "Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos." (Lucas 16:31).

Poco después de que Jesús contara esta parábola, otro Lázaro fue resucitado de entre los muertos, confirmando que Jesús tenía razón, pues ni siquiera la resurrección de Lázaro convenció a quienes rechazaban las instrucciones y advertencias de los profetas. Y cuando Jesús mismo resucitó de entre los muertos, aquellos que, junto con Herodes, habían rechazado el testimonio de los profetas y lo habían matado, quedaron llenos de terror. Pero aún así no fueron persuadidos.

Jesús siempre manifestó el mayor respeto por los profetas. "No penséis que he venido para abrogar la ley o

los profetas,” dijo en Mateo 5:17. En otra ocasión prometió que “el que recibe a un profeta por cuanto es profeta, recompensa de profeta recibirá.” (Mateo 10:41). Los escritores de los evangelios apuntan repetidamente a eventos en su vida diciendo: “Esto sucedió para que se cumpliera lo que fue dicho por el Señor por medio del profeta...” (Mateo 1:22; 21:4). Véanse también Mateo 2:15; 3:3; 8:17; Lucas 3:4; Juan 1:23; 12:38. Al inicio de su ministerio, Jesús leyó del libro del profeta Isaías en la sinagoga de su ciudad natal, en sábado. Como resultado, lo sacaron fuera y lo empujaron al borde de un precipicio cercano (ver Lucas 4:16–30). Citó o aludió a los profetas repetidamente en sus enseñanzas—de Daniel (Mateo 24:15), de Jonás (Mateo 12:39), de Moisés (Lucas 24:27), y otros.

Jesús habló a los líderes judíos, advirtiéndoles del peligro de seguir tradiciones humanas en lugar de los mandamientos de Dios. Véase Mateo 15:1–9. Y Sus discípulos, olvidando cuán a menudo había leído los pensamientos, vinieron a Él y le dijeron: “¿Sabes que los fariseos se ofendieron cuando oyeron esta palabra?” (verso 12). Jesús respondió dándoles una de Sus parábolas más breves: “Dejadlos; son ciegos guías de ciegos; y si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el hoyo.” (verso 14).

Esta breve parábola es relevante hoy; porque la iglesia llamada Laodicea, la última iglesia justo antes del regreso de Jesús, también tiene, entre otras cosas, un problema de ceguera. Véase Apocalipsis 3:14–22. Así que no fueron solo las personas del tiempo de Cristo las que estaban ciegas.

El apóstol Pablo, comparando las diferentes partes del cuerpo con las diferentes partes de la iglesia, habla de los ojos de la iglesia. Véase 1 Corintios 12. Ahora bien, los ojos son para ver, y en 1 Samuel 9:9 descubrimos que en tiempos bíblicos un profeta a veces era llamado “vidente”—uno que ve. Al dar a Su iglesia remanente el don de los profetas, Dios ha provisto ojos para que nosotros, los miembros de la iglesia remanente, podamos atender a los mensajes proféticos y evitar ser seguidores ciegos o líderes ciegos. Las personas en el tiempo de Cristo, por ciegas que fueran, no tenían razón para estar ciegas, porque se les habían provisto “ojos.” Eran ciegas porque se negaban a ver. Véase Mateo 13:14, 15. Viendo, no veían, y oyendo, no oían. Jesús les dijo: “Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora porque decís: ‘Vemos,’ vuestro pecado permanece.” (Juan 9:41). Fue en el rechazo de la luz que estaba disponible para ellos, a través de los videntes, que se volvieron ciegos, y ese mismo rechazo de la luz hizo imposible para ellos recibir más iluminación.

Jesús mismo habló de la imposibilidad de alcanzar a aquellos que rechazan a los profetas. En Su despedida a Jerusalén, clamó diciendo: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!” (Mateo 23:37).

En la tarde de la resurrección, mientras Cristo caminaba hacia el pequeño pueblo de Emaús, procuraba llevar ánimo a dos hombres. Sus corazones estaban abatidos, sus ojos llenos de lágrimas. Relataron a este Desconocido los eventos de los últimos días. Y con todos los recursos del cielo a Su disposición, Jesús eligió un método por encima de todos los demás para alcanzar sus mentes y consolar sus corazones: “Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de Él decían.” (Lucas 24:27). Jesús deseaba que Su pueblo fuera guiado por los mensajes dados a través de los profetas. Por esta razón, Él dio máxima prioridad a los profetas, tanto en Su enseñanza como en Su ejemplo.

Sobre la base de las enseñanzas de Jesús, sobre la base de las Escrituras y sobre la base de la repetición de la

historia, sostengo que lo que hagas con los profetas, tarde o temprano lo harás con Jesús. Si aceptás a los profetas, los escuchás y seguís su consejo, aceptarás a Jesús, lo escucharás y lo seguirás. Si rechazás a los profetas e ignorás sus mensajes, vas a rechazar e ignorar al Señor Jesús. El pueblo de Israel no fue único en sus problemas con los profetas, y se nos invita a aprender de su experiencia: “Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos.” (1 Corintios 10:11).

Dentro de nuestra iglesia hoy, la experiencia del pueblo judío se está repitiendo. El Deseado de Todas las Gentes, página 235, lo describe de esta manera: “Los judíos malinterpretaron y mal aplicaron la palabra de Dios, y no conocieron el tiempo de su visitación. Los años del ministerio de Cristo y de sus apóstoles, los preciosos últimos años de gracia para el pueblo escogido, los pasaron tramando la destrucción de los mensajeros del Señor.” (Énfasis añadido).

Se cuenta la historia de un hombre que fue a una exhibición de obras de arte famosas. Mientras observaba algunas de las pinturas, comentó a su compañero: “Dicen que esto se vende por millones de dólares. ¡Yo no te daría

ni cinco centavos por todo esto!” Un guardia estaba cerca. Al oír el comentario del visitante, se le acercó, le tocó el hombro y le dijo: “Señor, estas pinturas no están en juicio. Pero quienes las observan sí lo están.”

La lección sigue siendo válida hoy: “Muchos hombres que se deleitan en debatir, en criticar, buscando algo que cuestionar en la Palabra de Dios, creen que con ello están dando evidencia de independencia de pensamiento y agudeza mental. Suponen que están sentándose en juicio sobre la Biblia, cuando en verdad se están juzgando a sí mismos. Manifiestan que son incapaces de apreciar verdades que se originan en el cielo y que abarcan la eternidad. En presencia de la gran montaña de la justicia de Dios, su espíritu no se sobrecoge. Se ocupan en buscar palitos y pajas, y con ello traicionan una naturaleza estrecha y terrenal, un corazón que está perdiendo rápidamente su capacidad de apreciar a Dios.” (El Deseado de Todas las Gentes, p. 468).

El don de la profecía de Dios, ya sea en la Biblia o en el don inspirado a la iglesia, no está hoy en juicio. Ya ha sido probado y comprobado. Nosotros somos quienes estamos en juicio. Depende de nosotros cuál será el resultado de nuestro juicio: si aceptaremos Su don, o si

estaremos en los zapatos de Herodes y no recibiremos otro mensaje del cielo. Aquellos que rechacen la voz de Jesús a través de Sus profetas hallarán en el silencio de Jesús la reprensión más solemne que la humanidad puede recibir:

“¿Por qué, pues, no tuvisteis temor de hablar contra mi siervo?”

CAPÍTULO 8: LO QUE JESÚS DIJO SOBRE LA POSESIÓN DEL DIABLO

El coro acababa de terminar de cantar el himno matutino. Con un suave susurro de túnicas, los cantores regresaron a sus lugares en el coro y se sentaron. Un leve revuelo recorrió la congregación mientras la gente se acomodaba en sus asientos, buscando la posición más cómoda para soportar el sermón. La iglesia estaba abarrotada esa mañana, y se percibía una emoción contenida en el aire, porque el orador matutino tenía fama de ser controversial. No solía ser invitado a expresar públicamente sus puntos de vista, y se rumoreaba que uno de esos servicios había terminado casi en un motín. El anciano en la plataforma estaba comprensiblemente algo nervioso mientras miraba hacia el invitado, el Orador, y le asintió levemente para indicar que había llegado el momento de comenzar.

El orador apenas había llegado al púlpito y abierto la boca para hablar, cuando las puertas del fondo del santuario se abrieron de golpe. Gritando y tambaleándose por el pasillo central, un endemoniado se lanzó a la presencia de Jesús. Puedes leerlo en Lucas 4:33-36: "Había

en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu de demonio inmundo, el cual exclamó a gran voz”.

La descripción es algo humorística: “un demonio inmundo”. Después de todo, ¿cuántos demonios limpios hay? Pero al menos podemos suponer que, entre los demonios, este en particular era uno malo. Este endemoniado “clamó a gran voz, diciendo: ¡Déjanos! ¿Qué tenemos contigo, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Yo sé quién eres: el Santo de Dios”. (Versículos 33 y 34).

Fíjate en los pronombres: son muy interesantes. “¡Déjanos!” “¿Qué tenemos contigo?” “¿Has venido para destruirnos?” Evidentemente, el demonio comenzó hablando tanto por él mismo como por el hombre que poseía. Pero luego terminó con “yo sé quién eres”. Quizás el hombre no comprendía del todo en presencia de quién había sido colocado tan violentamente. Pero el demonio ciertamente reconocía a quién enfrentaba.

Este debió ser un demonio bastante atrevido. Tal vez se sintió especialmente osado ese día cuando decidió interrumpir el servicio de adoración donde Jesús—el mismo que lo había creado—estaba predicando. Pero, fuera valiente o no, claramente no era muy listo. Debería

haberlo sabido mejor, porque terminó derrotado—como siempre les pasa a los demonios en presencia de Jesús. “Y Jesús lo reprendió, diciendo: Cállate, y sal de él. Entonces el demonio, derribándolo en medio de ellos, salió de él y no le hizo daño. Y todos se asombraron, y hablaban entre sí, diciendo: ¿Qué palabra es esta, que con autoridad y poder manda a los espíritus inmundos, y salen?” (Versículos 35 y 36).

En la Biblia hay siete casos registrados en los que Jesús se enfrentó a demonios. Antes de considerar el segundo caso, observa tres cosas:

El contacto y la conversación de Jesús con el demonio fue breve.

El demonio fue obligado a dejar a su víctima inmediatamente.

Al menos en este caso en particular, no hubo ningún intermediario.

Es decir, nadie trajo al hombre afligido a Jesús ni buscó su ayuda en su favor. Vino solo. De hecho, el hombre ni siquiera era capaz de pedir ayuda por sí mismo, porque cuando intentaba hablar, el demonio hablaba a través de él. Y aun así, Jesús fue capaz de liberarlo y salvarlo. Estas

son cuestiones pertinentes hoy en día entre quienes estudian el tema de la guerra espiritual.

El segundo caso, en Mateo 9:32-34, es muy breve: "Mientras salían ellos, he aquí, le trajeron un mudo endemoniado. Y echado fuera el demonio, el mudo habló; y la gente se maravillaba, y decía: Nunca se ha visto cosa semejante en Israel". En este caso sí hubo intermediarios, pues la Biblia dice que "le trajeron un mudo endemoniado".

Una vez más, el encuentro fue breve. Y la evidencia indica que los demonios fueron obligados a salir inmediatamente por la palabra de Jesús.

Las personas que trajeron a este hombre no podían hacer nada para ayudarlo. Pero sabían lo suficiente como para llevarlo a Jesús, y eso es lo correcto, ¿no te parece? Cualquiera hoy en día que conozca a alguien atormentado, oprimido, o en problemas por causa de un demonio, debería seguir el ejemplo de estas personas y llevarlo a Jesús. Él es el único que tiene poder para sanar y restaurar.

En ese momento, los fariseos sembraron una semilla de duda. Observa el versículo 34: "Mas los fariseos decían: Por el príncipe de los demonios echa fuera los demonios". Esta semilla iba a germinar, crecer y hacer su obra destructiva en la mente del pueblo. Escucharemos más

sobre esto más adelante. Pero los fariseos siempre hacían todo lo posible por desacreditar a Jesús.

El tercer caso se encuentra en Mateo 12. “Entonces fue traído a él un endemoniado, ciego y mudo; y le sanó, de tal manera que el ciego y mudo hablaba y veía”. (Versículo 22).

El relato continúa con un diálogo entre Jesús y los fariseos. Pero el encuentro de Jesús con los demonios, una vez más, fue breve y terminó con su derrota total. En esta ocasión también hubo un intermediario: el hombre fue traído a Jesús. Los líderes religiosos continuaron ampliando su acusación de que Jesús expulsaba demonios por el poder del diablo. En respuesta, Jesús les dio argumentos difíciles de refutar y les contó una parábola sobre una casa vacía—barrida y adornada—donde siete demonios regresaron para ocupar el lugar de uno que había sido expulsado. Volveremos a esto, pero por ahora sigamos con el cuarto caso.

Se encuentra en Mateo 8:28. “Cuando llegó a la otra orilla, a la tierra de los gadarenos, vinieron a su encuentro dos endemoniados que salían de los sepulcros, feroces en gran manera, tanto que nadie podía pasar por aquel camino”. Jesús y sus discípulos habían subido desde la orilla

y fueron recibidos por estos hombres, con sangre goteando por donde se habían cortado, barbas enmarañadas, ojos encendidos, espumando y gritando, y desnudos. Sus gritos se oían por toda la comarca.

Los discípulos huyeron apresuradamente de regreso a los botes, pero Jesús permaneció. Cuando los discípulos se detuvieron y miraron tímidamente, vieron que Jesús estaba justo donde lo habían dejado—su mano alzada retenía a los demonios. Los demonios siempre son impotentes en presencia de Jesús. Y puedes ver cómo los discípulos regresaban lentamente, uno por uno, asegurándose de permanecer detrás de Jesús—donde era seguro.

En este caso, Jesús tuvo un breve diálogo con los demonios. Según Lucas 8, Él preguntó: “¿Cuál es tu nombre?” Y su portavoz respondió: “Mi nombre es Legión”. En los días de Cristo, el ejército romano estaba compuesto por legiones. Cada legión consistía en tres a cinco mil hombres. Aparentemente el diablo tiene tantos demonios disponibles que puede derrochar tres a cinco mil de ellos en uno o dos hombres.

El exorcismo moderno aparentemente usa este ejemplo como base para su práctica de conversar con los demonios. El enfoque popular actual dice que hay que

hablar con cada demonio individual y persuadirlo para que salga uno por uno.

El consejo inspirado a la iglesia de Dios para los últimos días advierte sobre el espiritismo en los últimos tiempos, justo antes de que Jesús regrese. La Iglesia Adventista del Séptimo Día ha tomado una postura firme contra asistir a sesiones espiritistas. ¿Por qué? Porque, aunque parezca que alguien está hablando con sus parientes muertos, en realidad está hablando con demonios que los imitan.

Y sin embargo, bajo la apariencia de guerra espiritual y exorcismo moderno, hay cristianos adventistas que pasan la mitad de la noche hablando directamente con demonios. ¡Qué sutiles son los engaños del diablo!

Aunque hay evidencia bíblica de posesiones múltiples, no hay autorización para que los seguidores de Cristo traten individualmente con cada demonio. Cuando Jesús dio la orden, todos los demonios salieron. Fue un “paquete completo”, por así decirlo. En el caso de los gadarenos, los demonios entraron en los cerdos, los cerdos se lanzaron al mar, y la gente salió y rogó a Jesús que se fuera de su tierra antes de que perdieran más recursos.

En este caso no hubo intermediarios. Una vez más, los demonios mostraron falta de juicio al presentarse

voluntariamente ante Jesús. Fueron lo bastante perceptivos como para decir, según Mateo 8:31: “Si nos echas fuera, permítenos ir a aquel hato de cerdos”. ¡Seguramente sabían cómo iba a terminar el encuentro! Si hubieran sido sabios, se habrían quedado en las tumbas. Pero quizás eran lo bastante listos para saber lo que sucedería, pero demasiado débiles de voluntad para resistir la tentación de lucirse.

Esta es la única ocasión en el ministerio de Jesús donde los demonios se identificaron con un nombre. Dijeron que su nombre era Legión. Aparentemente se refería solo a su número—nada que ver con su función o tarea. ¿Todos los 3,000 a 5,000 se llamaban igual? Era el nombre de su grupo, o compañía.

En la guerra espiritual moderna hay un concepto que se ha popularizado hoy en día: que cada demonio tiene un nombre que indica su función. Así que, en casos de posesión múltiple, se considera necesario echar fuera al demonio de la ira, el demonio de la lujuria, el demonio de la alergia. He oído hablar de personas exorcizadas del demonio del rock and roll y del demonio de la torpeza. Pero no hay apoyo bíblico para esta práctica.

El quinto caso se encuentra en Mateo 15:21-28. Esta es la historia de la mujer sirofenicia, cuya fe fue tan grande. Ella persistió, permaneciendo en presencia de Jesús para recibir aunque fuera unas migajas de la mesa del Maestro. Vio tanta compasión en el rostro de Jesús, que ni siquiera las palabras bruscas que Él pronunció (para beneficio de sus discípulos) pudieron ocultar su amor. Su problema era que su hija estaba gravemente atormentada por un demonio. Al final de la conversación, Jesús dijo: "Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieras." (Versículo 28). Mateo concluye su relato diciendo: "Y su hija fue sanada desde aquella hora."

Aquí hubo una intercesora, pero la hija poseída ni siquiera estaba presente. Recibió liberación "en ausencia", podríamos decir. Y aunque no estaba en la presencia inmediata de Jesús, fue liberada de inmediato por su palabra.

El sexto caso está en Marcos 9:14-29. Este es más largo. Jesús baja del monte de la transfiguración con Pedro, Jacobo y Juan. Había llevado a estos tres discípulos en un viaje especial. Los otros nueve estaban celosos por no haber sido invitados y habían estado discutiendo entre ellos sobre quién sería el mayor. Mientras aún estaban

molestos, un hombre trajo a su hijo poseído por un demonio para ser sanado. Alimentando sus sentimientos de celos, intentaron enfrentarse a los demonios, pero fueron vencidos. Aunque Jesús nunca perdió un caso, sus discípulos sí lo hicieron. Este era justo el tipo de caso que los líderes religiosos estaban esperando. Si los discípulos de Jesús no podían con este demonio, tal vez Jesús tampoco podría.

Cuando Jesús llegó, comenzó a conversar con el padre del muchacho. Luego de explicar la grave condición de su hijo, el padre dijo: "Si puedes hacer algo...". Jesús respondió: "Al que cree, todo le es posible." Entonces el hombre dijo: "Creo; ¡ayuda mi incredulidad!" (Ver versículos 22–24). Y Jesús sanó al muchacho. Hubo una gran liberación ese día.

En este caso, el padre fue el intermediario. Parece que la sanidad del niño dependía de la fe de su padre. Cuando Jesús reprendió a los demonios, ellos salieron. No hubo discusión ni larga conversación.

Después de que la multitud se hubo dispersado, los discípulos preguntaron a Jesús por qué ellos no pudieron echar fuera ese demonio. Y Jesús dijo: "Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno." (Versículo 29).

Pero Jesús, quien sí lo echó fuera, no estaba ayunando, hasta donde sabemos. Es fácil interpretar esto literalmente y pensar que de algún modo Dios dirá: "Si estas personas se abstienen de comer por un tiempo y me ruegan, me conmoveré y actuaré a su favor." Pero no, eso no concuerda con lo que Jesús enseñó acerca de que Dios está dispuesto a dar buenos dones a sus hijos.

Entonces, ¿qué quiso decir Jesús?

La oración y el ayuno que Jesús practicaba incluían una relación continua con su Padre. No intentaba elevarse a un estado espiritual especial solo para una ocasión. Más bien, pasaba tiempo cada día en comunión y compañerismo con su Padre. De ese modo, permanecía bajo el control de su Padre y estaba listo para enfrentar cualquier artimaña del diablo en cualquier momento.

Por otro lado, sus discípulos no habían pasado la noche ni la mañana en comunión con el cielo como Él. Mientras Jesús oraba y se comunicaba con su Padre, ellos habían estado discutiendo y peleando por quién sería el mayor. El Deseado de todas las gentes, página 431, dice:

"La elección de los tres discípulos para acompañar a Jesús al monte había excitado los celos de los nueve. En vez de fortalecer su fe mediante la oración y la meditación

en las palabras de Cristo, se habían entregado a sus desalientos y agravios personales. En este estado de tinieblas habían intentado luchar con Satanás.”

Por su propia elección se habían separado del poder del cielo, y por lo tanto fueron dejados para enfrentar al enemigo con sus propias fuerzas débiles.

Siempre que intentemos enfrentarnos al poder de las tinieblas por nuestra cuenta, seremos vencidos con seguridad. A menos que tengamos el poder de Jesús, es pura locura intentar confrontar al diablo. Él es más fuerte que nosotros, y terminará saliéndose con la suya, incluso si aparenta que ganamos. Solo el poder de Jesús es suficientemente fuerte para vencer al enemigo, y ese poder está disponible para cada uno de nosotros mediante una relación diaria con Él. No solo somos incapaces de tratar con la posesión demoníaca en su forma más extrema, sino también incapaces de tratar con las tentaciones y trampas cotidianas del diablo. No podemos vencer el pecado con nuestras propias fuerzas. Solo podemos vencer mediante el poder del cielo al acudir a Jesús y permitirle luchar por nosotros. Allí encontraremos descanso y paz.

Finalmente, el caso número siete. Aquí no tenemos una historia como en los otros casos. Solo tenemos una referencia a algo que ya había sucedido. Marcos 16:9 dice:

“Habiendo, pues, resucitado Jesús por la mañana, el primer día de la semana, apareció primeramente a María Magdalena, de quien había echado siete demonios.”

Ahora, podríamos especular si Jesús echó siete demonios de una sola vez o si lo hizo en siete ocasiones distintas.

En El Deseado de todas las gentes, página 568, leemos:

“Siete veces había oído su reprensión a los demonios que dominaban su corazón y mente.”

Y en la parábola que Jesús contó en Mateo 12, se explica cómo una persona que ha sido liberada una vez del control demoníaco puede volver a ser poseída por el diablo. Leamos los versículos 43 al 45:

“Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo, y no lo halla. Entonces dice: Volveré a mi casa de donde salí; y cuando llega, la halla desocupada, barrida y adornada. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser

peor que el primero. Así también acontecerá a esta mala generación.”

¿Qué quiere decir Jesús con esto? Está sugiriendo que hay algo más importante que simplemente echar fuera al diablo. También es necesario mantenerlo fuera. ¿No es cierto? Y María tuvo que aprender esto, evidentemente por el camino difícil.

Una persona puede experimentar una poderosa liberación del pecado—incluso de la posesión demoníaca—pero a menos que tenga una conexión vital con Dios, una comunión continua con Él día tras día mediante el estudio de la Biblia y la oración, no será suficiente. El pecado nunca se elimina por la fuerza; se desplaza cuando Jesús entra. No es de extrañar que, cuando María aprendió esto, nunca se apartó de los pies de Jesús. Aprendió lo que significaba sentarse a los pies de Jesús y escuchar su palabra, y eso fue lo que impidió que los demonios regresaran.

¿Alguna vez te has preguntado cómo una persona llega a estar poseída por un demonio en primer lugar? Si analizas estos relatos bíblicos, concluyes que la posesión demoníaca no ocurre de la noche a la mañana. A menos que una persona deliberadamente se coloque en terreno

del diablo al elegir incursionar en lo oculto, la posesión demoníaca generalmente es el resultado de un proceso largo.

Sin embargo, cualquier persona que decida vivir una vida separada de Dios día tras día está bajo el control de Satanás, y su dirección es descendente. El diablo puede ganar una, perder una, ganar otra, perder otra. Pero continúa empujando hacia abajo hasta que la persona es completamente suya—hasta que tiene control absoluto sobre esa persona todo el tiempo. A eso lo llamamos posesión demoníaca.

Pero existe una forma más sofisticada de posesión demoníaca, como la que exhibían los líderes religiosos en los días de Cristo. Ellos no espumaban ni se revolcaban en el polvo ni gritaban obscenidades. Pero estaban aún más irremediablemente poseídos que los endemoniados, porque no veían su necesidad de liberación y por tanto no acudían a Jesús. (Ver *El Deseado de todas las gentes*, p. 256). Es interesante notar que, mientras Jesús fue capaz de expulsar demonios de los endemoniados, nunca intentó exorcizar los demonios que controlaban a los líderes judíos, aunque estaban poseídos por los mismos espíritus

malignos. Sin embargo, el diablo llegó a dominarlos tan completamente que los utilizó para crucificar a Jesús.

El proceso de caer bajo el control total de Satanás puede revertirse. Si una persona continúa buscando conocer a Dios, día tras día, y aprende lo que significa sentarse con María a los pies de Jesús en comunión y compañerismo, Dios tomará control de su dirección—y su dirección será hacia arriba. Aunque un cristiano en crecimiento experimente altibajos, aunque Dios también gane unas y pierda otras, el objetivo final de Dios para el creyente comprometido es tener posesión y control total de él todo el tiempo. Podemos llamar a eso estar poseídos por el Espíritu Santo. ¿Te parece bien eso? A mí me parece maravilloso. Y creo que ese es el objetivo de Dios para cada persona.

Pero Jesús tuvo compasión de los que habían ido en la dirección opuesta. Les trajo liberación. Y todavía hoy es una buena noticia que Él tiene el poder de echar fuera demonios. Les dijo a sus seguidores: “Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios”. (Mateo 10:8).

Podemos sacar varias conclusiones del estudio de estos relatos:

Cuando Jesús expulsa demonios, los expulsa inmediatamente. No hay un largo periodo de sudor, oración intensa o conversaciones extensas con los demonios. Cuando Jesús actúa contra los demonios, se acabó. Y si eso no sucede hoy en nuestros encuentros, quiero sugerir—basado en las Escrituras—que tal vez el diablo está jugando con nosotros por falta del poder de Jesús. Y si no tenemos el poder de Jesús, mejor no intentemos enfrentarnos a los demonios.

Jesús echó fuera todos los demonios de una vez, no uno por uno. Nunca los expulsó fragmentadamente. No hay evidencia de eso, aunque el caso de María Magdalena sugiere que los que una vez han sido liberados pueden ser poseídos nuevamente si descuidan seguir invitando a Dios a controlar sus vidas.

A veces hubo intermediarios y a veces no. Según la Escritura, no podemos concluir que es esencial tener un intermediario o “intercesor”, como algunos lo llaman. Ocurrió de ambas maneras en tiempos de Jesús.

¡Echar fuera demonios no es un gran espectáculo! Lo último en lo que un cristiano debería querer ser conocido es por su habilidad como exorcista. En Lucas 10:17, cuando los setenta regresaron y dijeron: “Señor, aun los demonios

se nos sujetan en tu nombre”, Jesús respondió, en esencia: “¿Y qué? Satanás fue echado del cielo hace mucho tiempo. Es un enemigo derrotado.”

¿Podría ser que el diablo esté encantado cuando nos obsesionamos con él y decidimos que todo lo que ocurre es algún tipo de acoso demoníaco—y enfocamos nuestra atención en él, y tratamos de dialogar con él, y descubrir todos sus nombres? No hay base bíblica para tales prácticas. Lo que sí encontramos en la Escritura es la seguridad de que el poder de Jesús es mayor que todos los ejércitos de las tinieblas.

Algunos cristianos piensan y hablan demasiado del poder de Satanás. Piensan en su adversario, oran acerca de él, hablan de él; y en su imaginación, él se agranda. Es cierto, Satanás es un ser poderoso, pero, gracias a Dios, tenemos un Salvador poderoso que echó al maligno del cielo. Satanás se alegra cuando magnificamos su poder. En cambio, ¿por qué no hablar de Jesús? ¿Por qué no magnificar Su poder y Su amor? (Ver *El Deseado de todas las gentes*, p. 493).

La forma en que Jesús trató a los poseídos por demonios es buena noticia. Fue una buena noticia en Palestina, y lo sigue siendo hoy. Jesús nunca perdió un

caso. Los demonios clamaban por misericordia en su presencia. Por lo tanto, no hay por qué temerles, porque el poderoso nombre de Jesús sigue siendo el mayor poder sobre la tierra. Dios no nos ha dado “espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio.” (2 Timoteo 1:7).

Si Jesús, en su amor y compasión, fue capaz de liberar a los pobres endemoniados en cada caso, ¿no crees que también puede hacer algo por ti y por mí hoy?

Un día, el mundo, la carne y el diablo ya no existirán más, gracias a lo que Jesús ha hecho. Cuando estuvo aquí, dio pruebas en miniatura de lo que tenía poder para hacer en forma definitiva. La muerte de Jesús dio, efectiva y eternamente, el golpe mortal al enemigo. Que cada uno de nosotros sepa hoy lo que significa ser controlado por el Espíritu Santo y entusiasmarse con las buenas nuevas de la libertad que Jesús aún ofrece.

CAPÍTULO 9: LO QUE DIJO JESÚS SOBRE LA MALA ADMINISTRACIÓN DE LOS FONDOS DE LA IGLESIA

Cuando se comenzó la investigación y el estudio preliminar para este libro sobre lo que Jesús dijo respecto a los temas actuales, los asuntos de este capítulo apenas comenzaban a asomarse en el horizonte financiero de la iglesia. De hecho, los últimos cinco capítulos de este libro estaban en preparación en ese momento. Al estudiar lo que Jesús dijo acerca de la justificación, la relación de fe, la santificación, la naturaleza de Cristo y la perfección, descubrimos más que solo lo que Jesús dijo sobre esos temas. ¡También descubrimos una verdad tremenda! Las enseñanzas de Jesús están actualizadas y brindan percepciones profundas sobre problemas actuales. No importa qué tema estés enfrentando en este momento, las enseñanzas de Jesús tienen algo que decirte que es actual, fresco y relevante.

¿Te gustaría saber qué tiene que decir Jesús acerca de las recientes revelaciones sobre la mala administración de fondos? ¿Has sido uno de los que se han preguntado si

está bien seguir dando y apoyando a la iglesia después de tal episodio? ¿Quizás has estado buscando un método alternativo para entregar tus diezmos y ofrendas, en lugar de llevarlos a las tesorerías de la iglesia? ¡Jesús tiene algo que decir sobre el tema!

Primero consideremos esta idea del libro Mensajes Selectos, tomo 1, página 406:

«Se me han presentado una y otra vez las pruebas de los hijos de Israel y su actitud justo antes de la primera venida de Cristo, para ilustrar la posición del pueblo de Dios en su experiencia antes de la segunda venida de Cristo: cómo el enemigo procuró en toda ocasión apoderarse de la mente de los judíos, y hoy está procurando cegar las mentes de los siervos de Dios, para que no puedan discernir la verdad preciosa...»

Esto sugiere que podemos estar seguros de que las lecciones y verdades que deben aprenderse desde los días de Cristo son aplicables a nosotros, al acercarnos a la segunda venida de Cristo.

Examinemos este tema bajo cuatro encabezados principales:

Primero, ¿cuál era la condición de la iglesia y su sistema financiero en el tiempo de Cristo?

Segundo, ¿cómo enseñó Cristo a Sus discípulos a relacionarse con el programa financiero de la iglesia organizada?

Tercero, ¿qué enseñó Jesús sobre el propósito de dar?

Cuarto, ¿cuál será el resultado de seguir la enseñanza y el ejemplo de Jesús sobre este tema?

Vamos ahora al primer punto. ¿Cuál era la condición de la iglesia y su programa financiero en el tiempo de Cristo? Era corrupto. Los cambistas del templo estaban confabulados con los sacerdotes y gobernantes para defraudar y extorsionar al pueblo. Esto resultaba en el enriquecimiento de sacerdotes y dirigentes. La situación se describe en *El Deseado de Todas las Gentes*, páginas 155 a 157. Primero, los animales vendidos para los sacrificios del templo se ofrecían a precios exorbitantes. Y segundo, el cambio de la moneda común por las monedas del templo daba lugar a más deshonestidad por parte de los cambistas. Por la codicia que había llegado a ser el principio dominante en sus vidas, los sacerdotes y gobernantes no manifestaban compasión ni simpatía por los pobres y sufrientes que no podían pagar. No cabe duda

de que hubo una grave malversación de fondos en la época de la primera venida de Cristo.

La condición del templo, que se había convertido en un vasto mercado, llevó a Cristo a comenzar Su ministerio público limpiándolo de compradores y vendedores. Sin embargo, al final de Su ministerio, en la segunda purificación del templo, las condiciones eran aún peores. Ver página 589.

A la luz de esta corrupción y abuso del sistema de diezmos, ofrendas y sacrificios que Dios había instituido, ¿cómo enseñó Cristo a Sus seguidores, por precepto y ejemplo, a relacionarse con la iglesia organizada y sus necesidades financieras?

Notá, primero, Lucas 2:22-24:

«Y cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, conforme a la ley de Moisés, le trajeron a Jerusalén para presentarle al Señor (como está escrito en la ley del Señor: Todo varón que abriere la matriz será llamado santo al Señor), y para ofrecer conforme a lo que se dice en la ley del Señor: Un par de tórtolas, o dos pichones de paloma.»

Notá que estas ofrendas se llevaron al templo.

En Mateo 17:24-27 se relata la historia de Pedro y el impuesto del templo. Como recordarás, los sacerdotes y gobernantes se le acercaron, esperando atrapar a su Maestro por medios engañosos. Impulsivo como era, Pedro accedió a que él y Jesús debían pagar el impuesto del templo. Cuando Jesús se enteró de la situación, le dijo a Pedro cómo obtener la moneda necesaria, y luego le instruyó: «tómala y dásela por mí y por ti». (Verso 27)

Los fariseos en ese tiempo eran muy cuidadosos de conservar su reputación de justos y exactos en su comportamiento. Cada verano salían a sus jardines, con gran despliegue ceremonial, y se aseguraban de separar una hoja de menta de cada diez como diezmo. Jesús habló de esta práctica en Mateo 23:23:

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmáis la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello.»

¡Muchos se detienen justo ahí! Y dicen: “Es verdad. Preocuparse por diezmos y ofrendas es legalismo, es ser fariseo...” Pero el versículo no termina ahí. Continúa diciendo: “Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello.”

En otra ocasión, cuando los fariseos y gobernantes intentaban atrapar a Jesús, le preguntaron si era lícito pagar tributo al César. Ver Marcos 12:13-17. Jesús respondió pidiendo una moneda. Sosteniéndola a la vista de todos, preguntó de quién era la imagen e inscripción. Luego dio el principio para dar que ha sido aceptado desde entonces por Sus seguidores:

“Dad al César lo que es del César”—y la doble lección—“y a Dios lo que es de Dios.” (Marcos 12:17, DHH)

Nunca, ni por palabra ni por acción, Jesús redujo la obligación del ser humano de presentar ofrendas y dones a Dios. Fue Cristo quien dio todas las instrucciones de la ley con respecto a los diezmos y ofrendas. Cuando estuvo en la tierra, elogió a la mujer pobre que dio todo lo que tenía al tesoro del templo. (El Deseado de Todas las Gentes, p. 397)

El incidente de la viuda que dio sus dos blancas al tesoro del templo ocurrió en la última semana de Jesús antes de Su crucifixión. Lo leemos en Marcos 12:41-44:

«Estando Jesús sentado delante del arca de la ofrenda, miraba cómo el pueblo echaba dinero en el arca; y muchos ricos echaban mucho. Y vino una viuda pobre, y echó dos blancas, que son un cuadrante. Entonces llamando a sus

discípulos, les dijo: De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento.»

Jesús conocía la corrupción del sistema financiero del templo. Ya lo había limpiado dos veces, sin éxito. Parecería que lo menos que podía haber hecho, si la viuda realmente quería regalar sus últimas monedas, era aconsejarle dárselas a alguna persona o causa digna. Pero no. La elogió por traerlo al templo.

«Muchos le habrían aconsejado guardar su insignificante suma para su propio uso; entregada en manos de sacerdotes codiciosos, se perdería entre los muchos dones costosos llevados al tesoro. Pero Jesús comprendía su motivo. Ella creía que el servicio del templo era ordenado por Dios, y deseaba hacer todo lo posible para sostenerlo.» (p. 615)

«El abuso humano del don no podía quitar la bendición de Dios al dador.» (p. 614)

No estoy diciendo con esto que la Iglesia Adventista del Séptimo Día sea tan corrupta como lo fue la iglesia judía en tiempos de Cristo. Pero la comparación establece un principio muy importante que no debe pasarse por alto. El

principio tiene que ver con lo que Jesús dijo sobre cómo enfrentar el mal manejo de los fondos de la iglesia. Si los fondos de la iglesia son mal administrados, es nuestra responsabilidad presentar nuestras quejas ante las autoridades eclesiásticas correspondientes.

«Algunos se han sentido insatisfechos y han dicho: ‘No pagaré más mi diezmo, porque no tengo confianza en cómo se administra la obra en el centro de la organización’. Pero, ¿robarás a Dios porque piensas que la administración de la obra no es correcta? Haz tu reclamo clara y abiertamente, en el espíritu correcto, a las personas adecuadas. Envía tus peticiones para que se ajusten y se pongan en orden las cosas; pero no te apartes de la obra de Dios, ni seas infiel porque otros no están haciendo lo correcto.» (Testimonios, t. 9, p. 249)

Si se nos delega la responsabilidad de manejar los fondos, debemos hacer todo lo posible para evitar cualquier mal uso. Pero nuestro patrón de dar no debe interrumpirse. Presentamos nuestras quejas en el lugar correcto, ante las autoridades pertinentes, en el espíritu correcto—y seguimos dando. Seguimos dando, no porque estemos seguros de que la iglesia de Dios está libre de errores, sino porque, como la viuda, creemos en la iglesia

de Dios, la amamos, y también creemos en el poder de Dios para proteger Sus propios intereses. Continuaremos haciendo todo lo posible para sostener la causa de Dios porque creemos en ella y anhelamos por sobre todo ver su avance en la tierra.

Ahora consideremos brevemente por qué Dios nos invita a dar en primer lugar. Dar es la ley de la vida del universo. El pecado se originó cuando esta ley fue quebrantada. (Ver *El Deseado de Todas las Gentes*, p. 21). Dar es el resultado del amor, y cuando hemos entregado nuestros corazones a Jesús, también le llevaremos nuestros dones. (Ver p. 63). Ponemos nuestro tesoro donde está nuestro corazón, ¡y lo contrario también es cierto! ¡Nuestro corazón estará donde esté nuestro tesoro! (Mateo 6:19-21)

Consideremos las recientes revelaciones de mala administración financiera a la luz de este principio. ¿Quién estará más interesado en corregir los errores financieros de la iglesia y prevenir su repetición en el futuro? ¿Aquellos que han dado e invertido su tesoro en la iglesia, o aquellos que no lo han hecho? La respuesta es obvia.

Esto nos recuerda otro propósito de Dios al invitarnos no solo a dar—sino a dar a Su iglesia. Su iglesia en la tierra solo puede avanzar en la medida en que quienes

pertenecen a ella hayan invertido en ella su tesoro—y su corazón. Dios necesita que Su pueblo comprometa sus talentos, medios y mentes a Su causa. Entonces Él podrá obrar a través de nosotros.

«Donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.» (Lucas 12:34, DHH)

Pero por sobre todo, el propósito de Dios al pedirnos que contribuyamos con nuestros bienes a Su iglesia es por nuestro propio bien. Dios nos invita a dar porque necesitamos dar. En Testimonios, tomo 3, página 390, leemos:

«Sea cual fuere la necesidad que haya de nuestra cooperación en el adelanto de la causa de Dios, Él la ha dispuesto deliberadamente para nuestro bien.»

Y en El discurso maestro de Jesucristo, página 82, dice:

«El que da al necesitado bendice a otros, pero él mismo es bendecido en grado aún mayor. La gracia de Cristo en el alma desarrolla rasgos de carácter opuestos al egoísmo—rasgos que refinan, ennoblecen y enriquecen la vida.»

Finalmente, ¿cuál será el resultado de seguir la enseñanza y el ejemplo de Jesús en este tema? Llevaremos

nuestras ofrendas a Dios. (Ver El Deseado de Todas las Gentes, p. 107). Si hemos entregado nuestro corazón a Jesús, también le llevaremos nuestros dones. (Ver p. 65). Y el resultado será que nuestras ofrendas serán eficaces. ¡Eso es una promesa! Léelo en la página 65:

«La ofrenda del corazón que ama, Dios se deleita en honrarla, dándole la mayor eficacia en el servicio para Él.»

¿Estás preocupado porque parte de tus bienes se hayan perdido debido a revelaciones recientes de mala administración financiera? No lo estés. Si diste por amor a Dios y a Su causa, ¡no fue tu ofrenda la que fue mal administrada! Como en el caso de las blancas de la viuda, tu ofrenda fue honrada y recibió un lugar de máxima eficacia en el servicio de Dios—¡eso es lo que Él te promete! Aparentemente hay fondos suficientes en el tesoro del Señor provenientes de otras fuentes, que Él usa para compensar los errores y fallas de quienes manejan los fondos. Él sigue protegiendo los dones de quienes aman Su causa. Tal vez algunos de nuestros métodos humanistas para recaudar fondos han sido la raíz de nuestros problemas financieros actuales y han dado al diablo una oportunidad para controlar una parte de los fondos de la tesorería de la iglesia. Pero la ofrenda del corazón que ama

está segura. Cumplirá la obra para la cual fue destinada. Dios se ha hecho responsable de eso, y podemos confiar en que cumplirá Su promesa.

¿Amás a Jesús hoy? ¿Amás Su iglesia? ¿Anhelás ver avanzar el mensaje del evangelio en el mundo? Entonces podés llevar con confianza tus dones a Su tesorería, sabiendo que se les dará la mayor eficacia en el servicio para Él.

CAPÍTULO 10: LO QUE JESÚS DIJO ACERCA DE LA EXPIACIÓN

¿Alguna vez oíste hablar de un piloto de avión que no creyera en volar? ¿Has conocido a un médico que no crea que la salud es importante? ¿Conoces algún pez que crea que el agua es innecesaria?

Déjame hacerte una pregunta más: ¿Conoces cristianos que ya no creen que Cristo murió por sus pecados? A esta última pregunta muchos de nosotros tendríamos que responder que sí.

Quizás uno de los mayores signos de que el fin está cerca sea el hecho de que hemos dejado de enfocarnos en temas periféricos, como si está bien ir a jugar bolos, tomar bebidas cola, o ducharse en la mañana del sábado. De repente, las discusiones y controversias se están centrando en los principios básicos de nuestra fe.

Quizás el diablo está empezando a darse cuenta de que su tiempo es corto, por eso está yendo directo a la yugular. Pero el cambio en los últimos tiempos ha sido muy marcado. Hasta hace algunos años, ciertas cosas se daban por sentadas, no se cuestionaban. Pero ya no. Nos hemos

visto obligados a examinar y escrutar nuestras doctrinas y creencias más básicas y fundamentales.

Uno de los diálogos más recientes ha sido en torno a la expiación de Cristo. Algunos dicen que fue innecesaria. Que fue algo incidental. Que Dios podría haber perdonado al hombre sin la cruz, sin la muerte de Cristo. Que Cristo murió como mártir, nada más. Alegan que nuestro antiguo concepto de la expiación y la muerte de Cristo por nuestro pecado es una idea pagana.

Algunas lecciones recientes de la Escuela Sabática sobre el tema de la expiación causaron considerable discusión y controversia, cuando los cristianos adventistas del séptimo día de todo el mundo comenzaron a examinar esta creencia tan fundamental del cristianismo. ¿Creemos en la necesidad del derramamiento de sangre para el perdón de los pecados? ¿Aceptamos la necesidad de la cruz? ¿O es la idea de un sacrificio un residuo de creencias paganas y no una doctrina cristiana válida?

Por limitaciones de espacio, no podemos estudiar este tema con la profundidad que me gustaría. Pero haré lo mejor que pueda en el espacio disponible. Considera conmigo algunas cosas que Jesús dijo sobre el tema de Su propia muerte y su propósito. Una vez más, la vida y

enseñanzas de Cristo traen luz positiva y clara sobre las controversias actuales, dándonos seguridad y certeza en los temas que enfrenta hoy la iglesia.

Veamos más de cerca los asuntos relacionados con la cruz.

¿Qué fue lo que rompió el corazón de Jesús? ¿Por qué murió?

¿Fue la cruz realmente una parte vital del plan de salvación?

El concepto de que Cristo murió por nuestros pecados es muy antiguo. Se encuentra en toda la Escritura. Desde el primer registro de actividad humana después de la caída —Adán y Eva viniendo a la entrada del Jardín del Edén para ofrecer los sacrificios de la mañana y la tarde— hasta la final y triunfante “Cena de bodas del Cordero” en la tierra renovada, el símbolo de la muerte de Cristo es exaltado.

Pablo, quien fue un campeón de la cruz, dijo en 1 Corintios 15:3: “Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras.” También dijo en Romanos 3:26 que Dios es justo y el que justifica a los que creen en Jesús. Así que vayamos a la vida y enseñanzas de Cristo y veamos qué dijo Jesús sobre la expiación:

1. El ángel dijo en Mateo 1:21: “Y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.” En Lucas 19:10 Jesús dijo: “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.” La tesis de la religión cristiana —aquello que la distingue de todas las demás religiones— es la creencia de que la humanidad necesita un Salvador. El hombre no puede salvarse a sí mismo. Esa ha sido la base de la religión cristiana desde su mismo comienzo.

Se nos invita a estudiar la cruz y su significado. “La cruz del Calvario ha de ser exaltada en alto ante el pueblo, absorbiendo su mente y concentrando sus pensamientos.” —El discurso maestro de Jesucristo, p. 44.

“El estudio de la encarnación de Cristo, Su sacrificio expiatorio y Su obra mediadora, ocupará la mente del estudiante diligente mientras dure el tiempo.” —Palabras de vida del gran Maestro, p. 134.

“Tanto los redimidos como los seres no caídos encontrarán en la cruz de Cristo su ciencia y su canto.” —El Deseado de Todas las Gentes, pp. 19, 20.

La atención del pueblo debe dirigirse al gran sacrificio de Cristo. Ver p. 485. Cristo deseaba llamar la atención

hacia el sacrificio que coronaría Su misión en un mundo caído como el Cordero de Dios. Ver p. 571.

2. Continuemos con Mateo 26:26-28:

“Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo. Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados.”

Si la cruz de Cristo fuera descartada, ¿cuál sería entonces el significado de la Cena del Señor? También tendría que ser descartada, ¿no es así?

Veamos una o dos referencias del comentario inspirado. Aquí lo que dice la primera:

“A la muerte de Cristo debemos hasta esta vida terrenal.” —El Deseado de Todas las Gentes, p. 660.

Pero la vida espiritual también depende del sacrificio de Cristo. Ver pp. 660, 661.

“La Cena del Señor fue dada para conmemorar la gran liberación lograda como resultado de la muerte de Cristo.” —pp. 652, 653.

3. ¿Fue la cruz de Cristo esencial o solo incidental? En Lucas 24:25-26 encontramos una conversación interesante que tuvo lugar en el camino a Emaús. Observa:

“Entonces él les dijo: ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?”

Versículo 46: “Y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciera, y resucitara de los muertos al tercer día.”

Juan 3:14 dice: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado.” (Énfasis añadido)

Y el comentario inspirado sobre esto dice:

“Solo por Su muerte el mundo podía ser salvado.” — El Deseado de Todas las Gentes, p. 622.

El perdón de los pecados se encuentra únicamente en los méritos de Cristo. La misión de Cristo se cumple solamente mediante el sufrimiento. Él debía cargar con los pecados de todo el mundo. Ver pp. 129, 806.

Solo a través de Su muerte podía Jesús impartir vida a los hombres. Nada menos que la muerte de Cristo podía

hacer eficaz Su amor por nosotros. Su sacrificio es el centro de nuestra esperanza. Ver pp. 388, 660.

Jesús debía llevar la culpa de la humanidad caída; como hombre debía sufrir las consecuencias del pecado del hombre. Ver p. 686.

Esto no suena como si la muerte vicaria de Cristo fuera una opción, ¿verdad? Más bien, es una necesidad vital dentro del plan para la salvación del hombre del pecado.

4. La Biblia dice que "Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo al mundo." (2 Corintios 5:19). Algunas personas han dicho: "¿Quieres decir que Dios estaba enojado y buscaba sangre para apaciguar su ira?" No, en absoluto. El problema, tal como se expresa en Isaías 53:4 (versión DHH), es que "nosotros lo tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido."

¿Acaso Dios miró al mundo de pecado y dijo: "Quiero una libra de carne, quiero ver sangre"? ¿Fue así? No. Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo mismo. El Padre y el Hijo estaban unidos en el sacrificio por la redención del hombre. Jesús dijo: "Yo y el Padre uno somos." (Juan 10:30). Del amor mismo de Dios proviene el don que nos reconcilia con Él. Ver El Deseado de Todas las

Gentes, p. 113: “Dios... se sacrificó a Sí mismo en Cristo por la redención del hombre.” —p. 762.

¿Es el concepto de la expiación pagano y pagano? Bueno, hay una interpretación de la expiación que sí es de origen pagano. Si pensamos que Dios el Padre necesitaba ser apaciguado, entonces tenemos un concepto pagano de la expiación. O si creemos que debemos ofrecer algún regalo de nuestra parte para reconciliarnos con Él, eso también es un concepto pagano. Fue la ofrenda de Caín —el fruto de su propio esfuerzo— lo que ofendió a Dios y distorsionó el simbolismo del sistema sacrificial.

Miqueas 6:7 plantea esta pregunta: “¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma?” Eso es paganismo.

La creencia cristiana acepta el sacrificio hecho por nosotros, no por nosotros, como base y medio para la salvación y la reconciliación con Dios.

5. El razonamiento humano es incapaz de comprender el misterio de la expiación. Veamos Mateo 16:21-23:

“Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén, y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de

los escribas, y ser muerto, y resucitar al tercer día. Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca. Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en la de los hombres.”

A Pedro no le gustaba la idea de la cruz. Nota el comentario en *El Deseado de Todas las Gentes*, pp. 415-416:

“Pedro no deseaba ver la cruz en la obra de Cristo. La impresión que sus palabras causarían era directamente opuesta a la que Cristo deseaba hacer en la mente de Sus seguidores, y el Salvador se sintió movido a pronunciar una de las reprensiones más severas que jamás salieron de Sus labios.”

Cuando entramos al tema de la expiación, estamos enfrentándonos con algo más grande que nosotros, y no hay nadie lo suficientemente sabio para comprenderlo plenamente. Y sin embargo, se nos invita a intentarlo. La ciencia humana es demasiado limitada para comprender la expiación. Es un error poner nuestro débil juicio humano

por encima de la verdad bíblica en este tema. Ver Palabras de vida del gran Maestro, p. 39.

Leí un libro recientemente en el que se minimizaba la idea de la necesidad e importancia de la cruz. La principal autoridad del libro, según pude percibir, era la lógica, la razón y el juicio del propio autor. La idea de la cruz no tenía sentido para su entendimiento humano. Y si nos encontramos en esa posición, haríamos bien en aprender de la experiencia de Pedro.

6. Jesús predijo que en el tiempo del fin habría falsos profetas y falsos cristos. Véase Mateo 24:24. Ahora me gustaría hacerte una pregunta: ¿Es necesario que una persona afirme falsamente ser el Mesías para ser un falso mesías, o es posible tener ideas falsas acerca del Mesías y terminar sirviendo igualmente al enemigo, que quiere hacer desaparecer la cruz?

¿No podría esta advertencia —dada específicamente para los últimos días a fin de evitar que el diablo engañe a los mismos escogidos— tener un significado especial para cualquier estrategia del enemigo que busque desviar la atención del verdadero Mesías y Su misión?

Leamos una referencia. El Deseado de Todas las Gentes, p. 317:

“Desde la infancia los judíos habían sido instruidos acerca de la obra del Mesías. Las declaraciones inspiradas de patriarcas y profetas y las enseñanzas simbólicas del servicio sacrificial les pertenecían. Pero habían despreciado la luz; y ahora no veían en Jesús nada que desear.”

Lo mismo sucede hoy. Aquellos que desprecian la verdad del sacrificio de Cristo terminarán finalmente rechazando al mismo Cristo.

7. Veamos Mateo 26:52-54:

“Entonces Jesús le dijo: Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán. ¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles? ¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?” (Énfasis añadido).

La cruz no fue incidental en la vida de Cristo; fue Su propósito supremo al venir a esta tierra. Ahora ve a Mateo 27:39-42:

“Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza, y diciendo: Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo. Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. De esta manera también los

principales sacerdotes, escarneciéndole con los escribas y los ancianos, decían: A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar; si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él.”

Cuando alguien hoy día intenta eliminar el significado y propósito de la muerte de Cristo en la cruz como nuestro sustituto, podemos ver representado, en un contexto moderno, lo que la multitud de burladores dijo al pie de la cruz: “Que baje ahora de la cruz, y creeremos en Él.”

¿Cuál es el resultado de ver a Cristo en la cruz? Observa estas dos referencias:

“Cuando contemplemos a Cristo en la cruz, el yo no clamará más por ser reconocido.” —El Deseado de Todas las Gentes, p. 439.

“El orgullo y la adoración del yo no pueden florecer en el alma que mantiene fresca en su memoria las escenas del Calvario.” —p. 661.

¿Podría ser esta una razón por la que el enemigo intenta con tanto empeño deshacerse de la cruz? Piénsalo un momento. Si una persona orgullosa no quiere admitir que su razonamiento humano es insuficiente para comprender la cruz, y si esa persona orgullosa no está

dispuesta a que el yo sea humillado, entonces tendrá que deshacerse de la cruz.

El orgullo y la adoración propia no pueden permanecer en el corazón que mantiene frescas en la memoria las escenas del Calvario.

8. Si eliges deshacerte de la cruz, también tendrás que descartar una gran parte del Antiguo Testamento. En Juan 3:14-15, Jesús hizo la analogía entre la serpiente levantada en el desierto y Su propio sacrificio. Juan el Bautista se refirió a Jesús como “el Cordero de Dios” cuando dijo: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.” (Juan 1:29).

Todo el sistema sacrificial señalaba hacia la muerte de Cristo por el pecado del hombre. Ver *El Deseado de Todas las Gentes*, p. 165. Cristo era “el camino” cuando Abel presentó ante Dios la sangre del cordero sacrificado, representando la sangre del Redentor. Ver p. 663.

Otra analogía interesante en el Antiguo Testamento acerca de la muerte de Cristo fue la experiencia de Abraham e Isaac. Recordarás que se le pidió a Abraham que ofreciera a Isaac como holocausto. En el momento final y crucial, un ángel detuvo la mano de Abraham y la vida de Isaac fue salvada.

Hay quienes piensan que esta experiencia era típica de Cristo. Dicen que, en realidad, Cristo no murió —y que, por lo tanto, es un error creer en Su “muerte” por los pecados del hombre. Pero si eso fuera cierto, entonces Isaac sería el tipo de Cristo.

Lee *El Deseado de Todas las Gentes*, pp. 112-113.

La experiencia en el Monte Moriah sí señalaba hacia Cristo, pero Isaac no fue el representante del Salvador. Un carnero, enredado en el matorral, que Dios mismo proveyó, fue ofrecido como sacrificio. El carnero representaba a Jesús; Isaac no.

9. Para otra enseñanza de Cristo sobre el tema de Su sacrificio, veamos Juan 10:

“Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos.”

“Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas.”

“Como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas.”

“También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor.”

“Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar.” (Versículos 9, 11, 15–17, énfasis añadido).

Esto nos recuerda la profecía de Cristo en Isaías 53, que está llena de predicciones concernientes a los sufrimientos de Cristo. ¿La has leído recientemente?

“Como cordero fue llevado al matadero.”

“Herido fue por nuestras rebeliones.”

“Molido por nuestros pecados.”

El Deseado de Todas las Gentes, p. 458, habla de la predicción de Isaías sobre los sufrimientos y la muerte de Cristo.

10. En Juan 12 encontramos la experiencia de los griegos que vinieron a ver a Jesús. Jesús les dijo que había llegado la hora en que el Hijo del Hombre sería glorificado. Véase el versículo 23. Luego explicó en los versículos 24 y 27:

“De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto.”

“Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora.” (Énfasis añadido)

Hay mucha gloria conectada con la cruz. Y si el diablo odia la gloria de Cristo, entonces odiará la cruz, ¿no es así? Y es una tragedia que pueda surgir entre los adventistas del séptimo día una forma de pensar que elimine la gloria de la cruz.

Jesús eligió no permanecer solo. Más bien, aceptó el surco de la muerte para que pudiera producir mucho fruto.

También se menciona en Juan 11:49-50, viniendo, de todos los lugares, ¡de labios del altivo Caifás! Sus palabras eran altivas. Dijo:

“Vosotros no sabéis nada; ni consideráis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca.”

Luego en los versículos 51-52, Juan explica:

“Esto no lo dijo por sí mismo; sino que como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos.”

Nos conviene que Jesús haya muerto. Podemos decirlo sin el labio torcido de Caifás, sin la arrogancia que tenía en la garganta.

Nos conviene que un Hombre haya muerto.

¿Todavía lo crees tú?

Es lo que enseña la Biblia sobre este tema.

11. En Juan 20:17, Jesús le dijo a María Magdalena que aún no había ascendido a Su Padre. El Deseado de Todas las Gentes, p. 790, explica por qué debía ascender al Padre en ese momento:

“Jesús rehusó recibir el homenaje de Su pueblo hasta que no tuviese la seguridad de que Su sacrificio había sido aceptado por el Padre. Ascendió a los atrios celestiales, y de parte de Dios mismo oyó la seguridad de que Su expiación por los pecados de los hombres había sido suficiente, que por Su sangre todos podrían obtener vida eterna. El Padre ratificó el pacto hecho con Cristo: que recibiría a los hombres arrepentidos y obedientes, y los amaría como ama a Su Hijo.”

Si se tomara esa experiencia sola, uno podría inclinarse a aceptar la idea de que Dios estaba buscando “una libra de carne”. Pero si se observa el panorama más amplio, y

se reúne toda la evidencia, se vuelve evidente que no fue así. Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo al mundo.

12. En la historia de la cruz hay un gran conflicto involucrado. Juan 12:31-33 lo menciona. Jesús estaba hablando mientras se acercaba al sacrificio que estaba a punto de realizar:

“Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo.”

“Y decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir.”

Hay un capítulo particular en El Deseado de Todas las Gentes que habla del factor del gran conflicto en la muerte de Cristo. Es el capítulo titulado “Consumado es”. Todo el capítulo está impregnado de verdad sobre este tema vital. Te animaría a leerlo con oración.

Pero el factor del gran conflicto brilla por su ausencia en el material presentado por aquellos que desean deshacerse de la necesidad de la cruz y de la expiación de Cristo.

13. En la muerte de Cristo hubo justicia involucrada. Dios cree en la justicia, y podemos estar agradecidos por

ello. El gobierno de Dios se basa en leyes. La justicia es esencial para el gobierno, porque un gobierno solo puede perdurar si tiene leyes justas. Ningún gobierno es más fuerte que sus leyes. Ninguna ley es más fuerte que la pena por quebrantarla. Y ninguna pena es más fuerte que su cumplimiento.

El padre que mira hacia arriba de la escalera y dice: "Esta es la última vez que te digo 'que esta es la última vez'", ya ha perdido la batalla.

Dios es el originador de la justicia; es una parte integral de Su carácter. Porque la ley no podía ser anulada, porque la pena no podía ser eliminada, y porque la ejecución de la pena no podía ser puesta a un lado, Su justicia tuvo que ser satisfecha.

Cuando Satanás se encontró fuera de las puertas del cielo, fue la prueba A de que Dios es un Dios de justicia. Pero lo que Satanás no entendía era que Dios también es un Dios de misericordia. Así que el diablo ideó lo que consideró una astuta trama: haría que el hombre pecara y así trataría de demostrar nuevamente que las leyes de Dios no podían guardarse.

Entonces, debido a la justicia de Dios, el hombre también se encontraría fuera de las puertas del cielo.

Luego, razonó Satanás, o Dios tendría que perdonarnos a todos y readmitirnos en Su reino, o de lo contrario yo tendré un reino propio, el reino de la humanidad, para gobernarlo como desee.

Lo que él no sabía era que había un plan —concebido desde los tiempos eternos (ver Romanos 16:25 y 1 Samuel 14:14)— mediante el cual al hombre se le daría la oportunidad de ser liberado del dominio de Satanás.

Jesús vino a esta tierra y, por Su vida y muerte, demostró que Dios es tanto justo como misericordioso, y que la justicia no destruye la misericordia, así como la misericordia no destruye la justicia.

Mateo 20:27-28 dice:

“Y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.” (Énfasis añadido)

Aquellos que quieren eliminar la cruz no les gusta la idea de un rescate, pero es una enseñanza bíblica. Y también hay mucho respaldo en el comentario inspirado.

Jesús, “el Portador del pecado, soporta la ira de la justicia divina, y por tu causa se convierte en pecado mismo.” —El Deseado de Todas las Gentes, p. 26.

“Como sustituto y fiador del hombre pecador, Cristo sufría bajo la justicia divina.” —p. 686.

Y cuando Cristo fue aceptado nuevamente en los atrios celestiales después de la ascensión:

“La voz de Dios se oyó proclamando que la justicia estaba satisfecha.” —p. 834.

“Fue para expiar la transgresión del hombre de la ley que Cristo entregó Su vida. Si la ley hubiera podido ser cambiada o anulada, entonces Cristo no habría necesitado morir. Con Su vida en la tierra, honró la ley de Dios. Con Su muerte, la estableció. Entregó Su vida como sacrificio, no para destruir la ley de Dios, no para crear un estándar más bajo, sino para que se mantuviera la justicia, para que la ley se mostrara como inmutable, para que permaneciera firme para siempre.” —Palabras de vida del gran Maestro, p. 314.

14. En el sacrificio de Cristo en la cruz estaban involucrados asuntos aún más grandes que los que

conciernen a nuestro propio mundo. Todo el universo estaba implicado.

Apocalipsis 12, por supuesto, habla acerca del acusador siendo echado fuera.

“Pero la obra de la redención humana no fue todo lo que se logró por la cruz. El amor de Dios fue manifestado al universo. El príncipe de este mundo fue echado fuera. Las acusaciones que Satanás había lanzado contra Dios fueron refutadas. El oprobio que él había echado sobre el cielo fue eliminado para siempre. Ángeles, así como los hombres, son atraídos al Redentor. ‘Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo.’”

—El Deseado de Todas las Gentes, p. 626.

15. La historia del hijo pródigo no fue dada para enseñar la doctrina de la expiación. Se nos dice repetidamente que esta parábola fue dada para mostrar cómo Dios recibe al pecador arrepentido que regresa a Él. (Ver Palabras de vida del gran Maestro, p. 198, por ejemplo).

No se puede construir una teología basada en la “necesidad de expiación” a partir de una parábola que no fue dada para enseñar sobre la expiación, mientras se

ignora una enorme montaña de evidencia en la dirección contraria.

Las enseñanzas de Jesús muestran claramente la verdad de que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras. Es la base y fundamento de toda la fe cristiana.

No solo está enseñado en las palabras de Jesús —que hemos examinado aquí en detalle— sino que también se encuentra en toda la Biblia.

En conclusión, me gustaría enumerar brevemente varias cosas que fueron logradas por la muerte de Cristo en la cruz:

Demostró que el amor de Dios por el hombre es inmenso.

Pagó la pena por el pecado.

Demostró que la ley no podía ser cambiada ni anulada.

Demostró que la pena por el pecado era justa y razonable.

Demostró la gravedad del pecado.

Adquirió el derecho de destruir al diablo.

Adquirió el derecho de perdonar al pecador y seguir siendo justo.

Hizo disponible la gracia para todos los que creen y confían en Él.

Nos redimió de la maldición de la ley.

Obtuvo las llaves del sepulcro: el derecho de resucitar a los muertos.

Demostró que “la paga del pecado es muerte”.

Hizo del sábado un memorial tanto de la creación como de la redención.

Vindicó el carácter de Dios ante el universo.

Demostró que el gobierno de Dios perdurará para siempre.

Recuperó el dominio perdido.

No es de extrañar que se proclame:

“El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza.” (Apocalipsis 5:12)

¿No te gustaría unirte con “tanto los redimidos como los seres no caídos [que] encontrarán en la cruz de Cristo

su ciencia y su canto" por toda la eternidad? (Véase El Deseado de Todas las Gentes, p. 20)